

GIANRICO CAROFIGLIO

DUDAS RAZONABLES

UN NUEVO CASO
DE GUIDO GUERRIERI



Lectulandia

En *Dudas razonables*, Guerrieri debería verse las caras con la mismísima Mafia para demostrar la inocencia de Fabio Paolicelli, quien ha sido detenido con cuarenta kilos de droga en el interior de su automóvil. Pero el crimen organizado no es en esta ocasión su principal enemigo. Una vieja causa pendiente con Paolicelli hace que el abogado se plantee el nivel de compromiso con que debe abordar el caso. Y enamorarse de Natsu, la mujer de su cliente, no le ayudará en absoluto. ¿Puede un hombre recuperar todo lo que ha perdido sacrificando en el empeño su propia integridad moral? Guido Guerrieri está dispuesto a averiguarlo...

Lectulandia

Gianrico Carofiglio

Dudas razonables

Guido Guerrieri - 3

ePub r1.0

Titivillus 25.07.2017

Título original: *Ragionevoli dubbi*
Gianrico Carofiglio, 2006
Traducción: María Antonia Menini

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Cuando Margherita me dijo que quería hablar conmigo, pensé que esperaba un hijo.

Eran las últimas horas de una tarde de domingo de septiembre. Con toda la dramática luz de finales de un verano que ya anuncia de antemano la penumbra y los misterios del otoño. Un buen momento para enterarte de que vas a ser padre, pensé con toda claridad mientras ambos nos sentábamos en la terraza y el oblicuo sol nos iluminaba la espalda.

—He recibido una oferta de trabajo. Una oferta muy buena. Pero, si la acepto, tendré que estar varios meses fuera. Puede que un año.

La miré con la cara de alguien que no ha oído bien o no ha entendido las palabras. ¿Qué tenía que ver esta oferta de trabajo con el niño que íbamos a tener en cuestión de unos meses? No lo entendía y ella me lo explicó.

Una importante agencia de publicidad norteamericana —me dijo incluso el nombre, pero yo lo olvidé de inmediato o tal vez ni siquiera le presté atención— le había ofrecido la tarea de coordinar la campaña de relanzamiento de unas líneas aéreas. Dijo un nombre muy importante. Dijo que era una oportunidad irrepetible.

Oportunidad irrepetible. Dejé que estas palabras me rebotaran por la cabeza y me hicieran daño como las sordas pulsaciones de una jaqueca. De repente, me pareció que el significado de todo aquello giraba alrededor de un punto invisible que yo no podía descubrir o definir.

—¿Cuándo recibiste esta oferta?

—En julio. Primero hubo contactos, pero la oferta se concretó en julio.

—Antes de que nos fuéramos de vacaciones —dije yo como si el detalle tuviera importancia.

Pero puede que la tuviera de verdad.

Después me di cuenta. Si me lo decía en septiembre, dos meses después de haber recibido la oferta, cualquiera sabe cuánto tiempo después de los contactos, significaba que ya lo había decidido o que incluso ya había aceptado.

—¿Ya has aceptado?

—No, primero te lo tenía que decir a ti.

—Ya lo has decidido.

Vaciló brevemente —fue el único momento— y después asintió con la cabeza.

Pensaba que estabas a punto de decirme que esperabas un hijo. Pensaba que, a los cuarenta y dos años, mi vida insulsa adquiriría de repente y como por arte de magia un sentido y una razón. Por este niño o esta niña a quien tendría tiempo de enseñar unas cuantas cosas antes de envejecer.

Eso no lo dije. Me lo guardé dentro como una cosa de la que te avergüenzas sólo de haberla pensado. Porque te avergüenzas de tu debilidad, de tu fragilidad.

Le pregunté, por el contrario, cuándo se iba y mi cara debía de mostrar una expresión absolutamente tranquila, pues ella me miró con un leve e inquieto estupor. Se oía desde la calle el rabioso y prolongado gruñido de un ciclomotor con el tubo de escape alterado y yo pensé que aquel ruido lo recordaría más adelante. Pensé que lo oiría cada vez que me volviera a la mente aquella escena inesperada y despiadada.

No sabía cuándo se iría. Diez, quince días. En cualquier caso, tendría que estar en Milán antes de fin de mes y a mediados de octubre en Nueva York.

Y, por consiguiente, sabía cuándo se tendría que ir. Pensé.

Permanecimos en silencio durante dos o tres minutos. O más.

—¿No quieres saber por qué?

No quería saber el porqué. O puede que sí, pero dije que no de todos modos. No quería que me descargara encima sus razones —que seguramente eran excelentes—, aliviándose el corazón o el alma o cualquiera que sea el lugar adonde van a depositarse nuestras culpas. Yo me guardaba mi sufrimiento y ella se guardaba el suyo. Ya me encargaría yo en las siguientes semanas o los siguientes meses de atormentarme con aquella pregunta y con los recuerdos y todo lo demás.

Pero para aquella tibia y despiadada tarde de septiembre era suficiente.

Me levanté y dije que me iba a mi casa, o quizá que me iba a la calle.

—No hagas eso, Guido. Dime algo, por favor.

Pero yo no dije nada. No sabía qué decir.

—Cualquiera diría que me voy para siempre. Si te comportas así, me haces sentir como un gusano.

En cuanto terminó de pronunciar esas palabras, se arrepintió. Quizá vio algo en mi rostro extraviado o quizá comprendió simplemente que no era justo. Probablemente era inevitable —seguro que lo había pensado a lo largo de todas aquellas semanas—, pero desde luego no era justo.

Dijo otras palabras con la voz quebrada. Y, sin embargo, parecían lo que eran. Pretextos.

Y, mientras pronunciaba estas palabras, yo dejé de escucharla y toda la escena adquirió la consistencia irreal de un negativo fotográfico y así quedó grabada en mi recuerdo.

1

Estaba esperando a que los jueces entraran en la sala y a que empezara mi juicio cuando reparé en una chica sentada entre el público. Asiática, pero con algo de europeo en sus rasgos; guapa y con una expresión un poco desvalida.

Me pregunté por quién estaría allí y me volví a mirarla más de una vez, fingiendo mirar algo alrededor de mi banco.

Me pareció que me miraba a mí, lo cual, naturalmente, no tenía ningún sentido. Una chica como aquella jamás me habría mirado, ni siquiera en mis mejores tiempos, pensé. Por otra parte, no sabía cuáles habían sido mis mejores tiempos, insistí en pensar.

De esta manera, transcurrieron por lo menos diez minutos. Al final, los jueces salieron de la sala de deliberaciones, empezó la vista y yo dejé de hacer reflexiones idiotas.

Era un juicio por robo a mano armada y teníamos que escuchar al principal testigo, es decir, a la víctima. Un representante de joyería a quien le habían arrebatado todo el muestrario y también la inútil pistola que llevaba consigo.

Dos de los culpables habían sido detenidos poco después de los hechos, con el botín en el coche. Habían elegido un juicio rápido y habían sido condenados a unas penas bastante leves. Mi cliente había sido acusado de estar al loro. La víctima lo había reconocido en la comisaría, en un álbum fotográfico de individuos con antecedentes penales. El juicio se estaba celebrando en rebeldía porque mi cliente — el señor Albanese, jugador aficionado de fútbol y delincuente profesional—, al enterarse de que lo estaban buscando, había pasado a la clandestinidad. Acababa de cumplir una condena y no quería regresar al trullo. En este caso era inocente, decía.

El examen por parte del ministerio público había sido bastante rápido. El representante de joyería estaba muy tranquilo y no parecía sentirse atemorizado por la situación. Confirmó todo lo que ya había dicho en el transcurso de la investigación. Confirmó el reconocimiento fotográfico, la fotografía se incorporó al expediente del debate y el presidente me concedió la palabra para proceder a la repregunta.

—Usted ha declarado que los autores del robo a mano armada fueron tres. Dos le arrebataron materialmente el muestrario y la pistola, el tercero se mantenía a distancia y a usted le pareció que estaba vigilando. ¿Es así?

—Sí. El tercero estaba en la esquina, pero después se fueron los tres juntos.

—¿Nos puede confirmar que el tercero, el que después reconoció usted en la fotografía, se encontraba a unos veinte metros de distancia?

—Unos quince, veinte metros.

—Bien. Ahora quisiera que nos contara brevemente cómo se desarrolló el reconocimiento fotográfico que usted efectuó en la comisaría al día siguiente del robo a mano armada.

—Me dieron a mirar unos álbumes y en uno de ellos estaba la fotografía de esta persona.

—¿Lo había visto anteriormente alguna vez? Quiero decir ¿antes del robo?

—No. Pero cuando vi su cara en el álbum, me dije enseguida: yo a ese lo conozco. Y después me di cuenta de que era el que estaba al loro.

—¿Usted juega al fútbol?

—¿Cómo dice?

—Le he preguntado si usted juega al fútbol.

El presidente me preguntó qué tenía que ver aquella pregunta con el objeto del juicio. Le aseguré que todo quedaría muy claro en cuestión de un par de minutos y él me dijo que siguiera adelante.

—¿Juega al fútbol? ¿Participa en algún campeonato, en algún torneo?

Dijo que sí. Yo saqué de mi carpeta una fotografía de dos equipos de fútbol, de esas que se hacen antes de los partidos. Le pedí al presidente el permiso de acercarme y se la mostré al testigo. ¿Reconoce a alguien en esta fotografía?

—Claro. Estoy yo y los demás compañeros de mi equipo.

—¿Puede decirnos cuándo se hizo?

—El verano pasado, era la final de un torneo.

—¿Recuerda la fecha?

—Creo que fue el veinte, o el veintiuno de agosto.

—Aproximadamente un mes antes del robo.

—Me parece que sí.

—¿Y a los del otro equipo los conocía?

—A alguno, no a todos.

—¿Quiere volver a examinar la fotografía y decirme, si es tan amable, a quién reconoce del otro equipo?

Tomó la fotografía y la examinó, deslizando el dedo índice por los rostros de los jugadores.

—A éste lo conozco, pero no sé cómo se llama. Este otro creo que se llama Pasquale... no recuerdo el apellido. Este...

Puso una cara muy rara, se volvió a mirarme con semblante estupefacto y después miró de nuevo la fotografía.

—¿Ha reconocido a alguien más?

—Éste se parece...

—¿A quién se parece?

—Se parece un poco al de aquella fotografía...

—¿Quiere decir a aquel a quien usted reconoció en el álbum de la comisaría?

—Un poco se parece. Pero ahora no es fácil...

—Efectivamente, es la misma persona. ¿Lo recuerda ahora?

—Sí, podría ser él.

—Ahora que lo ha recordado, ¿puede afirmar que la persona que jugó al fútbol contra su equipo aquella tarde de agosto era la misma que participó en el robo?

—... ahora no sé... es difícil después de tanto tiempo.

—Claro, lo comprendo. Le voy a hacer una pregunta un poco distinta. Cuando usted sufrió el robo y vio a veinte metros de distancia al tercer cómplice, ¿se dio cuenta de que podía tratarse de la misma persona contra la cual había jugado al fútbol aproximadamente un mes atrás?

—No, ¿cómo hubiera podido...? Estaba lejos.

—Estaba lejos, efectivamente. He terminado, señor presidente, muchas gracias.

El presidente dictó para que constara en acta la fecha del aplazamiento y, mientras le decía al ujier que anunciara el siguiente juicio, yo me volví para buscar a la chica asiática. Tardé unos segundos porque no estaba sentada en el mismo sitio donde yo la había visto al principio de la vista. Se encontraba de pie, muy cerca de la salida, a punto de marcharse.

Nuestras miradas se cruzaron por un instante. Después dio media vuelta y desapareció por los pasillos del juzgado.

El telegrama llegó dos días después. La fórmula es siempre la misma, más o menos.

El detenido Fulanito de Tal te nombra defensor suyo, indica el número del juicio y te pide que vayas a verlo a la cárcel para hablar de su situación.

En este caso, el detenido no se llamaba Fulanito de Tal sino Fabio Paolicelli, indicaba el número del juicio y me pedía que fuera a verlo *urgentemente* a la cárcel.

Fabio Paolicelli. ¿Y ése quién era? El nombre me sonaba de algo, pero no conseguía establecer de qué. Me fastidiaba mucho porque, desde hacía algún tiempo, estaba convencido de que ya no conseguía recordar bien los nombres. Me parecía un inquietante presagio del deterioro de mis facultades mentales. Una chorrada, naturalmente, porque yo los nombres jamás los había recordado y tenía el mismo problema a los veinte años. Pero pasados los cuarenta los pensamientos estúpidos se multiplican y los fenómenos insignificantes se convierten en síntomas de la vejez inminente.

En cualquier caso, me devané los sesos unos cuantos minutos y después lo dejé correr. En cuestión de muy poco tiempo descubriría si de veras conocía a aquel sujeto cuando fuera a verlo a la cárcel.

Llamé a Maria Teresa y le pregunté si teníamos citas para aquella tarde. Me dijo que esperábamos al señor Abbaticchio, pero que sería a última hora de la tarde, poco antes de cerrar.

Así pues, viendo que eran las cuatro, que estábamos a jueves, que los jueves se podía visitar a los clientes detenidos hasta las seis de la tarde y, sobre todo, que no me apetecía para nada ponerme a estudiar los expedientes de los juicios del día siguiente, decidí ir a conocer al señor Fabio Paolicelli, que deseaba verme urgentemente. Y, de esta manera, por aquella tarde, todos estaríamos satisfechos. Más o menos.

Desde hacía algún tiempo, utilizaba la bicicleta. Desde que se había ido Margherita, había introducido algún cambio. No sabía muy bien por qué, pero el hecho de introducir algún cambio me había ayudado. Entre ellos, comprarme una bonita bicicleta de las antiguas, negra y sin marchas, pues en las calles de Bari no sirven para nada. En muy poco tiempo había dejado de utilizar el coche y eso me gustaba. Empecé yendo al tribunal en bici; después me atreví a ir a la cárcel, que está más lejos, y, al final, dejé el coche incluso para las salidas nocturnas, puesto que, por regla general, iba solo a todas partes.

Tiene cierto peligro circular por Bari en bicicleta; no hay carriles bici y los automovilistas te consideran poco más que un obstáculo molesto; pero se llega a todas partes mucho antes que con el coche. Y, de esta manera, un cuarto de hora después, un tanto aterido, ya estaba en la entrada de la cárcel.

El suboficial que aquella tarde se encargaba del acceso era nuevo y no me

conocía. Y por eso lo hizo todo según dictaban las normas. Examen de la documentación, retirada del móvil, comprobación del nombramiento. Al final, me franqueó la entrada y atravesé la habitual serie de puertas blindadas que se abrían y cerraban a mi paso hasta llegar a la sala de los abogados. Siempre la misma, tan acogedora como la recepción de un depósito de cadáveres provinciano.

Se lo tomaron con calma y mi nuevo cliente llegó por lo menos un cuarto de hora después, cuando yo ya estaba pensando en pegarle fuego a la mesa o a alguna silla para calentarme y llamar la atención.

Lo reconocí en cuanto entró a pesar de que habían transcurrido más de veinticinco años desde la última vez que lo había visto.

Fabio Paolicelli llamado Fabio Raybán, con acento en la segunda sílaba al estilo de Bari. Lo llamaban así debido a las gafas ahumadas que siempre llevaba puestas, incluso de noche. Por eso no conseguía acordarme de quién era. Para mí, para todos, ese siempre había sido Fabio Raybán.

Corrían los años setenta. Un largo y lívido telediario en blanco y negro que, en mi recuerdo, empieza con unas imágenes de la Piazza Fontana de Milán inmediatamente después del estallido del artefacto. Yo tenía siete años, pero lo recuerdo muy bien: las fotografías de los periódicos, los reportajes de la televisión, incluso las conversaciones en casa entre mis padres y con los amigos que los iban a visitar.

Una tarde, quizás al día siguiente de la matanza, le pregunté al abuelo Guido por qué habían colocado aquella bomba, si estábamos en guerra y con qué país. Él me miró y permaneció en silencio. Fue la única vez que no tuvo palabras para contestar a mis preguntas.

Recuerdo casi todos los hechos importantes de aquellos años. Los recuerdo en aquellos telediarios en los que poco a poco empezaron a salir rostros de chicos como los nuestros.

Yo me juntaba esporádicamente y sin demasiada convicción con los grupos de la izquierda extraparlamentaria.

En cambio, Fabio Raybán era mamporrero fascista.

Y puede que algo más que simple mamporrero. De él, y de otros como él, se contaban muchas cosas. Se hablaba de robos a mano armada cometidos por el simple placer del gesto audaz. De campamentos paramilitares en las zonas más alejadas del altiplano de la Murgia, a los que asistían ambiguos personajes de las fuerzas armadas y de los servicios secretos. De sedicentes fiestas arias en lujosas villas de los suburbios. Se decía sobre todo que Raybán había formado parte de la pandilla que había matado a navajazos a un chico comunista y poliomielítico de dieciocho años.

Después de un largo juicio, uno de aquellos fascistas fue condenado por homicidio y, a continuación, se suicidó muy oportunamente en la cárcel. Dejando caer una lápida sepulcral sobre la posibilidad de identificar a los demás culpables. En los días que siguieron a aquel asesinato, Bari se llenó con el humo de los gases lacrimógenos, con el acre olor de los automóviles incendiados y con el ruido de las

carreras por las desiertas aceras. Bolas de metal que rompían escaparates. Sirenas y luces intermitentes azules que rompían la gris tranquilidad de las tardes de finales de noviembre.

Los fascistas estaban organizados de una manera muy profesional. Como *delincuentes* profesionales. Sus argumentos políticos eran las barras de hierro, las cadenas y las navajas. Eso cuando no aparecían las pistolas. Bastaba con pasar por Via Sparano, por la parte de la iglesia de San Ferdinando, considerada *zona negra* fascista, con un periódico, un libro e incluso con una prenda de vestir equivocada, para acabar recibiendo unas palizas bestiales.

A mí también me ocurrió.

Tenía catorce años y siempre llevaba una trenca verde de la que me sentía muy orgulloso. Una tarde estaba dando un paseo por el centro con dos amigos que eran poco más que unos niños como yo cuando, en un abrir y cerrar de ojos, nos vimos rodeados. Eran unos chicos de dieciséis o diecisiete años, pero parecían hombres. A esa edad, dos años de diferencia son una vida.

Entre nuestros atacantes había un sujeto rubio, alto y delgado, con una cara a lo David Bowie. Llevaba gafas ahumadas Rayban, a pesar de que ya estaba oscuro. Sonreía con unos labios muy finos de una manera que me heló la sangre.

Uno bajito y muy musculoso, con un incisivo roto, se acercó un poco más y me dijo que era un hijoputa rojo. Me tenía que quitar enseguida aquella trenca de mierda, de lo contrario, ya se encargarían ellos de administrarme el aceite de ricino que me merecía.

En medio del obtuso terror de aquel momento, encontré la manera de preguntarme qué significaba aquella frase. Hasta entonces, jamás había oído hablar del aceite de ricino, las purgas fascistas y cosas por el estilo.

Mi amigo Roberto se meó encima. No metafóricamente. Vi la huella del líquido que bajaba por las perneras de sus vaqueros desteñidos mientras yo, con un hilillo de voz, preguntaba por qué me tenía que quitar la trenca. El otro me soltó un guantazo entre la mejilla y la oreja. Muy fuerte.

—Quítatela, compañero de mierda.

Estaba aterrorizado y me entraban ganas de llorar, pero no me quité la trenca. Tratando desesperadamente de reprimir las lágrimas, volví a preguntar por qué. Y el otro me largó otro guantazo y después un puñetazo y después patadas y más puñetazos y bofetadas en medio de la gente que pasaba y miraba para el otro lado.

En determinado momento —yo estaba en el suelo, acurrucado para protegerme de los golpes—, alguien los obligó a largarse.

Lo que ocurrió después está más nítido y presente en el recuerdo.

Un señor me ayuda a levantarme y me pregunta con un acusado acento barés si quiero ir a urgencias. Le digo que no, que quiero irme a casa. Tengo las llaves de mi casa, añado, como si el detalle pudiera interesarle o tuviera algún sentido.

Y después me voy y mis amigos ya no están allí y yo no sé cuándo han

desaparecido. Por el camino, me echo a llorar. No tanto a causa del dolor de los golpes cuanto de la humillación y el miedo. Pocas cosas se recuerdan tan bien como la humillación y el miedo.

Malditos fascistas.

Y, llorando y sorbiéndome los mocos, digo en voz alta que la trenca no me la he quitado. Este pensamiento me ayuda a enderezar la espalda y a dejar de llorar. No me he quitado la trenca, fascistas de mierda. Y recuerdo vuestras caras.

Y algún día me la vais a pagar.

Cuando Paolicelli entró en la sala de los abogados, lo recordé todo. Con la violencia de una ráfaga repentina que abre de golpe las ventanas, hace golpear las puertas y dispersa los papeles.

Me tendió la mano y yo vacilé un instante antes de estrechársela. Me pregunté si se habría dado cuenta. Los recuerdos —cosas vagas, ruidos, voces de chicos y chicas, olores, gritos de terror, las canciones de los Inti Illimani, la cara de alguien cuyo nombre no recordaba y que había muerto de sobredosis en los lavabos del colegio— se agolpaban en mi cabeza como las criaturas liberadas de repente de un sortilegio que las mantenía prisioneras en los sótanos o en las buhardillas de la memoria.

Él no se acordaba de mí con toda seguridad.

Dejé pasar un puñado de segundos para no ser demasiado brusco antes de preguntarle por qué me había nombrado defensor y después por qué motivo se encontraba en el trullo.

—Me detuvieron hace un año y medio por tráfico internacional de estupefacientes. Tuve un juicio rápido y me echaron dieciséis años, más una multa tan enorme que ya ni siquiera la recuerdo.

Era tu destino, fascista. Pagas ahora por todo lo que no pagaste entonces.

—Regresaba de unas vacaciones en Montenegro. En el puerto de Bari, la Guardia di Finanza^[1] estaba efectuando unos controles con perros adiestrados en la lucha antidroga. Cuando llegaron a mi coche, los perros se volvieron locos. Me llevaron al cuartel, desmontaron el coche y, ocultos en el bastidor de la carrocería, encontraron cuarenta kilos de cocaína de purísima calidad.

Cuarenta kilos de cocaína purísima justificaban aquella pena, incluso en un juicio rápido. Y, en cualquier caso, la historia de los controles aleatorios los agentes de la Guardia di Finanza se la podrían contar a sus abuelitas. Alguien les había soplado la noticia de que había un correo de paso en el puesto fronterizo y, siguiendo el guión, habían montado el numerito del control de rutina. Para no quemar al confidente.

—La droga no era mía.

Las palabras de Paolicelli interrumpieron bruscamente la secuencia de mis pensamientos.

—¿En qué sentido no era suya? ¿Había alguien más con usted en el coche?

—En el coche conmigo estaban mi mujer y mi hija. Regresábamos de pasar una semana en la playa. Y la droga no era mía. No sé quién la puso.

Vaya, pensé. Se avergüenza de haber transportado droga en el mismo coche en el que viajaban su mujer y la niña. Muy típico de vosotros los fascistas: ni siquiera sois capaces de representar dignamente el papel de criminales.

—Disculpe, Paolicelli, pero ¿cómo es posible que alguien la colocara sin que usted lo supiera? Quiero decir, estamos hablando de cuarenta kilos, de un paquete debajo de la carrocería que... en resumen, no soy un experto en estos quehaceres, pero eso habrá exigido cierto tiempo. ¿Le prestó el coche a alguien en Montenegro?

—No se lo presté a nadie, pero, durante todas las vacaciones, lo tuve en el aparcamiento del hotel. Y el portero del hotel tenía las llaves, había que dejárselas porque el aparcamiento estaba lleno y a veces había que apartar un coche, hacer maniobras. Alguien, con la complicidad del portero, debió de colocar la droga de noche, probablemente la víspera de nuestra partida, con la intención de recuperarla o de que algún cómplice la recuperara en Italia tras pasar por la aduana. Ya sé que parece absurdo, pero la droga no era mía. Juro que no era mía.

Precisamente. Era absurdo.

Era una de las muchas historias absurdas que se suelen oír en las salas de justicia, en los cuarteles, en las cárceles. La más clásica de esas historias la suelen contar inevitablemente los que son descubiertos en posesión de pistolas engrasadas, eficientes y con la bala en la recámara. Todos dicen que se la acaban de encontrar por casualidad, normalmente debajo de un matorral o de un árbol o en un contenedor de la basura. Todos dicen que jamás habían utilizado una pistola y que se disponían a ir a entregarla a los carabineros o a la policía. Precisamente por eso la llevaban en la cintura con la bala en la recámara mientras rondaban, es un decir, por los alrededores de una joyería o de la casa de un competidor en sus negocios ilegales. Le quería decir que me importaba un bledo que hubiera llevado cuarenta kilos de droga desde Montenegro a Italia, que me importaba un bledo que ya lo hubiera hecho otras veces, y muchas, por cierto. Y que, por consiguiente, podía decirme tranquilamente la verdad, lo cual también habría simplificado las cosas. Yo era abogado penalista y me correspondía defender a las personas como él. Imagínate si me interesaba expresar opiniones acerca de mis clientes. Le quería decir más o menos todas estas cosas, pero no lo hice. De repente, me di cuenta de lo que estaba ocurriendo en mi cabeza, y no me gustó.

Comprendí que deseaba arrancarle una confesión. Para estar absolutamente seguro de que era culpable y para acompañarlo a su destino de presidiario de larga duración sin ningún problema de conciencia profesional, deontología y cosas por el estilo.

Comprendí con toda claridad que deseaba ser su juez —y quizá también su verdugo— más que su abogado. Quería saldar una antiquísima cuenta.

Y eso no estaba nada bien. Me dije que tenía que pensarlo porque, si creía que no

podría controlar aquel impulso, entonces tendría que renunciar a la defensa. Más aún: ni siquiera tendría que aceptarla.

—¿Qué ocurrió después de la detención?

—Después del hallazgo de la droga, me propusieron colaborar. Me dijeron que querían hacer una... ¿cómo se llama?

—¿Una entrega controlada?

—Eso, sí, una entrega controlada. Me dijeron que me dejarían ir con el coche y la droga a bordo. Tendría que ir a efectuar la entrega como si nada hubiera ocurrido. Ellos me seguirían y, en el momento oportuno, practicarían la detención de los que esperaban el alijo. Me dijeron que tendría una rebaja muy grande de la pena, que podría salir con tres años como máximo. Yo les dije que la droga no era mía y que, por consiguiente, no sabría adónde llevarla. Entonces ellos dijeron que me iban a detener y que también detendrían a mi mujer porque era evidente que ambos estábamos conchabados. Entonces me asusté y dije que sí, que la droga era mía, pero que mi mujer no sabía nada. Llamaron al fiscal y éste les dijo que me detuvieran solo a mí tras haber incorporado mi declaración al acta. Entonces incluyeron mi confesión en el acta. Pero dejaron libre a mi mujer.

Hablaba en tono amable y con un fondo de desesperación.

Me pidió un cigarrillo y yo le dije que no tenía porque hacía un par de años que había dejado de fumar. Él también llevaba más de diez años sin fumar, dijo. Había vuelto a hacerlo al día siguiente de su ingreso en la cárcel.

¿A quién había nombrado defensor en el momento de la detención? ¿Y por qué había decidido cambiarlo? Por su manera de mirarme antes de contestar, comprendí que estaba esperando aquella pregunta.

—Cuando me detuvieron, me preguntaron quién era mi abogado porque tenían que avisarle. Yo no tenía abogado y les dije que no sabía a quién nombrar. Mi mujer todavía estaba conmigo —de la niña se había hecho cargo una amiga— y yo le dije que pidiera consejo a alguien para que la ayudara a encontrar un buen abogado. Al día siguiente, ella designó un abogado.

—¿Y a quién nombró?

Allí empezó la parte más extraña del asunto, en caso de que Paolicelli estuviera diciendo la verdad.

—Mi mujer estaba saliendo de casa cuando fue abordada por un fulano que dijo haber sido enviado por unos amigos que nos querían ayudar. Éste le dijo que nombrara a un abogado de Roma, un tal Corrado Macrì, que me sacaría de apuros. Le entregó un papelito con el nombre y un número de teléfono móvil y le dijo que lo nombrara enseguida para que él pudiera venir a verme a la cárcel antes del interrogatorio en presencia de un magistrado.

—¿Y su mujer?

La mujer de Paolicelli, que no sabía qué hacer y no conocía a ningún abogado, nombró a este Macrì. El hombre viajó desde Roma en cuestión de pocas horas, como

si estuviera esperando el nombramiento y no tuviera ningún otro compromiso. Fue a ver a Paolicelli a la cárcel y le dijo que no se preocupara, que él lo arreglaría todo. Cuando Paolicelli le preguntó quién le había transmitido el encargo y quién era la persona que había abordado a su mujer, el hombre le repitió que no se preocupara y procurara simplemente seguir sus consejos y todo iría bien. Y, en primer lugar, le aconsejó que, en el momento del interrogatorio delante del juez, se acogiera al derecho de no responder, pues, de lo contrario, correría el riesgo de agravar la situación.

Me pregunté qué esfuerzo de imaginación se podía hacer para agravar aquella situación, pero no se lo dije a Paolicelli.

Presentaron un recurso ante el Tribunal de la Libertad, el cual confirmó la detención preventiva.

Lo contrario me habría sorprendido, pensé. Pero eso tampoco lo dije.

Macrì presentó recurso ante el Tribunal Supremo, señalando la existencia de una irregularidad de forma —no concretó cuál— con la esperanza de conseguir la anulación de la resolución del Tribunal de la Libertad.

Sus esperanzas resultaron infundadas porque el Tribunal Supremo también ratificó la detención preventiva. Pero Macrì seguía mostrándose optimista. Le decía a Paolicelli, y también a su mujer, que no se preocuparan y que, con un poco de paciencia, él lo arreglaría todo de la mejor manera. Lo decía con segunda intención, como alguien que tiene las llaves apropiadas y las utilizará en el momento oportuno.

Llegaron a la vista preliminar, Macrì se aseguró de que Paolicelli no hiciera ninguna declaración y pidieron un juicio rápido. Yo ya sabía cómo había terminado.

—Y entonces, ¿qué dijo Macrì?

—Me repitió que no me preocupara, que él lo arreglaría todo.

—¿Está de guasa?

—No. Dijo que en primera instancia estaba cantado que la cosa terminara así... en cambio, en las semanas anteriores me había asegurado que, en el peor de los casos, saldría con una condena de cuatro, cinco años y que en el recurso de segunda instancia las cosas se arreglarían. Fue precisamente tras haber leído el recurso —una paginita en la que no figuraba escrito prácticamente nada— cuando me cabreé.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Le dije que estaba jugando con mi vida. Le dije que sabía muy bien quién lo había enviado. Y después le dije que estaba hasta el gorro y llamaría al magistrado y se lo contaría todo.

—¿Y qué le quería contar usted al magistrado?

—No me refería a nada en concreto. Se me ocurrió decírselo en un momento de rabia para sacudirlo de su inactividad, para provocar una reacción. En realidad, no tengo ni idea de quién lo envió. Pero él me debió de creer, debió de pensar que tenía efectivamente algo importante que contar.

—¿Y él qué dijo?

—Cambió bruscamente de tono. Me dijo que tuviera cuidado con lo que hacía y, sobre todo, con lo que decía. Dijo que, en la cárcel, los que no saben comportarse como es debido pueden sufrir accidentes.

Me di cuenta de que estaba respirando afanosamente. Jadeaba y tuvo que respirar un poco antes de volver a empezar.

—En realidad, no tenía nada que contarle al magistrado. Aparte del hecho de que la droga no era mía. Cosa que él no se habría creído, tal como, por otra parte, usted tampoco se ha creído.

Hice ademán de contestar. Pero después me dije que él tenía razón, me callé y dejé que siguiera adelante.

—En cualquier caso, Macrì me dijo que, si ya no confiaba en él, no había ninguna razón para que se siguiera encargando de mi defensa. Renunciaba al mandato, pero yo tendría que recordar lo que él me había dicho. En caso de que pidiera hablar con el magistrado, *ellos* se enterarían enseguida. Y se fue.

Ahora era yo el que necesitaba un cigarrillo. A aquellas alturas, me ocurría muy de tarde en tarde, más que nada en los momentos en que las cosas no estaban demasiado claras. Y, si Paolicelli decía la verdad, aquella historia no estaba muy clara, como mínimo.

—Ah, olvidaba un par de cosas más.

—¿Sí?

—Se negó a que le pagara. No quiso ni un céntimo, a pesar de los viajes, todas las veces que vino, los gastos. Nada. Yo le decía que quería pagar y él me contestaba que no me preocupara, que cuando ya lo hubiéramos arreglado todo (siempre hablaba de *arreglarlo todo*), ya le haría un regalo. Y después, cuando consiguió del ministerio público el desembargo del coche, que figuraba a nombre de mi mujer, quiso ir personalmente a retirarlo. No me parece un comportamiento muy normal en un abogado.

No. No era un comportamiento normal en absoluto.

Toda aquella historia del abogado era extraña. Demasiado retorcida para haber sido inventada. Y, por consiguiente, no comprendía muy bien qué era lo que tenía delante. Estaba tratando de pensar y él se dio cuenta porque no me interrumpió. ¿Y si fuera verdad que la droga no era suya? ¿Podía haber ocurrido de verdad que alguien se hubiera inventado un sistema semejante para traficar con cocaína? Cuanto más lo pensaba, más esquizofrénicas se volvían mis reflexiones. Por un lado, me decía que eran unas conjeturas sin sentido, que ciertas cosas sólo ocurren en las películas o en las novelas. Y, por otro, la idea de que Paolicelli estuviera diciendo la verdad me parecía terrorífica y tremendamente realista. Contemplaba el asunto como si fuera uno de aquellos cromos mágicos que de pequeño encontraba en los envases de queso en porciones: según cómo las desplazabas, las imágenes cambiaban, el protagonista se movía, aparecían otros personajes. Aquel asunto parecía justamente un cromo mágico, con sombríos personajes y vagos hedores pútridos cuando te acercabas

demasiado para intentar captar los detalles.

Le dije que, de momento, era suficiente. Ahora tenía que examinar los papeles para hacerme una idea más exacta. Él me contestó que la copia de todo el expediente la tenía su mujer y que ésta me la llevaría al despacho antes del fin de semana. Me preguntó cuánto me tendría que entregar como anticipo y yo le contesté que, antes de aceptar el caso, tendría que echar un vistazo a los papeles puesto que, entre otras cosas, un compañero estaba implicado en el asunto. Él asintió con la cabeza y no me preguntó nada más.

Yo me había levantado y estaba recogiendo el impermeable cuando pensé que había una cosa que quería saber antes de irme.

—¿Por qué yo? Quiero decir: ¿por qué me ha nombrado a mí?

El otro sonrió con una extraña expresión en el rostro. Esperaba la pregunta.

—En la cárcel se habla mucho. Se habla mucho de los jueces y de los fiscales. Los buenos, los cabrones, los que lo hacen bien, los peligrosos, los corruptos. Y se habla de los abogados.

Interrumpió sus palabras y me miró. Mi cara le decía que lo estaba siguiendo.

—Los que lo hacen bien, pero son unos cabrones. Los honrados, pero que no abundan mucho o están sometidos a los jueces. Los lameculos. Los que tienen (o dicen tener) los atajos apropiados para llegar a todas partes. Se dicen montones de cosas.

Otra pausa, otra mirada. Mi cara era la misma. Él buscaba las palabras.

—De usted se dice que no tiene miedo.

—¿En qué sentido?

—Se dice que no se echa para atrás cuando es por una causa justa. Se dice que es un hombre de bien.

Experimenté un leve hormigueo en el cuero cabelludo y a lo largo de la espalda.

—Y de usted también se dice que está muy capacitado.

No sabía qué decir. Él siguió adelante y se le quebró la voz, como si se le hubieran agotado las fuerzas para poder dominarse.

—Sáqueme de aquí. Soy inocente, se lo juro. Tengo una niña. Es lo único que verdaderamente me importa en la vida. He cometido un montón de estupideces, pero esta niña es la razón de mi vida. No la he vuelto a ver desde que me detuvieron. No he querido que venga a verme a la cárcel y por eso no la he vuelto a ver desde aquella maldita mañana.

Las últimas palabras fueron una solución intermedia entre un estertor y un susurro.

Ahora estaba deseando salir de allí. Tenía ganas de escapar y por eso le dije que estudiaría los papeles en cuanto los recibiera; que pronto nos volveríamos a ver para hablar del asunto. Después nos estrechamos la mano y me fui.

3

Ni siquiera tenía que examinar los papeles, me dije en cambio aquella noche al llegar a casa.

Yo a Fabio Raybán no lo podía defender. Todo lo que me había pasado por la cabeza tras haberlo reconocido era una señal de alarma. Una cosa que no podía pasar por alto.

Tenía que comportarme como un profesional serio y como un hombre maduro.

Probablemente Paolicelli era culpable y había sido justamente condenado. Pero precisamente por eso tenía derecho a ser defendido de manera profesional por parte de alguien que no tuviera las reservas mentales y las antiquísimas cuentas pendientes que yo tenía.

Debía renunciar al encargo sin leer tan siquiera las actas. Sería mucho mejor para todos.

Sería *justo*.

En cuestión de un par de días regresaría a la cárcel y le diría que no podía defenderlo. Le diría la verdad, o me inventaría un pretexto.

Pero una cosa era segura. No podía aceptar aquella defensa.

Maria Teresa llamó a mi puerta, se asomó y dijo que estaba allí la señora Kawabata.

—¿Quien?

Entró, cerró la puerta y me explicó que la señora Kawabata venía por lo del expediente Paolicelli.

—Pero Kawabata es un apellido japonés.

—Yo diría que sí. Ella también parece japonesa, por otra parte.

—¿Y qué tiene que ver con Paolicelli?

—Tiene bastante que ver, es la mujer. Dice que tiene las copias de todas las actas. Cuando entró en mi despacho, la reconocí enseguida.

Dijo buenas tardes, me dio la mano, se sentó delante del escritorio sin quitarse el abrigo y sin desabrocharlo tan siquiera. Llevaba un perfume muy ligero, esencia de ámbar, con una nota más áspera que no conseguí descifrar. Vista de cerca, parecía menos joven y todavía más guapa que unos días atrás en el tribunal.

—Soy la mujer de Fabio Paolicelli. Le traigo todas las copias del juicio y de la sentencia.

Hablaba con una extravagante pizca de acento napolitano. Vacío el bolso, depositó un fajo de fotocopias encima del escritorio y me preguntó si podíamos hablar unos minutos. Por supuesto que podíamos hablar. Me pagan esencialmente para hablar.

—Necesito saber qué esperanzas, *cuántas* esperanzas, hay para Fabio en el recurso.

Nada de preámbulos. Apropiado desde su punto de vista. Pero yo los preámbulos los necesitaba, y no sólo para darme un tono profesional.

—Ahora mismo es imposible decirlo. Tengo que leer la sentencia y, sobre todo, tengo que leer las actas.

Y también tengo que decidir si acepto el caso. Pero eso no lo dije.

—Fabio ya le ha explicado de qué se trata.

Experimenté un estremecimiento de impaciencia. ¿Qué quería, que hiciera un diagnóstico sobre la base del relato en la cárcel del acusado?

—Me hizo un resumen, pero tal como le decía...

—Yo creo que hay pocas esperanzas de absolución, incluso con un recurso. En cambio, me han dicho que se podría llegar a la absolución mediante un acuerdo acerca de la pena que aplicar. Fabio podría salir con seis, siete años. En tres o cuatro años podría disfrutar de permisos... podría conseguir la... ¿cómo se llama?

—La libertad vigilada. —Me estaba molestando un poco su tono. Y, más en general, no me gustan demasiado los clientes (o, peor, los familiares de los clientes) que se han aprendido la lección y te vienen a decir lo que puedes o no puedes hacer.

—Mire, señora —me irritó la serenidad de mi voz en el mismo momento en que empezaba a hablar—, como le decía, es necesario examinar las actas para expresar una opinión sensata. Para plantear alternativas, incluso un acuerdo, es indispensable tener también una idea exacta de las cuestiones procesales, técnicas, que se le pueden escapar a un profano.

En resumen, aquí el abogado soy yo. Tú dedícate al ikebana, a la ceremonia del té o a lo que te parezca. Y, además, no está dicho en absoluto que quiera asumir la defensa de este mamporrero fascista —y probablemente también narcotraficante— de tu marido. Que con él y con sus amigos tengo una deuda pendiente de unos treinta años de antigüedad.

Pensé estas palabras al pie de la letra. Sin darme cuenta de la rapidez con la cual había pasado de la certeza de rechazar el encargo a la duda acerca de la posibilidad de aceptarlo.

La mujer hizo una mueca que, sin embargo, la hizo parecer todavía más guapa.

Mi respuesta de abogado no le gustaba. Quería que le aliviara la angustia de alguna manera. Aunque sólo le dijera que no había ninguna otra alternativa al acuerdo. La gente le exige muchas cosas al abogado; entre ellas, que la libre por encima de todo de la angustia de tener que vérselas con los agentes de la policía, los ministerios públicos, los jueces y los juicios. Con la llamada justicia. Quiere que el abogado la libre de la angustia de pensar.

—Por lo que me ha dicho su marido, la situación no es fácil. Si todo es exactamente (¿exactamente? Pero ¿cómo coño estaba hablando?) como él me lo ha expuesto, el recurso no es fácil. Digamos más bien que es francamente difícil y, por consiguiente, el acuerdo es una hipótesis que tomar seriamente en consideración. Por lo demás...

—¿Por lo demás?

—Su marido dice ser inocente. Y, como es natural, si es inocente, la idea de llegar a un acuerdo de siete, ocho años, siempre y cuando se consiga una rebaja tan grande de la pena, es un poco dura, incluso con la perspectiva de los permisos y de la libertad vigilada.

No se esperaba aquella respuesta. Se dio cuenta de que llevaba el abrigo puesto y se lo desabrochó nerviosamente, como si de repente le hubiera entrado calor y le faltara el aire. Le pregunté si se lo quería quitar y dármelo a mí, que yo lo colgaría. Contestó que no, gracias. Pero inmediatamente después se lo quitó y se lo colocó sobre las rodillas.

—¿Usted cree de veras que puede ser inocente?

Ya está. Me lo había buscado.

—Mire, señora Paolicelli, es difícil contestar a esta pregunta. En la inmensa mayoría de los casos, nosotros los abogados no sabemos la verdad. No sabemos si nuestro cliente es culpable o inocente. En determinados aspectos, es mejor que sea así porque una defensa profesional puede ser incluso más eficaz...

—Usted no se cree su historia, ¿verdad?

Respiré hondo, rechazando el impulso de decir más chorradas.

—Una idea auténticamente exacta me la podré hacer tan sólo tras haber leído los papeles. Pero, sí, la de su marido es una historia muy difícil de creer.

—Yo tampoco sé si su historia es verdad. No sé si me ha dicho la verdad, aunque él me jure que la droga no era suya. Me lo ha jurado de mil maneras. A veces le creo y otras veces pienso que lo niega todo porque se avergüenza y jamás sería capaz de reconocer que llevó todo eso en el coche conmigo y la niña.

Es precisamente lo que yo pienso. Es la hipótesis más verosímil y probablemente es la verdad.

Me dije estas cosas mientras la miraba en silencio con cara de palo. Y, mientras la miraba, pensé otra cosa.

No era cierto que tuviera dudas. Estaba *convencida* de que su marido era culpable y eso, más que ninguna otra cosa, era su maldición desde el comienzo de aquella historia.

—Fabio me ha dicho que usted decidirá si acepta o no el encargo sólo tras haber leído el expediente. ¿Le puedo preguntar por qué? ¿Eso quiere decir que, si se convence sin más de que es culpable, no lo defenderá?

Pues bueno, ésa era precisamente la pregunta que necesitaba. No, me importa un carajo que sea o no culpable. Defiendo a culpables a diario. Lo que ocurre es que tu marido —no sé si te lo ha contado— tiene un pasado de delincuente y puede que de asesino o, por lo menos, de cómplice de asesinos. Y lo digo por una cuestión de carácter personal, no sé si me explico. No sé si, con estos antecedentes, podré defenderlo honradamente.

Eso no lo dije. Dije que una de mis costumbres profesionales era aceptar los encargos sólo tras haber examinado los papeles.

Dije que era mi manera habitual de proceder, que no me gustaba aceptar encargos con los ojos cerrados. Era una mentira, pero no podía evitar decirla.

—¿Cuándo me comunicará si acepta el encargo?

—El expediente no es muy voluminoso y, por consiguiente, lo podré estudiar durante el fin de semana. El lunes o, como mucho, el martes le podré dar una respuesta.

Se sacó del bolso un billetero de gran tamaño de estilo masculino.

—Fabio dijo que usted no quería un anticipo antes de decidir si acepta o no. Pero tendrá que leer el expediente y eso es un trabajo. O sea, que...

Levanté las manos abiertas hacia ella, meneando la cabeza. No quería dinero, de momento. Gracias, pero ésta era mi manera de actuar. Ella no insistió. En lugar de sacar dinero o talonarios de cheques, sacó del billetero una tarjeta de visita y me la entregó.

Natsu Kawabata, Cocina Japonesa, decía en el centro de la tarjeta. Debajo, dos números de teléfono, uno de fijo y otro de móvil. Tras haberla examinado, levanté de

nuevo la vista hacia ella con una leve expresión inquisitiva.

Me dijo que era cocinera. Tres noches a la semana trabajaba en un restaurante — me dio el nombre de un local de moda— y después preparaba *sushi*, *sashimi* y *tempura* para las fiestas particulares de personas que se podían permitir este lujo. La comida japonesa jamás ha sido barata.

El comentario me salió sin que yo lo pudiera reprimir.

—Yo hubiera dicho que trabajaba como modelo o algo parecido. No como cocinera.

Me arrepentí antes incluso de haber terminado la frase, sintiéndome un perfecto idiota.

Pero ella, en cambio, esbozó una sonrisa. Sólo un atisbo de sonrisa, pero precioso.

—También he trabajado como modelo. —La sonrisa se apagó—. Fue entonces cuando conocí a Fabio en Milán. Parece que haya pasado mucho tiempo, han cambiado tantas cosas.

Dejó la frase en suspenso y, durante los siguientes segundos de silencio, intenté imaginarme de qué manera había empezado la historia entre ambos, por qué razón se habían trasladado de Milán a Bari. Y otras cosas. Fue ella la que interrumpió el silencio y mis pensamientos.

—Pero trabajar como cocinera me gusta más. ¿Conoce la cocina japonesa?

Contesté que sí, la conocía bien y me gustaba mucho.

Pues entonces, dijo, alguna vez tendría que probar su manera de interpretarla.

Lo había dicho por decir, para ser amable, pensé.

Pero experimenté un estremecimiento como los que te ocurrían a los dieciséis años cuando la más guapa de la clase, en un momento de inesperada y grandiosa benevolencia, se detenía para hablar contigo en los pasillos del colegio.

Natsu me rogó que la llamara en cuanto hubiera leído las actas y hubiera tomado una decisión.

Después se fue y yo pensé que no había dicho ni una sola palabra acerca del hecho de haber estado en el tribunal para verme trabajar. Me pregunté por qué y no encontré una respuesta.

Quedó en el aire un suave perfume de ámbar. Con aquella nota un poco más áspera que yo no conseguía identificar.

Unos cuantos minutos antes de las nueve Maria Teresa entró para preguntarme si necesitaba algo más, pues ella ya estaba a punto de irse. Le rogué que me pidiera una *pizza* y una cerveza antes de marcharse. Me miró con una expresión que decía: viernes por la noche, ¿te parece normal quedarte en el despacho a comer una mísera *pizza* y a beber una mísera cerveza y seguir trabajando?

Yo la miré a mi vez, y mi rostro le dijo: pues sí, me parece lo más indicado, entre otras cosas porque no tengo otra cosa mejor que hacer. Y, en todo caso, no me apetece hacer otra cosa mejor.

Y, si quieres que te diga la verdad, ni siquiera me apetece pensarlo.

Ella hizo ademán de contestar, pero renunció a hacerlo, dijo que me iba a pedir la *pizza* y que ya nos veríamos el lunes por la mañana.

Me comí la *pizza*, me bebí la cerveza, puse en el reproductor de cedés el último de Leonard Cohen —*Dear Heather*— y me dediqué a los papeles que me había llevado la señora Natsu Kawabata.

Se llamaba Kawabata, como el escritor, pensé. ¿Cuál era el título de aquel cuento? *La casa de las bellas durmientes*, me parecía. Yasunari Kawabata. Era triste y bellissimo. Pensé que tenía que volver a leerlo. Quién sabe si Natsu sería familiar —qué sé yo, sobrina tal vez— del Kawabata Premio Nobel.

Un pensamiento muy inteligente, me dije. Verdaderamente inteligente. Como si un japonés que conociera a un tal señor Rossi se preguntara: «Ah, Rossi, quién sabe si es familiar del corredor de motos Valentino Rossi».

Vamos a leer este expediente, que es mejor.

No me llevó mucho rato. Las cosas estaban tal como Paolicelli las había contado. En el acta de la detención y en la del embargo figuraban las declaraciones del detenido.

Acta de las declaraciones voluntarias efectuadas por el detenido, decía el encabezamiento. Voluntarias con toda seguridad. El acta era muy corta y, aparte los preámbulos, la esencia se condensaba en esta frase:

«Tomo nota de la presencia de 40 kilos de cocaína en el interior de mi automóvil. A este respecto, declaro voluntariamente que la droga es de mi exclusiva propiedad y que mi esposa, Natsu Kawabata, cuyos datos personales constan debidamente en otras actas, es totalmente ajena a la ilegal operación de tráfico de droga, atribuible tan sólo al infrascrito. Introduce el estupefaciente en el vehículo a espaldas de mi esposa. No tengo intención de identificar a los individuos de quienes adquirí la citada cantidad de droga ni a aquellos a quienes se la tenía que entregar. No tengo nada más que añadir».

Leído, confirmado y suscrito.

En la hoja de los apuntes anoté: *¿posibilidad de utilización de las declaraciones voluntarias?*

Se refería a las serias dudas acerca de la validez y la posibilidad de utilización de aquellas declaraciones que se habían hecho constar por escrito en ausencia de un abogado. Era un principio débil, pero, teniendo en cuenta la situación, nada se podía pasar por alto.

Pasé rápidamente al informe de la Policía en el que figuraban los mismos datos que en las actas de la detención y el embargo.

Después al interrogatorio en presencia del juez con vistas a la investigación preliminar en el que mi —tal vez— cliente se acogía al derecho de no contestar. En aquel acta hacía por primera vez su aparición el abogado Corrado Macrì.

En la hoja de mis notas, escribí: *abogado Macrì: ¿quién coño eres?*

Lo bueno de las notas personales es que uno escribe lo que le da la gana, guarrerías incluidas. Por lo que a mí respecta, las palabrotas me ayudan a pensar. Si en mis anotaciones escribo alguna bonita frase llena de guarradas, es más fácil que se me ocurran buenas ideas.

Pero a veces me dejo estas notas donde no debería. Por ejemplo, entre los documentos que adjuntar al acta del recurso o al de una constitución en parte civil.

Por regla general, Maria Teresa revisa todo, descubre estas amenas hojitas, las elimina y salva mi reputación. Por regla general.

Una vez ella se puso enferma y durante un par de días me vi obligado a hacer de abogado y secretario. Entre otras cosas, en el transcurso de aquellos dos días presenté una petición de arresto domiciliario para un cliente mío. Un señor que había creado toda una serie de sociedades financieras fantasma, a través de las cuales había hecho desaparecer como por arte de magia varios millones de euros. La Fiscalía y la Policía se habían interesado por su caso y lo habían enviado a la cárcel tras haber descubierto el chanchullo. Un abogado no debería decir estas cosas, pero, bueno, está claro que hicieron muy bien. En mi petición se hacía referencia a ciertos documentos de los cuales se deducía que la responsabilidad de mi cliente —el señor Saponaro, contable, perito mercantil y notorio homosexual— era menos grave de lo que había parecido al principio. Se hacía referencia al período que ya había pasado mi cliente en la cárcel —tres meses—, a la atenuación de las exigencias cautelares, al carácter «no indispensable de una medida preventiva tan dolorosa como la permanencia en la cárcel». El consabido repertorio.

Unos días después de la presentación de la petición, se recibió en mi despacho una llamada de la secretaria de aquel juez. ¿El juez quería hablar conmigo? Por supuesto que iría aquella misma mañana, pero ¿sería posible saber de qué se trataba? Para estar preparado. Ah, el juez no había dicho de qué me quería hablar. Bueno, pues, justo el tiempo de salir de mi despacho y llegar al juzgado.

Media hora después ya estaba en el despacho de aquel juez.

—Buenos días, señor juez. Me ha mandado llamar.

—Buenos días, abogado. Sí, lo he mandado llamar porque le quería mostrar un documento.

Mientras lo decía sacó una hojita de papel de una carpeta de color rojo.

—Creo que esto es suyo. ¿Tengo que considerarlo un documento adjunto a la petición por cuenta del señor Saponaro?

Me alargó la hojita. Eran las notas que yo había tomado mientras redactaba la petición. Oí en mi cabeza un lejano retumbo, una especie de gigantesca oleada o una manada de búfalos al galope. Me puse colorado como un tomate. La esencia de aquellas anotaciones giraba en torno a los poco jurídicos conceptos de «reinona, cerdo y ladrón». Hasta el más mediocre intérprete de aquel manuscrito habría podido comprender rápidamente que la reinona, el cerdo y el ladrón era el señor Saponaro y que su abogado —yo— no estaba convencido en su fuero interno de que su cliente fuera inocente.

Traté de encontrar algo que decirle al juez para intentar justificar aquella catástrofe. Pero, como es natural, no encontré nada.

Le pregunté tan sólo si, a los efectos de mi inminente expulsión del colegio de abogados, deseaba encargarse personalmente de comunicar los hechos al Consejo del Colegio de Abogados o prefería que yo me autodenunciara. A mí me daba lo mismo, aclaré. Le rogaba simplemente que no diera publicidad a mi infeliz expresión —reinona—, crípticamente alusiva a las inclinaciones sexuales de mi cliente. Hubiera querido evitar, en la medida de lo posible, que, aparte de mi reputación de abogado, la de hombre de izquierdas quedara también dañada por aquella vulgar desgracia.

El juez era una persona de mucho ingenio. Me devolvió la hojita y no me denunció.

No aceptó mi petición en nombre del señor Saponaro, pero eso habría sido pedir verdaderamente demasiado.

El expediente no contenía muchas otras cosas importantes.

Estaba el resultado del examen toxicológico de la sustancia estupefaciente. La pureza de la cocaína era del sesenta y ocho por ciento, o sea, que era de excelente calidad. Se habrían podido obtener, escribía el experto, centenares de miles de dosis para el trapicheo.

Estaban los listados de los móviles de Paolicelli y de su mujer. La policía los había obtenido para ver si se podía descubrir algún contacto interesante, inmediatamente antes o inmediatamente después del control que había conducido al hallazgo de la droga. Estaba claro que no había nada que fuera interesante porque los listados se habían transmitido a la Fiscalía con una nota muy breve: «Ningún contacto significativo se ha podido descubrir en los listados de las llamadas telefónicas obtenidos». Fin.

Estaba el auto de detención preventiva, con no más de diez líneas de

considerandos, y estaba la sentencia, a decir verdad, no muy larga tampoco. Por lo demás, qué otra cosa se habría podido escribir, aparte el hecho de que «ha quedado demostrada la responsabilidad penal del acusado dentro de un marco altamente tranquilizador». El acusado transportaba la droga a bordo de su automóvil y, por otra parte, había reconocido voluntariamente su responsabilidad antes de la detención. Sobre tales bases resulta literalmente imposible plantear cualquier hipótesis verosímil alternativa, por otra parte, no prevista tampoco por Paolicelli, el cual, en el transcurso del preceptivo interrogatorio, se acogió —comprensiblemente, dado el carácter insostenible de su situación— al «derecho de no responder».

Busqué con la pluma aquella expresión. *Hipótesis verosímil alternativa*. El problema era ése. Es siempre el mismo en los procesos penales. Facilitar una explicación alternativa, *verosímil*, de las pruebas aportadas por la acusación.

¿Qué hipótesis alternativa se podía ofrecer en un caso como aquél?

La única era la de que Paolicelli me hubiera dicho la verdad y la droga del coche la hubiera colocado —cualquiera sabía cómo y cualquiera sabía cuándo— otra persona. Pero, si la historia fuera cierta, Paolicelli estaba metido en la mierda hasta el cuello.

¿Cabía la posibilidad de que alguien hubiera querido comprometer a Paolicelli? ¿Colocarle la droga en el coche y después soplarle la noticia a la policía?

Descarté inmediatamente semejante hipótesis. No se arrojan por la borda cuarenta kilos de cocaína para comprometer a alguien. Si quieres comprometer a alguien, le metes diez gramos divididos en cuarenta dosis; nadie podrá dudar de que están destinadas al trapicheo y la operación se lleva tranquilamente a cabo. Eficaz y con un coste moderado.

No, era imposible que le hubieran colocado cuarenta kilos sólo para que lo detuvieran. Era ciertamente probable que alguien le hubiera dicho a la policía que en aquel coche procedente de Montenegro había un buen alijo de cocaína pura. Pero el responsable del soplo no podía ser el propietario de la droga o alguien que la hubiera colocado sólo para causarle la ruina al señor Fabio Raybán.

Descartemos la hipótesis según la cual el que colocó la droga en el coche fue la misma persona que le sopló la noticia a la policía. Y admitamos que Paolicelli diga la verdad. Si de veras es inocente, ¿qué demonios se puede hacer llegados a este punto?

Descubrir quién colocó la droga, me dije.

Ah, bueno, pues entonces es un juego de niños. Descubro la red de traficantes internacionales que ha colocado la droga, los llevo a rastras a declarar en el recurso de apelación y ellos, dominados por el remordimiento, confiesan y exculpan a mi cliente. Lo absuelven, la justicia sale triunfante, y el mito del abogado Guerrieri se consolida.

Si de veras Paolicelli era inocente, aquel era el peor caso que me hubiera caído encima en toda mi carrera, me dije mientras hojeaba las últimas páginas. Desde el fondo de la carpeta saltó la copia de los antecedentes penales de Paolicelli. Unos

antiquísimos antecedentes de menor de edad por reyerta, lesiones, tenencia ilegal de armas. Todo cosas de los años de las palizas y de las malditas escuadras fascistas. Y, en cualquier caso, ya no había nada a partir de 1981. Mientras examinaba aquellos antecedentes penales, me sorprendí pensando que, hasta unas pocas horas antes, yo estaba decidido a no aceptar aquel encargo.

Hasta que había entrado en mi despacho la señora Natsu Kawabata.

Reordené las notas y, sobre todo traté de reordenar las ideas.

Para que Paolicelli tuviera alguna posibilidad de salir bien librado —cosa muy improbable— era necesario llevar a cabo alguna investigación y ahí empezaban los problemas.

En el pasado, sólo un par de veces había recurrido a investigadores privados, con resultados catastróficos. Y se trataba de asuntos, ¿cómo diría?, mucho menos problemáticos que el caso Paolicelli. Después de la segunda experiencia, me juré a mí mismo que también sería la última.

Me dije que hubiera tenido que hablar de ello con Carmelo Tancredi.

Carmelo Tancredi es un inspector de policía especializado en la caza de los peores desechos de la humanidad: los violadores, los maltratadores, los traficantes de niños.

Tiene el aspecto humilde y un tanto abatido de los peones mexicanos de ciertas películas del Oeste de serie B, una intuición que normalmente sólo poseen algunos policías de novela y muerde como un pitbull cabreado. Hablaría con él y le preguntaría qué pensaba de todo aquel asunto. Si de veras era posible que alguien en Montenegro hubiera colocado la droga en el coche de Paolicelli con la intención de recuperarla en Italia. Y después le preguntaría si para él tenía sentido llevar a cabo una investigación para tratar de exculpar a mi cliente.

Después tendría que hacer alguna llamada por ahí, para ver si alguien conocía al tal abogado Macrì. Y buscar su lugar en el mosaico.

Admitiendo, naturalmente, que existiera un mosaico en el cual las cosas no estuvieran colocadas de la manera más sencilla. Es decir, que la droga perteneciera a Paolicelli y a algún ignorado compinche suyo, que el abogado —tal como suele ocurrir en tales casos— hubiera sido contratado y pagado por los cómplices, y que la mujer, naturalmente, no supiera nada al respecto.

La idea de tener un programa —hablar con Tancredi, hacer indagaciones sobre el tal Macrì— me infundió la sensación de haber hecho algo. Miré el reloj y me di cuenta de que eran las dos.

Por un instante, sólo por un instante, me vino a la mente la imagen de Margherita. Antes de que se desvaneciera en el negativo fotográfico de aquella tarde de septiembre para perderse a lo lejos, hacia el oeste.

Menuda noche de viernes, me dije, abandonando el despacho para regresar a casa.

El lunes por la mañana le dije a Maria Teresa que llamara a la señora Kawabata para decirle que aceptaba el encargo. Antes del fin de semana iría a la cárcel a ver a su marido. Ella —Maria Teresa— tendría que pasar por la secretaría del Tribunal Superior de Justicia para comprobar si ya se había fijado la fecha del juicio.

Al llegar a aquel punto, dudé, como si hubiera alguna otra cosa que, sin embargo, no conseguía recordar. Maria Teresa me preguntó si tenía que decirle a la señora Kawabata que pasara por el despacho para dejar un anticipo a cuenta y yo contesté que sí, eso era precisamente la otra cosa que olvidaba. Tenía que decirle que pasara por el despacho. Para dejar un anticipo a cuenta.

Pues claro.

Después recogí los papeles que necesitaba para las vistas de aquella mañana y me fui.

En la calle hacía un frío del carajo y me dije que no era indispensable coger cada vez la bicicleta y que también podía ir un poquito a pie. Entré en el bar de abajo del despacho, tomé un capuchino y, mientras salía para dirigirme a los juzgados, llamé a Carmelo Tancredi.

—¡Guido! No me digas que alguna de las sabandijas que hemos detenido esta noche es cliente tuyo. No me lo digas, por favor.

—No, no te lo digo. ¿A quién habéis detenido esta noche?

—A un buen grupito de pedófilos que organizaban vacaciones en Tailandia. Cerdos de exportación. Llevamos seis meses trabajando en ello, incluso con agentes encubiertos. Dos de los nuestros se infiltraron, hicieron un viaje con estos animales, reunieron toneladas de pruebas. Aunque parezca increíble, la policía tailandesa ha colaborado.

—¿Y esta noche los habéis detenido?

—Pues sí. No te imaginas lo que les hemos encontrado en casa.

—No me lo imagino y no lo quiero saber.

Era verdad sólo a medias. No lo quería saber, pero imaginaba perfectamente lo que podían haber encontrado en el transcurso de los registros. Algunas veces —siempre en defensa de las víctimas— me había encargado de casos de pedofilia y había visto el material decomisado a aquella gente. En comparación con él, las fotografías de las autopsias constituyen un espectáculo relajante.

—Puesto que afortunadamente no eres el abogado de ninguna de estas sabandijas, ¿por qué me llamas?

—Quería invitarte a un café y charlar un poco contigo, pero si esta noche te la has pasado trabajando y ahora te vas a dormir, no importa. Comprendo que a la edad que tienes...

Pronunció una frase en siciliano cerrado. No comprendí muy bien las palabras, pero intuí que se trataba de unas valoraciones amablemente críticas acerca de mi sentido del humor.

Después pasó de nuevo al italiano. Me dijo que tenía que esperar a que estuvieran listos los informes de las detenciones, de los decomisos y todas las demás cosas relacionadas con la operación. Dijo que tenía que controlarlos uno por uno porque los chicos de su sección lo hacían todo muy bien cuando se trataba del trabajo de campo —vigilar, seguir, permanecer al acecho, derribar puertas, atrapar a los malos e incluso vapulearlos un poco, cosa que no está de más de vez en cuando—, pero que había que mantenerlos bajo estrecha vigilancia cuando metían mano al ordenador o a las claves. Terminaría hacia el mediodía y, por consiguiente, si yo quería, podría pasar a recogerlo a la comisaría e invitarlo a tomar un aperitivo.

Le dije que me parecía muy bien y que pasaría por allí a las doce y media.

Después me fui a los juzgados y actué en mis vistas. Siguiendo un ritmo ya consolidado, en una especie de suspensión de la conciencia.

En los primeros años de la profesión —cuando hacía prácticas e incluso cuando ya actuaba como fiscal—, el momento de la llegada a los juzgados por la mañana era el que más me gustaba. Te presentabas allí unos veinte minutos antes del comienzo de las vistas, encontrabas a algún amigo, te ibas a tomar el café y te fumabas un cigarrillo, que entonces en los pasillos te dejaban fumar. A veces ocurría también que encontrabas a alguna chica que te gustaba y quedabas con ella para la noche.

Poco a poco estos rituales se habían ido resquebrajando hasta desaparecer del todo. Un proceso fisiológico. Tal como ocurre inevitablemente cuando ya no tienes treinta años. Sea como fuere, cada vez me había ido gustando menos el momento de la entrada en los juzgados, el ritual del café, etc. A veces miraba a mi alrededor al pasar por el bar. Miraba a los jóvenes abogados, a menudo excesivamente elegantes, miraba a las chicas, secretarias, pasantes y también alguna joven magistrada en período de prácticas.

Todos me parecían un poco tontos y pensaba de manera trivial que nosotros de jóvenes éramos distintos y mejores.

Concebir ciertas estupideces es un automatismo implacable. Si ellos son tan tontos, no hay razón para envidiarlos; no hay razón para envidiar su juventud; sus articulaciones flexibles, sus infinitas posibilidades. Son unos gilipollas, se ve por su manera de comportarse en el bar y en todas partes. Nosotros éramos mejores y somos mejores, pues entonces, ¿por qué envidiarlos?

Ya, ¿por qué? A tomar por culo.

En fin, hice las vistas conteniendo metafóricamente la respiración y a las doce del mediodía ya estaba fuera.

A las doce y veinte me planté delante de la comisaría y llamé a Tancredi para decirle que bajara a reunirse conmigo. Cuando lo vi acercarse, pensé que tenía la pinta de alguien que ha dormido en un sofá con el abrigo y los zapatos puestos.

Probablemente justo lo que había ocurrido aquella noche.

Hacía un montón de tiempo que no nos veíamos y por eso lo primero que hizo fue preguntarme por Margherita. Le dije que estaba fuera desde hacía unos cuantos meses por motivos de trabajo y procuré decirlo con una expresión natural, neutra. Naturalmente, no me salió, tal como deduje de su cara. Para cambiar de tema, le pregunté por su tesis. Tancredi hacía tiempo que había terminado los exámenes de psicología y le faltaba solo la tesis para la licenciatura. Dijo que hacía bastante tiempo que no trabajaba en aquella tesis y, por la cara que puso al decirlo, comprendí que yo había metido la pata a mi vez.

Estábamos empataados y ya podíamos irnos a tomar aquel aperitivo. Elegimos una bodega situada a unos cuantos centenares de metros de la comisaría y regentada por un amigo de Tancredi. Era un lugar con una clientela generalmente nocturna. A la hora del aperitivo estaba desierto y era por tanto ideal para charlar en paz.

Pedimos un vino blanco siciliano y unas ostras. Nos comimos una primera bandeja y llegamos a la conclusión de que no era suficiente. O sea, que pedimos más y nos bebimos varias copas.

Tras haber vaciado la última ostra, se colocó entre los labios la última colilla de cigarro toscano que siempre llevaba consigo sin encenderla casi nunca, empujó su silla hacia atrás y me preguntó qué quería de él. Le conté toda la historia de Paolicelli, procurando no pasar por alto ningún detalle y, al final, le dije que necesitaba su asesoramiento.

Él me indicó por señas que siguiera adelante, utilizando la mano en la que sostenía la colilla de cigarro.

—Lo primero, el preliminar diría yo. ¿Te consta que alguna vez se haya transportado droga a Italia colocándola a escondidas en automóviles de personas que no sabían nada al respecto? ¿Se ha comprobado alguna vez algo semejante en alguna investigación?

—Vaya si se ha comprobado. Era un sistema que utilizaban muchísimo los traficantes turcos de heroína. Elegían a turistas italianos que viajaban en coche hasta allí los fines de semana. Les robaban el coche, lo llenaban hasta el tope de heroína y después se encargaban de que lo volvieran a encontrar antes de dirigirse a la policía para presentar una denuncia. Y, encima, el tío que los ayudaba a encontrarlo se embolsaba una considerable recompensa por su buena acción. Después los turistas se iban para regresar a casa y los bondadosos turcos los seguían a cierta distancia para vigilar el cargamento. Tras haber cruzado la frontera, entraban en acción los amigos italianos. A la primera ocasión, el automóvil volvía a ser objeto de robo, con la sola diferencia de que esta vez ya no era devuelto. Final de la historia.

—¿A cuándo se remonta esta historia?

—Era el *modus operandi* que se observó que yo sepa en dos ocasiones. Una vez en el transcurso de una importante investigación de la Fiscalía y de la brigada móvil de Trieste y otra vez en Bari por parte de nuestra brigada antidroga. Te hablo de hace

tres o cuatro años.

Me pasé la mano por la cara a contrapelo de la barba. En abstracto, Paolicelli podía haber dicho la verdad, aunque no hubiera hablado de robos del coche. La historia del portero del hotel tenía sentido.

—¿Y te consta de alguna operación parecida pero sin el robo del coche?

—¿En qué sentido? ¿Que tras haber cargado la droga se la dejan como regalo?

—Qué ocurrencia. Quería decir: sin robar el coche la primera vez para colocar la droga.

Mientras me contestaba, tuve la clarísima impresión de que no me estaba diciendo todo lo que sabía.

—No me consta, pero no es imposible. Si sabes dónde está el coche y dispones de un poco de tiempo, puedes llevar a cabo la operación sin robar el vehículo y llevándotelo y devolviéndolo sin que el propietario se dé cuenta de nada.

—Es un decir: si tú fueras un investigador privado y te encargaran una investigación para tratar de exculpar a Paolicelli, ¿qué harías?

—O sea, que es un decir, ¿verdad? En primer lugar, no soy un investigador privado. Y después, me parece que no hemos establecido la inocencia de tu cliente. Es posible que alguien se encuentre el coche lleno de una droga que no es suya, bien. Pero el hecho de que sea posible no significa que haya ocurrido en este caso. La hipótesis más realista...

—Aborrezco a los policías que hacen conjeturas lógicas. Lo sé muy bien, la hipótesis más realista es que la droga fuera suya. Si alguien tiene un coche lleno de cocaína, la primera hipótesis que hay que tomar en consideración es la de que esta droga sea suya. Una vez dicho esto, si tú fueras un investigador privado...

—Si fuera un investigador privado, antes de decir una sola palabra o de mover un dedo, exigiría la entrega de una buena cantidad en concepto de anticipo. Y después, lo primero de todo, hablaría con el amigo Paolicelli y señora. La cual me parece adivinar que no es un monstruo.

Tancredi era capaz de leer un montón de cosas en la cara de una persona. El hecho de constatarlo no me hizo ninguna gracia especial en aquel momento.

—Intentaría comprobar si hay alguna manera de sospechar seriamente de este portero del hotel. Aunque no sé adónde nos podría llevar la cosa.

—¿En qué sentido?

—Para averiguar algo en concreto acerca del portero, del personal del hotel, se necesitaría una investigación especial. Habría que pedir la colaboración de la policía de Montenegro. No sé si tienes en cuenta de quiénes estamos hablando. Algunos de sus jefes, junto a algún ministro, han dirigido durante muchos años el contrabando internacional de cigarrillos.

Lo tenía en cuenta.

—En todo caso, les pediría a Paolicelli y a su mujer que me dijeran si habían observado algo extraño durante sus vacaciones y, sobre todo, en los últimos días.

Incluso detalles insignificantes. Si conocieron a alguien, tal vez muy simpático y deseoso de trabar amistad con ellos. Si hablaron con alguien y si este alguien les hizo un montón de preguntas. De dónde venís, cuándo habéis llegado y, sobre todo, cuándo regresáis a casa. Y les pediría que me dijeran todo lo que consiguieran recordar del portero o de los propietarios del hotel, de algún empleado (qué sé yo, de algún camarero) que por alguna razón les llamó la atención.

—¿Y después?

—Depende de lo que contestaran. Si por casualidad resultara que conocieron a algún fisgón allí en Montenegro, convendría comprobar si éste viajó también por casualidad en el mismo *ferry*.

—¿Y qué tengo que hacer para efectuar estas comprobaciones?

Adoptó una falsa expresión de desagrado.

—Ah, claro. No puedes, en efecto.

—Anda, Carmelo, ayúdame, por favor. Sólo quiero comprobar si me ha dicho un montón de chorradas o si, por el contrario, es realmente inocente. En caso afirmativo, se trata de un asunto muy grave.

No contestó de inmediato. Hizo girar la colilla de cigarro entre el índice y el pulgar, contemplándola como si fuera un objeto muy interesante. Sin prestarme atención durante unos segundos, como si se estuviera preguntando de nuevo cuántas cosas me podía decir. Al final, se encogió de hombros.

—Es posible que tu cliente diga la verdad. Hace unos cuantos meses, uno de mis confidentes me dijo que estaban llegando unos grandes cargamentos de cocaína de Albania, de Montenegro y de Croacia exactamente con este mismo procedimiento. Cargando los coches sin robarlos tan siquiera.

—Coño.

—Llenan el coche uno o dos días antes de la partida del correo, ajeno a los hechos. Después, alguien de la banda sube al *ferry* para vigilar la mercancía. Cuando ya se han pasado los controles de la aduana, se llega a la fase final: lo cual significa que, a la primera ocasión, los cómplices de tierra roban el automóvil y recuperan la droga.

—¿Hay alguna investigación a este respecto?

—No, o, por lo menos, que yo sepa. Les he pasado la información de mi confidente a los de la lucha antidroga. Y, por toda respuesta, me han dicho que querían saber quién era mi confidente y que eran ellos quienes querían hablar con él.

Puso cara de puro asco. Un auténtico policía nunca le pide a un compañero que le diga el nombre de su confidente. Era cosa de aficionados o de sinvergüenzas.

—Y tú les has dicho que se vayan al carajo.

—Pero muy educadamente.

—Claro. Y, de esta manera, la información ha quedado inutilizada.

—Que yo sepa. En cualquier caso, no es eso lo que nos interesa. Tienes que hablar con tu cliente y con su bella esposa y arrancarles todo lo que consigan

recordar. Después, sobre la base de lo que te digan, se podrá plantear la posibilidad de alguna comprobación.

—Carmelo, si yo hablo con éstos, consigo que me lo cuenten todo. Pero después tú me tienes que ayudar. Por ejemplo, podríamos obtener la lista de los pasajeros del *ferry*. Para ver si hay algún nombre que consta en vuestros archivos. Tú no tienes que arriesgarte, hablas con algún compañero tuyo de la policía de fronteras y...

—¿Quieres que te venga también a limpiar los cristales del coche? Así te presto un servicio completo.

—Pues sí, en efecto, hace mucho tiempo que...

Tancredi volvió a soltar otras cosas en siciliano cerrado. No muy distintas de las que horas antes me había dicho por teléfono, me pareció.

Pero, al final, me dijo que lo llamara tras haber hablado con Paolicelli.

—Si de vuestra charla surge algún elemento útil, veremos si es posible utilizarlo. Tú, de todos modos, deberías procurar averiguar algo más acerca de este compañero tuyo que ha aparecido como por arte de magia de Roma. Si Paolicelli y su mujer dicen la verdad, este señor tiene algo que ver con los propietarios de la droga. El hecho de saber quién es este abogado podría constituir un punto de partida.

Exactamente. La charla había producido algún fruto y yo podía darme casi por satisfecho.

Me levanté y me acerqué a la caja para pagar la cuenta, pero el propietario me dijo que en aquel local nadie pagaba sin el permiso de Tancredi.

Y yo aquel día el permiso no lo tenía.

Natsu Kawabata acudió a mi despacho el martes por la tarde.

Vestía el mismo abrigo azul de la otra vez. Parecía más guapa. Era hija con toda certeza de un japonés y una occidental. Puesto que se apellidaba Kawabata, su padre debía de ser japonés y su madre debía de ser italiana. De otro modo, ¿cómo habría podido hablar aquel italiano tan perfecto, incluso con una ligera inflexión napolitana? Quién sabe si habría nacido en Italia o en el Japón. Y aquella tez morena la debía de haber heredado sin duda de su mamá, puesto que los japoneses suelen ser más bien paliduchos.

—Buenas tardes, abogado.

—Buenas tardes. Siéntese, por favor.

Percibí en mi voz un exceso de engolamiento que me hizo sentir incómodo.

Esta vez Natsu se quitó el abrigo, se sentó e incluso esbozó una sonrisa. Por el aire ya se había difundido el mismo suave perfume de la vez pasada.

—Me alegro de que haya aceptado el encargo. Fabio tenía mucho interés. Dice que en la cárcel...

Experimenté una sensación interior de desagrado. No quería que siguiera adelante. No quería que me dijera cuánta confianza había depositado en mí el señor Fabio Raybán. No quería que me recordara que había decidido defenderlo por un motivo que a él no le hubiera gustado y que yo no habría confesado. Así pues, hice un gesto con la mano que decía: dejémoslo correr, soy muy modesto, no me gusta que me hagan cumplidos. Una mentira gestual: los cumplidos me encantan, por el contrario.

—Tal como ya le dije, eso es una rutina para mí. Prefiero examinar primero las actas para comprobar que no haya algún motivo que me impida aceptar el encargo.

¿Por qué seguía diciendo aquellas bobadas?

Para darme tono, estaba claro. Para interpretar un personaje. Para hacer un buen papel. Me estaba comportando como un colegial.

—¿Qué idea se ha hecho leyendo el expediente?

—No muy distinta de la idea inicial. La situación es muy difícil. Admitiendo...

Interrumpí mis palabras, pero demasiado tarde. Estaba a punto de decir: admitiendo que tu marido diga la verdad —admitiendo, pero en modo alguno aceptando—, el hecho de demostrarlo o, por lo menos, de crear una duda razonable será difícilísimo. No dije más porque no quería despertar sus dudas, más que razonables. Pero ella lo comprendió.

—¿Quiere decir: admitiendo que la historia de Fabio sea verdad?

Asentí con la cabeza, bajando la mirada.

Ella pareció querer añadir algo más, pero sus palabras permanecieron en suspenso

y, al final, no salieron. Así pues, me correspondió a mí seguir adelante.

—Para intentar obtener una absolución, tendríamos que demostrar que la droga no era de su marido. O, en todo caso, ofrecer al tribunal unos argumentos que lo indujeran a abrigar serias dudas de que la droga perteneciera a su marido.

—O sea, habría que descubrir quién la colocó en el coche.

—Exactamente. Y puesto que todo ocurrió en Montenegro hace un año y medio, comprenderá usted que...

—Que no hay nada que hacer. ¿Es así?

Le contesté que, evidentemente, no había muchísimas cosas que pudiéramos hacer. Tendríamos que empezar a reconstruir entre los dos, con todos los detalles posibles, lo que había ocurrido en el transcurso de los días anteriores a la detención. Le dije, abreviándolas y apropiándome de ellas, las cosas que me había sugerido Tancredi. Hablé con el tono propio de alguien que está acostumbrado a llevar a cabo semejantes investigaciones. Como si fueran cosas normales para mí.

Cuando terminé de explicarle mi plan de investigación, me pareció que ella estaba impresionada.

Caray, yo era uno de esos que saben lo que se llevan entre manos.

Me preguntó si quería empezar a reconstruir los hechos con ella. Le contesté que antes prefería hablar con su marido, que iría a verlo al día siguiente y que nosotros nos podríamos volver a ver antes del fin de semana.

Dijo que le parecía muy bien. Me preguntó por el anticipo, yo le indiqué una cantidad y, cuando sacó un talonario de cheques, le dije que resolviera aquella parte de la cuestión con mi secretaria. Nosotros, los príncipes del foro, no nos ensuciamos las manos con dinero o cheques.

Eso era todo por aquella tarde.

Cuando se fue, me sentí bastante a gusto, como alguien que ha hecho un buen papel en presencia de la persona adecuada. Evité cuidadosamente pensar en las consecuencias.

Ahora necesitaba información sobre el tal Macrì.

Para empezar, encendí el ordenador y me conecté con la página del Consejo del Colegio de Abogados de Roma. Tecleé su nombre y me salieron las pocas informaciones que puede facilitar un registro profesional. Macrì había nacido en 1965, estaba inscrito en el Colegio de Roma desde hacía poco más de tres años y primero había estado inscrito en Reggio Calabria. Su despacho estaba en una calle que tenía un nombre muy raro. Y carecía de teléfono fijo. En la casilla de los contactos telefónicos sólo figuraba el número de un móvil. Qué extraño, pensé. Un despacho jurídico sin teléfono. Anoté mentalmente el dato, que tal vez tuviera un significado.

Tendría que recurrir a algún amigo romano para tratar de averiguar algo más. Pasé revista a mis llamados amigos romanos y no tardé demasiado en hacerlo.

Había un par de compañeros que yo asociaba con la defensa en los recursos al Tribunal Supremo o con algunos juicios celebrados en el Tribunal de Roma. Calificarlos de amigos habría sido francamente excesivo. Estaba un periodista que había trabajado unos cuantos años en Bari, en la crónica judicial del diario romano *La Repubblica*. Era un chico simpático, algunas veces nos habíamos tomado un café o un aperitivo juntos, pero nuestras relaciones siempre habían sido superficiales. Y, además, ¿qué sabía yo si, llamándolo y pidiéndole información acerca de Macrì, correría el riesgo de despertar su curiosidad profesional?

Me quedaba mi viejo amigo y compañero de universidad Andrea Colaianni, fiscal sustituto de la dirección antimafia de la circunscripción de Roma. El único a quien podía recurrir tranquilamente y que tal vez podría facilitarme la información que necesitaba.

Busqué en la agenda de mi móvil, encontré su número y me pasé unos cuantos minutos contemplando la pantalla de color. ¿Desde cuándo no manteníamos contacto Colaianni y yo? Desde hacía años, sin duda. Una vez nos tropezamos por la calle en Bari. Él había venido a ver a sus padres, nos intercambiamos unas cuantas palabras y yo pensé que nuestra amistad, como tantas otras cosas, había terminado. Ahora que lo llamaba —suponiendo que aquel antiguo número todavía estuviera activo—, ¿qué pensaría? ¿Y yo qué tendría que decirle? ¿Charlar un poco para que resultara socialmente aceptable la petición de ayuda que le tenía que hacer?

Siempre he tenido graves problemas con los teléfonos y las llamadas telefónicas. ¿Y si él se molestaba? A lo mejor, estaba interrogando a alguien, a lo mejor, estaba ocupado de alguna otra manera. Y, además, los magistrados, aunque sean amigos, son unas criaturas imprevisibles.

Bueno, ya basta. Pulsé la tecla de envío y Colaianni contestó al segundo timbrado.

—¡Guido Guerrieri!

Me sorprendió que recordara mi número de memoria.

—Hola, Andrea. ¿Qué tal estás?

—Yo, bien. ¿Y tú?

Así iniciamos nuestra charla. Hablamos por lo menos dos minutos acerca de varias cosas. La familia —de la de quien la tenía, o sea, él—, el trabajo, los viejos amigos comunes a los que ninguno de los dos veía o de los que no sabía nada desde hacía un tiempo infinito. Deporte. ¿Sigues practicando el boxeo? Estás tan chiflado como siempre, Guerrieri.

Al final, le hablé del motivo de mi llamada. Se lo expliqué todo, en resumen. Le dije que andaba a tientas en la oscuridad, que no sabía qué hacer ni qué aconsejarle al cliente. Que necesitaba cierta información para intentar aclararme las ideas. Aunque sólo fuera para poder decirle al cliente que la única alternativa sería la de un pacto honorable.

Colaianni me contestó que jamás había oído nombrar a Macrì, pero que en un lugar como Roma eso no significaba nada. Preguntaría un poco por ahí y después, en cuestión de unos días, ya me diría algo.

—Pero, de todas maneras, tú no te hagas ilusiones. La hipótesis más probable es que tu cliente transportaba efectivamente aquella droga sin habérselo dicho a su mujer. Lo niega contra toda evidencia porque se avergüenza y no tiene el valor de confesárselo a ella.

Ya. Lo sabía y casi esperaba que así fuera.

Todo habría sido mucho más fácil.

Más tarde o más temprano me tenía que ocurrir. Quiero decir: que volviera a formularme aquella pregunta. Ocurrió de una manera natural mientras esperaba a Paolicelli en la sala de los abogados de la cárcel.

¿Eran ciertas las cosas que se contaban en aquellos años? ¿De verdad era él uno de los culpables de la muerte de aquel chico? O por lo menos, ¿perteneía al grupo de donde habían salido los navajeros?

A lo largo de muchos meses después de aquel homicidio fui perseguido por la imagen, creada por mi trastornada fantasía, de Paolicelli viendo morir a aquel chico con la misma sutil y perversa sonrisa que le había visto en la cara mientras su amigo me molía a golpes.

En algún momento hasta pensaba que había tenido suerte, porque aquellos eran unos locos criminales. La noche de la paliza que me dieron a causa de la trenca también tuve suerte de que no me pegaran un navajazo.

Durante mucho tiempo me obsesionó la idea de la venganza. Cuando fuera mayor, tuviera fuerza y, sobre todo, estuviera en condiciones de liarme a tortazos con los demás (entre tanto, había empezado a hacer prácticas de boxeo), los iría a buscar uno a uno y les arreglaría las cuentas. En primer lugar, al bajito y musculoso y después a los demás cuyos rostros no recordaba muy bien, pero eso era sólo un detalle. En último lugar, al rubito con cara de David Bowie que había disfrutado del espectáculo con una sonrisa en los labios. Y quizá, si le partiera la cara, conseguiría que me contara lo que había ocurrido realmente aquella noche del 28 de noviembre, quiénes habían acuchillado a la víctima y si él figuraba entre ellos.

—Buenos días, abogado.

Estaba tan enfrascado en mis pensamientos que ni siquiera había oído abrirse la puerta. Reprimí un ligero sobresalto y respondí con un leve cambio de expresión. La máxima cordialidad que estaba dispuesto a ofrecerle a Paolicelli después de aquella acumulación de recuerdos.

—Me alegro mucho de que haya aceptado el encargo. Tengo la impresión de que ahora hay una posibilidad. Mi mujer también me ha dicho que usted inspira confianza.

Me sentí incómodo ante el hecho de que me hablara de su mujer. Y también me sentía incómodo ante el hecho de que él fuera tan distinto del muchachito de la cara perversa al que yo había odiado durante toda mi adolescencia. Era un sujeto normal, casi simpático.

Pero yo no quería que me cayera simpático.

—Señor Paolicelli, será mejor que hablemos claro ya desde un principio. Para no alimentar expectativas poco realistas. He decidido aceptar su caso y haré todo lo que

sea posible por usted. Juntos decidiremos la estrategia y las opciones procesales, pero lo que usted tiene que saber, aquello de lo cual tiene que ser absolutamente consciente, es que su situación es y sigue siendo muy difícil.

Así estaba bien. El tono técnico era lo ideal para conseguir que desapareciera la sensación de incomodidad que yo había experimentado momentos antes. Y era también una buena manifestación de maldad, disfrazada de eficiencia profesional, privarlo también de inmediato de aquel instante de alivio. Del consuelo que experimenta alguien que, después de varios meses de encierro en la cárcel y de pensamientos horribles acerca del futuro, encuentra a una persona que está de su parte y lo puede ayudar.

La misma razón, esencialmente, de la existencia de los abogados.

Eres un auténtico cabrón, Guerrieri, me dije a mí mismo.

Reanudé mis explicaciones sin mirarlo mientras abría la cartera para sacar los papeles.

—He examinado todas las actas, he tomado unos cuantos apuntes y ahora estoy aquí para decidir con usted la línea defensiva. Las posibilidades son esencialmente dos. Muy distintas la una de la otra.

Levanté los ojos para comprobar si me estaba siguiendo. Fue la primera vez que lo miré verdaderamente a la cara. Quiero decir, que vi su verdadero rostro de hombre de más de cuarenta años, con sus arrugas y un incomprensible matiz de bondad en sus ojos azules —y no el que yo conservaba grabado en el recuerdo de mí mismo cuando era un muchacho—, del fascista adolescente de sonrisa perversa.

Fue una sensación muy extraña. Sacaba las cosas de su sitio, me confundía.

Paolicelli asintió con la cabeza porque yo había dejado de hablar y él quería saber cuáles eran las dos posibilidades que teníamos *esencialmente*.

—Bueno, pues como le decía, hay dos posibilidades. La primera es la de la minimización del riesgo y del daño. Significa que presentamos recurso y, confiando en encontrar un fiscal sustituto maleable, llegamos a un acuerdo, procurando conseguir la mayor rebaja posible...

El otro estaba a punto de interrumpirme, pero yo se lo impedí con un gesto de la mano abierta, como diciéndole: espera, déjame terminar.

—Ya sé que usted dice que la droga no es suya. Lo sé, pero ahora le tengo que plantear todas las distintas posibilidades y las correspondientes implicaciones. Después usted decidirá lo que hay que hacer. Tal como ya le he dicho, la primera posibilidad es ésta. Con un poco de suerte, podríamos rebajar la pena hasta diez años, incluso menos quizá, lo cual significa...

—Mi mujer me ha dicho que usted piensa que se pueden hacer algunas investigaciones. Para descubrir quién me colocó la cocaína en el coche.

¿Por qué me molestaba que mencionara constantemente a su mujer? ¿Por qué me molestaba que su mujer le hubiera hablado del contenido de nuestras conversaciones? Me hice estas preguntas y no esperé la llegada de las respuestas. Demasiado obvias

para tener que expresarlas con palabras.

—Se podría intentar.

—¿Para tratar de conseguir una absolución?

—Para tratar de conseguir una absolución. Pero es necesario tener las cosas claras. No está dicho, ni mucho menos, es más, es muy difícil que consigamos encontrar algo. Ahora vamos a conversar un poco y veremos si sale algún detalle que nos pueda ser útil. Pero, aunque consigamos formular una hipótesis concreta acerca de la manera en que aquella droga pudo acabar en aquel coche, nuestro verdadero problema será convencer al Tribunal Superior de Justicia. Y puede estar seguro de que eso no lo conseguiremos mediante conjeturas.

—¿Qué desea saber?

Recité la lección que me había enseñado Tancredi.

—Durante las vacaciones, ¿conocieron ustedes a alguien? No sé, alguien simpático, incluso demasiado. ¿Que hacía preguntas, que se interesó por su lugar de procedencia y por la fecha de su regreso?

Esperó un poco antes de contestar.

—No. Quiero decir, conocimos a gente, pero no hicimos amistad con nadie. No mantuvimos ningún trato con ninguna de las personas a las que tuvimos ocasión de conocer.

—¿A nadie que hubiera hecho averiguaciones acerca de la fecha de su regreso?

Una vez más, no contestó enseguida. Se esforzaba por recuperar recuerdos útiles, pero no lo conseguía. Al final, se dio por vencido.

—Bueno, no importa. Hablemos del aparcamiento del hotel.

—Tal como ya le he dicho, las llaves se las dábamos al conserje porque el aparcamiento era pequeño y siempre estaba lleno. Había automóviles aparcados en doble fila, y las llaves eran necesarias para evitar que alguien se quedara bloqueado.

—¿Y eso ocurrió también la última noche antes de su partida?

—Todas las noches, todas las noches dejaba las llaves en recepción. A la mañana siguiente, si teníamos que hacer una excursión en coche, las retiraba. En caso contrario, las dejábamos allí incluso todo el día.

—¿El conserje era siempre el mismo?

—No, había tres que se turnaban de día y de noche.

—¿Recuerda cuál de los tres estaba de servicio la última noche que ustedes estuvieron allí?

No lo recordaba. Lo había pensado otras veces, dijo, y jamás había conseguido centrarse en el rostro de aquel a quien había dejado las llaves la última vez.

Permanecimos en silencio en un callejón sin salida.

Yo elaboré mentalmente lo que podía haber ocurrido, siempre y cuando Paolicelli no nos estuviera tomando el pelo a su mujer y a mí.

De noche, los otros se habían llevado el coche a algún lugar oscuro. Un taller, un garaje o simplemente algún paraje oscuro del campo. Con toda tranquilidad lo habían

cargado hasta el tope de droga y después lo habían devuelto al aparcamiento del hotel. Muy fácil y seguro y con muy pocos riesgos.

En cualquier caso, con la hipótesis de los conserjes no podríamos llegar muy lejos puesto que no teníamos ningún elemento que nos permitiera establecer cuál de los tres —suponiendo que uno de ellos estuviera efectivamente implicado— había intervenido en la operación.

Y, aunque hubiéramos podido, ¿qué? ¿Qué hubiera hecho? ¿Una bonita llamada a la Interpol para que se iniciaran las investigaciones internacionales necesarias para exculpar a mi cliente? Me dije que simplemente estábamos perdiendo el tiempo. Culpable o inocente, Paolicelli estaba metido en un buen lío. Lo único que yo podía hacer en mi calidad de profesional era reducir los daños al mínimo.

Le pregunté si, a bordo del *ferry*, había observado la presencia de alguien a quien ya hubiera visto en Montenegro, en el hotel o en algún otro sitio.

—En el *ferry* había un sujeto que se alojaba en nuestro mismo hotel. Es el único, que yo recuerde.

—¿Recuerda de dónde era, cómo se llamaba?

Paolicelli meneó enérgicamente la cabeza.

—No es que no lo recuerde. Es que no lo sé. Lo había visto algunas veces en el hotel. Después lo vi un momento a bordo del *ferry* y nos intercambiamos un saludo. Final de la historia. Lo único que puedo decir es que era italiano.

—Pero, si lo viera, ¿estaría en condiciones de reconocerlo?

—Sí, creo que sí. Lo recuerdo bastante bien. Pero ¿cómo se le puede localizar?

Contesté con un gesto de la mano que significaba: tú no te preocupes. Yo sé cómo hacerlo, éste es mi trabajo. Cuando llegue el momento, ya tomaremos las medidas necesarias. Lo cual era en conjunto una muda pero bien estructurada idiotez. En efecto, no era mi trabajo —pues la tarea de localizar a las personas era más bien cosa de la policía que de los abogados— y, sobre todo, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Aparte del hecho de pasar de nuevo por el despacho de Tancredi y pedirle ayuda.

Sin embargo, al otro mi gesto le pareció suficiente. Si sabes cómo hacerlo y éste es tu trabajo, pues yo ya estoy tranquilo. He elegido al abogado adecuado, al que me sacará de apuros. Este Perry Mason de las montañas.

Pensé que, por aquella mañana, podía ser suficiente.

El otro pensó que la reunión estaba a punto de terminar, que yo estaba a punto de retirarme y él estaba a punto de regresar a su celda. Pero su rostro decía que no quería quedarse solo una vez más.

—Disculpe, abogado, pero todavía tengo otra pregunta. Usted ha dicho que podemos llegar a un acuerdo o bien decidir jugarnos el juicio en el Tribunal Superior de Justicia. ¿Cuándo lo tendremos que decidir? Quiero decir, ¿cuál es el último momento útil?

—El día de la vista. Es entonces cuando tenemos que decir si pretendemos llegar a un acuerdo y cerrar el juicio de esta manera o si queremos seguir adelante. Para el

juicio serán necesarias unas cuantas semanas y, por consiguiente, dispondremos de un poco de tiempo para pensarlo. Y para ver si podemos descubrir algún detalle útil. Si no sale nada, cualquier camino que se aleje de un acuerdo sería un puro suicidio.

No quedaba mucho que añadir y ambos lo sabíamos. Él apartó la mirada de mí, la dirigió hacia alguna parte del suelo y así se quedó. Al poco rato, empezó a retorcerse las manos hasta casi hacerse daño.

Estaba a punto de levantarme para despedirme y largarme de allí. Percibí el impulso de los músculos de las piernas que trataban de empujarme para que me levantara, lejos de la silla y lejos de aquel lugar.

Pero no me moví. Pensé que el otro tenía derecho a unos cuantos minutos de silencio. A hurgar en paz en su desesperación. A retorcerse las manos sin que yo lo interrumpiera diciendo que por aquel día habíamos terminado, que ya me iba —lejos de aquel lugar donde él, en cambio, se tenía que quedar— y que pronto nos volveríamos a ver.

Cuando yo lo decida, naturalmente, y no cuando lo decidas tú.

Porque yo soy libre y tú no.

Tenía derecho a aquellos minutos de silencio en mi compañía para poder entregarse a la persecución de sus pensamientos.

Para ocupar aquel tiempo, yo también dejé correr mis pensamientos y pensé una vez más en la situación en la que nos encontrábamos. Yo sabedor, él ignorante. Yo sabía que nos habíamos conocido muchísimos años atrás, y él no lo sabía. En cierto sentido jamás lo había sabido porque con toda probabilidad ni siquiera había mirado realmente a la cara a aquel pobre chaval al que su amigo había machacado a golpes. Y seguro, en cualquier caso, que había olvidado aquel episodio.

Y, por consiguiente, no sabía que había sido una obsesión de mi adolescencia.

No sabía que, en mis sueños de revancha con los ojos abiertos, muchas veces les había partido la cara a puñetazos, primero a su amigo y después a él. No lo sabía y ahora yo era su abogado y, por consiguiente, su única esperanza.

Él seguía retorciéndose las manos mientras en mi mente afloraba de nuevo a la superficie el sermón que yo había imaginado echarle cuando llegara el momento.

¿Recuerdas cuando tú y tus amigos pegasteis y humillasteis a aquel pobre chaval que no se quería quitar la trenca? ¿Lo recuerdas? Aquel cabrón de tu amigo le partió la cara y tú lo mirabas con una sonrisa de satisfacción. Bueno, pues aquel chaval era yo y ahora estoy aquí para partirte la cara a ti. Te rompo esta cara de David Bowie del extrarradio y saldamos finalmente nuestras cuentas.

Mejor dicho, no, antes de saldar las cuentas, me tienes que decir si fuiste tú el que acuchilló a aquel chico. ¿Fuiste tú con tu navaja e hicisteis condenar a aquel pobre desgraciado que después se mató en la cárcel? Y, sino fuiste tú el que sostenía la navaja en la mano, ¿por lo menos formabas parte de aquella pandilla de asesinos? Dímelo, me cago en la puta.

Me di cuenta de que estaba apretando los puños bajo el escritorio que se

interponía entre nosotros.

Fue entonces cuando él me dio las gracias. Por mi claridad y mi corrección. Dijo que estaba seguro de que, si existía una posibilidad, yo conseguiría encontrarla.

Después dijo otra cosa.

—Usted ha comprendido que yo necesitaba desahogarme y no me ha interrumpido, no me ha dicho que tenía que irse. Nada. Usted es una buena persona.

Mientras abandonaba la cárcel, aquellas palabras me rebotaron en la cabeza con un ruido metálico.

Yo era una buena persona.

Seguro.

Al día siguiente, volví a llamar a Tancredi y le describí mi conversación en la cárcel con Paolicelli.

Él me escuchó sin decir ni una sola palabra hasta que terminé.

—Tal como ya te dije la otra vez, para tratar de identificar al personal del hotel, se tendría que abrir oficialmente un expediente. De esta manera, podríamos recurrir oficialmente a través de la Interpol a la policía de Podgorica y dejar que nos den oficialmente por culo.

—Yo estaba pensando en el hombre del *ferry*. El que se alojaba en el mismo hotel que Paolicelli y que éste volvió a ver durante la travesía de regreso a Italia.

—¿Y cuál sería tu idea? Ah, ya, las listas de pasajeros. Localizamos a todos los pasajeros varones de aquel *ferry* (unos cuantos centenares como máximo, poca cosa, qué caray), los fotografiamos y le llevamos las fotografías a la cárcel a tu cliente. Bueno, vamos a ver, ¿es éste? ¿No? ¿Y éste? ¿Es éste?, ¡no es este otro! Bingo. Ya hemos identificado a un peligroso turista al que podremos acusar de veraneo internacional con circunstancias agravantes. Ya has ganado prácticamente el caso.

—Escúchame, Carmelo. Sé muy bien que con los del hotel o, en general, con lo que ocurrió en Montenegro no iremos a ninguna parte. Pero yo te lo tengo que decir: cuanto más lo pienso, más tengo la impresión de que Paolicelli dice la verdad. Sé muy bien que la intuición y otras cosas por el estilo son generalmente chorradas, pero yo he hablado con él y, por la manera de contarlo, por su cara, todo...

—Ya, he aquí a Guido Guerrieri, el hombre a quien no es posible mentir.

Pero eso lo dijo sin demasiada convicción. Como un último blindaje. Carmelo sabía que yo no me entusiasma fácilmente con las historias de los clientes.

—Vale, pues ¿qué querrías que hiciéramos?

—Las listas de pasajeros, Carmelo. Consíguelas, busquemos los nombres de los ciudadanos italianos (Paolicelli dice que ése era italiano) y después tú intenta comprobar en vuestra base de datos si alguno de ellos tiene antecedentes penales por droga.

Ya me parecía verlo mientras meneaba la cabeza. Dijo que eso le costaría por lo menos una jornada de trabajo, que tendría que malgastar uno de sus días de descanso y que, de todos modos, no serviría de nada, pero, al final, tomó nota de los datos del barco y de la travesía.

—Después de esta historia, Guerrieri, estarás en deuda conmigo toda la vida.

Y cortó la comunicación.

Me pasé toda la tarde preparándome la argumentación de un juicio que tenía a la

mañana siguiente.

Me había constituido en parte civil en nombre de una asociación ciudadana cuyos miembros vivían a pocos centenares de metros de una planta de tratamiento de residuos. Cuando el viento soplaba en la dirección equivocada —es decir, desde la planta de tratamiento hacia la zona habitada— sus casas se llenaban de un olor repugnante.

Los representantes de la asociación habían acudido a mi despacho, me habían expuesto la cuestión y, antes de confiarme oficialmente el encargo, habían pretendido que yo me diera un buen paseo por su zona. Para que me diera cuenta directamente de la naturaleza de su problema. Al entrar en la casa del presidente de la asociación, aspiré un ligero tufillo nauseabundo. Un olor que sugería la idea de misterios innombrables ocultos en aquella vivienda aparentemente normal. Aquel señor me dijo que lo acompañara a la cocina, me invitó a sentarme y su mujer preparó el café.

En determinado momento, tuve la impresión de que ambos se intercambiaban miradas de entendimiento. Él, su mujer y los demás miembros de la asociación. Del tipo: ahora le enseñaremos lo que es bueno.

Son una secta satánica, me dije. Ahora alguien se situará a mi espalda y me descargará un golpe en la cabeza. Después me llevarán a un garaje preparado para los aquelarres y las misas negras y me despedazarán a trocitos con unos cuchillos ceremoniales adquiridos en el todo a cien del barrio. Y, a lo mejor, antes me imponen un apareamiento ritual con la sacerdotisa de Mefistófeles aquí presente. Miré a la señora —metro cincuenta de estatura, unos ochenta kilos de peso, cara simpática, bigotes de corsario— y me dije que aquella debía de ser la parte más satánica del asunto.

La señora sirvió el café y nos lo bebimos en silencio.

Después, todavía en silencio, abrieron la ventana y, en pocos segundos, la estancia se llenó de un olor denso, de consistencia casi física. Era una mezcla de huevos podridos y amoníaco, con un agresivo toque de animal salvaje putrefacto.

El presidente me preguntó si comprendía su problema. Contesté que sí, que ahora lo comprendía mucho mejor. Pero, si me permitían, ahora me tenía que ir corriendo —y eso era lo que, en realidad, tenía intención de hacer: *irme corriendo*—, pero ellos podían estar seguros de que examinaría el expediente con toda la atención que merecía. Y lo decía en serio.

Me habían sabido convencer, pensé mientras regresaba a mi despacho, sintiendo aquel pestazo en la ropa y en el estómago; sabiendo que no me abandonaría fácilmente.

Cuando terminé de preparar la vista de aquel juicio y sólo me quedaban algunos detalles por examinar, le dije a Maria Teresa que llamara a la señora Kawabata y le preguntara cuándo podría acudir al despacho, a ser posible aquella misma semana, porque necesitaba hablar con ella.

Oficialmente, porque tenía que oír su versión acerca de los últimos días de las vacaciones, la travesía en el *ferry* y todo lo demás.

Maria Teresa se asomó a la puerta de mi despacho a los pocos minutos. Tenía a la señora Kawabata al teléfono. Podía ir enseguida si a mí me parecía bien.

Fingí pensar unos segundos y después le dije que muy bien, que podíamos vernos ahora mismo.

Mientras Maria Teresa desaparecía al otro lado de la puerta, me introduje en el cuarto de baño. Traté con medios improvisados de eliminar de mi rostro los efectos de las horas dedicadas a los informes químicos y verbales de los grupos ecológicos. Me enjuagué, me cepillé el cabello, me di unos cuantos pellizcos en la cara para adquirir color y, tras una leve vacilación, me apliqué una pizca del perfume que guardaba en el despacho y que raras veces había utilizado. Nunca, en todo caso, tras la partida de Margherita.

Al salir del cuarto de baño, pensé que, como me hubiera pasado con el perfume, haría un papel de mierda. Si al entrar en mi despacho, ella aspirara un empalagoso olor de agencia de colocaciones para gigolós, lo comprendería, estaba seguro.

Traté infructuosamente de volver a ponerme a trabajar. Abrí y cerré dos veces un código de legislación sobre el medio ambiente; hojeé el expediente, al final puse un cedé y, antes incluso de que la música empezara a sonar, apagué el aparato. Pensé una vez más que Maria Teresa empezaría a sospechar; qué sé yo: a imaginar que yo había puesto la música para crear una atmósfera o cosa parecida.

Al final, me sosegué, me senté en el borde de mi sillón giratorio con los codos apoyados en el escritorio, la barbilla apoyada en las manos y la mirada clavada en la puerta.

Finalmente, oí el zumbido del portero automático. Entonces me di cuenta de que el escritorio estaba desordenado y traté de retirar unos cuantos papeles y amontonar unos libros. Cuando oí el timbre de la puerta, me volví a sentar, me pellizqué la cara y adopté una postura desenvuelta. Por así decirlo.

Cuando Maria Teresa se asomó a la puerta de mi despacho para anunciar la llegada de la *señora* —me pareció que acentuaba la palabra— Kawabata, yo ya me había transformado en una mediocre imitación del protagonista de *Tócala otra vez, Sam*. Lo único que no había hecho era diseminar por ahí unos cuantos libros de filosofía teórica, así, para dar la impresión de ser un intelectual.

Natsu entró y, detrás de ella, agarrada a su mano izquierda, una niña. Tenía la cara de mamá, con los mismos pómulos, la misma boca, el mismo color más de vietnamita que de japonesa. Y, en medio de aquella cara, los ojos azules de su padre.

Era preciosa.

En el mismo momento en que la vi, experimenté una punzada de añoranza. Aguda e incomprensible.

—Ella es Anna Midori —dijo Natsu con una leve sonrisa en los labios. Por la cara que yo ponía, supongo. Después se volvió hacia la niña—: y él es...

Dudó por un instante.

—... Guido, soy Guido —dije mientras rodeaba el escritorio en un intento de esbozar una sonrisa del tipo: ya sé yo cómo hay que tratar a estas pequeñas criaturas adorables.

Un perfecto idiota.

Anna Midori me tendió la mano con una expresión muy seria, mirándome a la cara con aquellos increíbles ojos azules.

—¿Cuántos años tienes? —le pregunté con su mano todavía en la mía.

—Seis. ¿Y tú?

Por un instante, sentí la tentación de quitarme unos cuantos años.

—Cuarenta y dos.

Siguieron unos cuantos segundos de embarazoso silencio.

Natsu fue la primera en hablar.

—¿Cree que podríamos dejar unos minutos a Anna con su secretaria?

Creía que sí. Llamé a Maria Teresa y le pregunté si le apetecía pasarse un ratito con aquella niña tan guapa.

Aquella niña tan guapa. ¡Pero qué coño de manera de hablar! Hice ademán de presentarlas, pero Maria Teresa me interrumpió.

—Ah, pero si Anna y yo ya nos conocemos. Nos hemos presentado ahora mismo, ¿verdad, Anna? Anna Midori.

—Sí. Tenemos los ojos iguales.

Era verdad. Maria Teresa no era una chica muy guapa, pero tenía unos ojos extraordinarios. Azules como los de Anna Midori. Y los de Fabio Paolicelli.

—Vamos para allá, Anna. Te voy a enseñar un juego en mi ordenador.

La niña se volvió hacia su madre, la cual asintió con la cabeza. Maria Teresa le dio la mano y ambas se retiraron.

—¿De verdad tiene cuarenta y dos años?

—Sí, ¿por qué?

—No... no lo parece.

Reprimí el impulso de preguntarle cuántos años aparentaba y la invité a sentarse. Rodeé una vez más el escritorio y regresé a mi sitio.

—La niña... es preciosa. Jamás he visto una niña tan guapa.

Natsu sonrió.

—¿Usted tiene hijos?

La pregunta me pilló desprevenido.

—No.

—¿No está casado?

—Bueno, la historia es un poco larga y...

—Perdone, perdone. Siempre hago preguntas de más. Siempre he tenido este vicio.

No, no digas eso, no importa. Si quieres, te cuento mi historia. Es más, me encantaría contarte mi historia y oír la tuya, en lugar de hablar de trabajo y, por consiguiente, de tu *marido*.

Mierda, ¿en qué lío me estaba metiendo?

Meneé amablemente la cabeza. No hay problema, en serio.

—Estamos tratando de averiguar quién y cómo introdujo la droga en el coche de ustedes. Es fácil imaginar que los hechos ocurrieron cuando el automóvil se encontraba en el aparcamiento del hotel. ¿Usted recuerda quién era el conserje que estaba de servicio la última noche?

No lo recordaba. Estaba distraída y no prestaba demasiada atención a las personas.

Estupendo, la ayuda ideal para nuestras investigaciones.

—Aparte del conserje, ¿observó usted algo especial durante la estancia y durante el viaje de regreso? ¿Vio a bordo del *ferry* a alguien a quien ya había visto durante sus vacaciones, en su mismo hotel?

No había observado nada. Ni siquiera había prestado atención a aquel hombre que estaba en su hotel y que había viajado en el mismo *ferry* en la travesía de regreso. Me dijo que su marido, cuando le comentó la conversación que había mantenido conmigo, ya le había hablado de aquel sujeto y le había preguntado si lo recordaba.

Pero ella no lo recordaba, probablemente porque no lo había visto. Insistí un poco en el tema, le pedí que aportara algún detalle, si podía. Incluso detalles que le parecieran insignificantes y que, sin embargo, quizá nos pudieran ser muy útiles. Me parecía que un investigador tenía que actuar de aquella manera. En realidad, no tenía idea de lo que estaba haciendo y, fundamentalmente, estaba imitando a algún personaje indefinido de cine negro.

Al final, me rendí. Pero le dije que siguiera pensando en ello de todos modos, incluso más tarde. Si le viniera a la mente aunque sólo fuera el famoso detalle en apariencia insignificante, debía llamarme.

Fue mientras se lo decía cuando experimenté una fulminante sensación de inutilidad. Mezclada con vergüenza. Aquella especie de investigación era una tontería. Jamás conseguiría descubrir nada, sólo estaba intentando impresionar a Natsu y dando lugar a que tanto ella como aquel hijo de puta de su marido se hicieran injustamente ilusiones.

Me dije que mi obligación era acabar cuanto antes con aquella payasada.

Esperaría el resultado de las averiguaciones de Colaianni relacionadas con Macri, y de Tancredi sobre la cuestión de la lista de pasajeros y después, al ver que no obtenía ningún resultado, hablaría con los Paolicelli y les diría que, por desgracia, el acuerdo era inevitable.

Les diría que comprendía la dificultad de aceptar semejante solución, pero que, por desgracia, tendríamos que ser realistas. Con aquellas pruebas, sin ningún elemento favorable y sin nada a lo que agarrarse para invocar la duda razonable, el hecho de renunciar al acuerdo para afrontar un normal juicio de alzada, sería una locura. Era necesario limitar los daños.

Me levanté y ella también lo hizo tras vacilar un instante.

—A lo mejor le gustaría probar mis guisos.

—¿Cómo dice?

—Porque mañana por la noche se inaugura una exposición. —Mientras hablaba, se sacó del bolso un tarjeta de áspera cartulina blanca—. Hay una recepción y yo me encargo de las viandas. Todo comida japonesa con alguna variante de mi propia cosecha.

Me ofreció la tarjetita.

—Si le apetece, eso es una invitación para dos personas. Puede ir con su novia, una amiga o con quien usted quiera. La velada empieza a las nueve de la noche. Creo que será divertido, se hace en un garaje transformado en espacio para exposiciones.

Le di las gracias. Eché un vistazo a la tarjetita y vi que jamás había oído nombrar ni al artista —cosa normal, por otra parte— ni la calle. Y eso ya no era tan normal, tratándose de una dirección de Bari.

Dije que haría todo lo posible por asistir a aquella inauguración, si lograba librarme de un compromiso anterior.

Como es natural, no tenía ningún compromiso anterior y había contestado de aquella manera sólo para darme importancia. Quede bien claro que llevo una turbulenta vida mundana. No soy en modo alguno un desgraciado que se pasa las veladas en su despacho leyendo expedientes, en el gimnasio recibiendo puñetazos o, como mucho, solo en el cine tratando de no pensar en la novia que se ha ido.

Punzada. Negativo fotográfico de Margherita. Disolvencia.

Ahora Natsu se tenía que ir sin falta. Aceleró un poco los movimientos como alguien que se siente incómodo y se quiere ir para librarse de la sensación de incomodidad.

Nos estrechamos la mano, le abrí la puerta, y vi a la niña sentada entre los brazos de Maria Teresa delante del ordenador que emitía unos extraños gorgoteos y ruidos como de chapuzones.

La niña preguntó cuándo podría volver a jugar a *bubbles and splashes*. Maria Teresa le dijo que podría volver cuando quisiera y la niña le dio un beso antes de saltar al suelo y reunirse con su mamá. Antes de marcharse me saludó también a mí con la mano.

—Muy guapa la niña, ¿eh? —dije cuando se fueron.

—¿Guapa? Es una maravilla increíble —contestó Maria Teresa.

—Pues sí, es muy guapa —dije entrando de nuevo en mi despacho. Con aire distraído.

Fui a sentarme en mi sillón y allí me quedé por lo menos cinco minutos sin hacer ni decir nada.

Cuando me desperté, tomé el callejero para buscar aquella dirección.

Delante de la entrada, un culturista vestido de negro, con micrófono y auricular, me preguntó si iba solo. No, estoy con la mujer invisible. Y, a juzgar por la inteligente expresión de tu cara, yo diría que tienes que ser Ben Grimm, La Cosa de los Cuatro Fantásticos. No dije eso propiamente, pero por poco mientras me preguntaba cómo acabaría el siguiente encontronazo. Hice un gesto con la mano como para demostrar que no había nadie a mi lado y, por consiguiente, sí, iba solo. Decirlo con palabras sinceramente no me apetecía.

El otro me dejó pasar mientras susurraba contra el micrófono unas palabras que yo no entendí. A lo mejor, estaba avisando a sus compañeros del interior de que entraba un elemento sospechoso al que sería mejor vigilar. Bajé por una rampa y me encontré en un lugar extraño. Era un auténtico garaje, pero sin coches, claro. El suelo estaba integrado por unos cubitos de pórfido salpicado de aquella especie de hongos calefactores que utilizan los bares para que la gente pueda permanecer fuera, incluso en invierno. Pero, en conjunto, hacía más bien frío, por lo que me limité a desabrocharme la trenca sin quitármela.

Había mucha gente y, al entrar, pensé que aquello parecía el plato de una película de ambientación un tanto surrealista. Grupos de señoras muy *baripijas izquierdas*. Grupos de jóvenes y jóvenes de aire inconfundiblemente gay. Grupos de personajes de edad variable, pero rigurosamente vestidos de artistas. Algún político, algún presunto intelectual, algún chico de color, algún japonés. Nadie a quien yo conociera.

Todo era tan estrafalario que hasta me puso de buen humor. Pensé que primero echaría un vistazo a las obras, así, para estar un poco preparado, y que después iría en busca de la comida. Y de Natsu.

Encima de una mesita cerca de la entrada, había unos catálogos. Tomé uno y lo hojeé, acercándome a la pared. El título de la exposición era: *Las partículas elementales*.

Me pregunté si sería una cita de la novela de aquel francés. A mí el libro no me había gustado, pero bueno, probablemente habría que tenerlo en cuenta para comprender las obras.

Los cuadros expuestos recordaban de lejos los de Rothko y, en conjunto, no estaban mal. Estaba examinando detenidamente uno de ellos con una cierta concentración, tratando de comprender la técnica, cuando me sobresaltó una voz a mi espalda.

—¿Tú eres el chico de Piero?

Tenía el pelo de color anaranjado y parecía una imitación de Elton John. Un Elton John de Bitonto, provincia de Bari, a juzgar por su acento.

Pues, mira, no, el *chico* de Piero —quien coño que sea este Piero— lo serás tú.

—No, señor, me temo que se ha equivocado. Me habrá confundido con otro.

—Ah. —Lo dije con un suspiro que podía significar cualquier cosa. Después, tras haberme calibrado de arriba abajo, siguió adelante—. ¿Te gusta el trabajo de Cazo?

—¿Cazo?

Katso —nombre de ambigua pronunciación^[2]— era el artista, pero yo tardé tres o cuatro dramáticos segundos en centrar mis pensamientos en el tema. Elton me explicó que el título de la exposición se lo había inventado él y que él era también el autor de la introducción crítica del catálogo.

Ah, estupendo. Le he echado un vistazo y no he entendido ni torta.

No lo dije de esta manera, pero el otro me leyó el pensamiento y, sin que yo se lo pidiera, me empezó a explicar los detalles del contenido de su introducción.

No lo podía creer. No podía creer que, entre las por lo menos doscientas personas presentes, aquel personaje me hubiera arponeado precisamente a mí. Y no conocía a nadie a quien poder hacer señas para que me viniera a rescatar, propinándole, por ejemplo, un golpe en la cabeza a Elton.

En determinado momento, observé que la gente se desplazaba en grupos hacia el lado del garaje más alejado de la entrada. El típico movimiento que, en todas las fiestas, señala la llegada de la comida.

—Creo que ya viene la manduca —dije, pero él ni siquiera me oyó.

Se había lanzado irresistiblemente a una exégesis metafísica de las obras del señor Katso.

—Cortolasola, ñapro —dije entonces para ver si de veras no escuchaba ni una sola palabra de lo que yo le estaba diciendo.

Y, en efecto, no escuchaba ni una sola palabra. No me preguntó qué quería decir «cortolasola» y ni siquiera «ñapro». Insistió, en cambio, en el arquetipo y en la actitud de ciertas manifestaciones artísticas que se dedican a condensar los fragmentos dispersos del inconsciente colectivo.

Yo condensé mis fragmentos dispersos; dije *disculpe*, pero sólo porque soy un chico bien educado, di media vuelta y me encaminé hacia la comida.

Había una alargada mesa alrededor de la cual la gente se estaba congregando. Desde una estancia de la trastienda emergían camareros con bandejas llenas de *sushi*, *sashimi* y *tempura*. En un extremo de la mesa había palillos de madera en sobrecitos de papel y en el otro, para los inexpertos, tenedores y cuchillos de plástico.

Me abrí paso entre la gente sin preocuparme demasiado por la cola, llené un plato, le eché una buena cantidad de salsa de soja, tomé los palillos y me fui a sentar en un apartado taburete para comer en paz.

La comida era exquisita, claramente preparada allí mismo poco antes de ser servida —nada de cosas congeladas y conservadas varias horas en el frigorífico—, y la saboreé con fruición tal como no me ocurría desde hacía mucho tiempo. Pasó un camarero con una bandeja de copas de vino blanco. Tomé dos, farfullando que esperaba a una señora. El vino no estaba a la altura de la comida, pero, por lo menos,

estaba fresquito. Me bebí la primera copa y la hice desaparecer debajo del taburete. Tomé unos sorbitos más civilizados de la segunda mientras poco a poco la muchedumbre que rodeaba la mesa se disolvía.

Fue entonces cuando Natsu se asomó desde la estancia que había detrás de la mesa. Iba vestida de cocinera, toda de blanco, lo cual hacía que su tez oscura y su cabello negro destacaran de manera espectacular.

Lo primero que hizo fue echar un vistazo a la mesa, por donde parecía que hubiera pasado una nube de langostas. Después miró a su alrededor y entonces yo me levanté sin siquiera darme cuenta. A los pocos segundos, nuestras miradas se cruzaron. Hice un torpe saludo con la mano. Ella sonrió y se acercó a mí.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Unos momentos de incomodidad. Experimenté el impulso de decirle que la comida estaba muy rica, que ella era una cocinera excepcionalmente buena y otras cosas muy originales. Por suerte, conseguí reprimirme.

—Tengo ganas de fumarme un cigarrillo. ¿Te apetece acompañarme fuera?

Había pasado al tratamiento de tú sin previo aviso. Dije que tendría mucho gusto en acompañarla y nos encaminamos juntos hacia la entrada donde se habían reunido todos los fumadores de la velada. Ella sacó un paquete de Chesterfield azul, me ofreció un cigarrillo, dije que no, gracias, ella sacó el suyo y lo encendió.

—¿Hace mucho tiempo que dejaste el tabaco?

—¿Cómo sabes que lo he dejado?

—Por tu manera de mirar el paquete. Conozco muy bien esa mirada porque yo he dejado un montón de veces el tabaco. ¿Qué te parece la velada?

—Interesante. No he entendido nada del catálogo y casi nada de las obras. En compensación, uno que iba disfrazado de Elton John y que hablaba en dialecto barés como el cómico Lino Banfi me ha preguntado si yo era el chico de Piero y...

Se echó a reír. Pero muy fuerte y con ganas, hasta tal punto que me dejó asombrado porque no me parecía que mi comentario hubiera sido tan divertido.

—No me pareciste muy simpático cuando te vi trabajando. —Volvió a reírse—. Parecías uno de aquellos abogados de película americana, tan eficientes y despiadados.

Eficiente y despiadado. Me gustaba. Hubiera preferido «guapo y despiadado», como Tommy Lee Jones en *El fugitivo*, pero me iba bien de todos modos.

Siguió fumando.

—¿Has venido en coche?

No, claro, estamos sólo a ocho, nueve kilómetros del centro. Cada noche me entreno para la maratón de Nueva York. He venido corriendo en mono y zapatillas y, a la entrada, me he cambiado.

—Sí, claro.

—Yo aquí ya he terminado. No tengo coche, he venido en la furgoneta con mis

colaboradores. Me podrías acompañar a casa, si te apetece.

Dije que sí, que me apeteecía. Tratando de disimular el asombro. Me dijo que le concediera cinco minutos, el tiempo de quitarse el uniforme de trabajo, tomar las disposiciones necesarias para que sus colaboradores lo desmontaran todo y despedirse de los organizadores de la velada.

Me quedé a esperarla en la entrada en compañía del culturista. De vez en cuando, éste susurraba unas palabras contra el micrófono y, más que nada, proyectaba su mirada bovina hacia una turbulenta exploración de las profundidades de la nada.

Pasó por lo menos un cuarto de hora durante el cual entraron y salieron personas. Me habría tenido que preguntar qué estaba haciendo. Quiero decir: Natsu era la mujer de un cliente, por si fuera poco, encarcelado; y yo no habría tenido que estar allí. Pero no me apeteecía en absoluto hacerme aquella pregunta.

Natsu volvió a asomar por la puerta. Incluso en medio de la oscuridad conseguí darme cuenta de que una parte de aquellos quince minutos o más la había dedicado a arreglarse. Maquillaje y peinado.

—¿Vamos? —dijo.

—Vamos —contesté.

Salimos rápidamente a la carretera de circunvalación. Mientras enfilábamos la rampa, emergieron del lector de cedés las notas electrónicas de *Boulevard of broken dreams*, Green Day.

Me dije que era un imbécil y un inconsciente, que tenía cuarenta años largos — muy largos— y que me estaba comportando como un irresponsable y también como un cabrón.

Ahora la acompañas a casa, te despides amablemente de ella y te vas a dormir.

—¿Vamos a dar una vuelta por algún sitio? —dije.

Ella no contestó enseguida, como si estuviera dudando y lo estuviera decidiendo. Después consultó el reloj y, finalmente, me respondió.

—No dispongo de mucho tiempo, como máximo, media hora. Le he prometido a la canguro que regresaría antes de la una. Es una chica que estudia en la universidad y mañana tiene que ir a clase.

¿Te has enterado? Tiene que volver a casa junto a su niña porque —imbécil de ti — ella es una mujer casada, con una hija y un marido en la cárcel. Con el detalle añadido de que su marido es cliente tuyo. Llévala a casa y terminemos de una vez.

—Sí, claro, claro. Sólo quería decir... una vuelta para escuchar un poco de música... bueno, perdona, ahora mismo te acompaño, en cinco minutos estás en casa... si me dices, por favor, la dirección exacta y...

Me interrumpió, hablando muy rápido ella también.

—Mira, si quieres, podemos hacer una cosa. Me acompañas a casa, me dejas y te vas a dar un paseo de diez minutos. Yo pago a la canguro, ella se va y tú vuelves a mi casa a beber algo y charlamos tranquilamente un ratito. ¿Qué te parece?

No contesté enseguida porque no conseguía tragar saliva. Mis dilemas morales fueron eliminados como la suciedad en cierta publicidad de productos para la limpieza de lavabos. Dije con mucho gusto que sí. Podríamos beber algo y charlar tranquilamente un rato.

Y, a lo mejor, besarnos y acariciarnos y hacer el amor.

Después ya tendríamos tiempo de arrepentirnos.

Llegamos a su casa, en Poggiofranco. Una comunidad de propietarios con un jardín como los que yo envidiaba de niño porque mis compañeros que vivían allí podían bajar a jugar al fútbol cuando les apetecía y sin que sus padres les dijeran nada.

En los años setenta, Poggiofranco estaba considerada una zona habitada por fascistas y, en cualquier caso, un lugar por el que a los chicos de izquierdas no les convenía pasar. Pensé que la casa en la que ellos vivían era la de Paolicelli de niño. La idea me molestó y la hice desaparecer rápidamente.

Antes de bajar del coche, Natsu me pidió el número del móvil.

—Te llamo dentro de diez minutos.

Y bajó sin decir nada más.

Fui a aparcar un par de calles más allá. Apagué la radio y permanecí allí en silencio para disfrutar de aquella sensación de espera, prohibida y embriagadora. Transcurrieron algo más de quince minutos —había consultado el reloj por lo menos diez veces— antes de que sonara el móvil. Me dijo que, si quería, podía ir. Quería, me dije yo tras haber cortado la comunicación. Dejé aparcado el coche en el sitio donde estaba, cubrí a pie unos cuantos centenares de metros y, en cinco minutos, ya estaba en casa de Paolicelli. Cuando llegué al rellano, encontré a Natsu, esperándome. Me franqueó la entrada y cerró rápidamente la puerta.

Dentro se aspiraba el olor de las casas donde viven niños. No visito muchas, pero aquel olor era inconfundible. Una mezcla de talco, leche, un leve aroma de fruta, alguna otra cosa. Natsu me hizo pasar a la cocina. Era grande y estaba amueblada con muebles de madera pintados a mano. Amarillo y anaranjado. Era cálida y alegre. Dije que me gustaban mucho aquellos muebles y ella me contestó que los había pintado todos ella sola.

Allí dentro el olor a niño se notaba menos, se mezclaba más bien con un agradable olor de comida. Recuerdo haber pensado que aquella casa olía bien; y después me pregunté cómo sería el dormitorio y qué olor se aspiraba en él. E inmediatamente me avergoncé y me obligué a pensar en otra cosa.

Natsu puso un cedé. Norah Jones. *Feels like home*. Con el volumen muy bajo, para no despertar a la niña.

Me preguntó qué me apetecía beber y yo le dije que un poco de ron, si tenía. Sacó de la alacena una botella de ron jamaicano y lo escanció para mí y para ella en dos vasos grandes de vidrio grueso.

Estábamos sentados alrededor de una tosca mesa de madera barnizada. Me gustaba el tacto rugoso y liso junto con el color anaranjado brillante. Todo en aquella cocina daba una sensación de algo concreto perfumado y luminoso.

—¿Sabes que fui a presenciar un juicio tuyo poco antes de que Fabio te nombrara su defensor?

Por un instante y sin ningún motivo, experimenté el impulso de decir que no, que no lo sabía. Después lo pensé mejor.

—Sí, te vi.

—Eso es. En determinado momento, me pareció que nuestras miradas se habían cruzado, pero no estaba muy segura.

—¿Y por qué asististe a aquel juicio?

—Fabio me había dicho que quería que te encargaras de su defensa, y entonces se me ocurrió ir a ver si eras realmente tan bueno como decían.

—¿Y cómo supiste que aquel día yo tenía una vista?

—No lo sabía. Llevaba unos cuantos días acudiendo al juzgado, pasaba por

delante de las salas y preguntaba por ahí si alguien había visto al abogado Guerrieri. Una vez tú estabas pasando justo en aquel momento y el señor a quien se lo había preguntado te estaba llamando y yo lo obligué a detenerse. Finalmente, aquella mañana me dijeron que estabas en la sala y que tu juicio estaba a punto de empezar. Y entonces entré y asistí a todo el juicio. Y pensé que eras tan bueno como decían.

Me pareció que no conseguiría disimular mi infantil orgullo y decidí cambiar de tema.

—¿Te puedo preguntar de dónde procede tu acento?

Antes de contestar, abrió la ventana, vació su vaso y tomó un cigarrillo. ¿Sería un problema para mí que fumara? No, ningún problema. Verdadero y falso a la vez.

Su padre, tal como yo podía imaginar, era japonés; su madre, de Nápoles. Su nombre completo era Maria Natsu, pero nadie jamás la había llamado así. Maria figuraba tan sólo en los documentos, y se detuvo un momento como si fuera un detalle importante al que estuviera prestando atención por primera vez.

Después volvió a llenar su vaso y el mío y me lo contó.

Infancia y adolescencia entre Roma y Kioto. La muerte de sus padres en un accidente de carretera durante un viaje. Sus comienzos laborales como modelo de alta costura y modelo fotográfica. El encuentro con Paolicelli en Milán.

—Fabio era socio de un *showroom*. Yo tenía veintitrés años cuando nos conocimos. Todas las chicas estaban locas por él. Me sentí muy halagada cuando me eligió. Nos casamos un año después.

—¿Qué diferencia de edad hay entre tú y él?

—Once años.

—¿Y cómo vinisteis a Bari desde Milán?

—Durante unos cuantos años a Fabio le fue muy bien el trabajo. Después las cosas cambiaron y nunca comprendí muy bien el motivo. Te lo voy a resumir porque no es una historia divertida. La empresa quebró y nosotros nos quedamos en pocos meses sin un céntimo. Así que decidimos venir a Bari, que es la ciudad de Fabio. Nació aquí y aquí vivió diecinueve años. Esta casa, que es de sus padres, estaba desocupada. Así, por lo menos, no tendríamos que pagar el alquiler.

—¿Y fue entonces cuando tú empezaste a trabajar como cocinera?

—Sí, había aprendido de muchacha. Mi padre tenía dos restaurantes en Roma. Al llegar a Bari, nos tuvimos que organizar una nueva vida. Fabio consiguió la representación de algunos diseñadores a quienes conocía de la época de Milán y yo encontré trabajo en el *Placebo* donde buscaban un cocinero japonés para dos noches a la semana. Después empezaron a ofrecermela organización de cenas y recepciones. Y éste se ha convertido ahora en mi trabajo principal. Aparte el restaurante, estoy ocupada por lo menos ocho o nueve noches al mes.

—Circula un montón de dinero en esta ciudad. Organizar un pisolabis como el de esta noche tiene que parecer una buena manera de exhibirlo.

Estaba a punto de añadir que buena parte de aquel dinero era de origen cuanto

menos dudoso. Recordé que su marido era uno de aquellos acerca de cuyo dinero se podía como mínimo dudar, y no dije nada.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—Tú vives solo, ¿verdad?

—Pues sí, solo.

—¿Siempre has estado solo? ¿Nada de esposas, novias?

Emití un ruido, un atisbo de amarga carcajada. Algo del tipo *nobody knows the troubles I've seen*, nadie sabe la de problemas que he visto.

—Mi mujer se fue hace mucho tiempo. Es más, para ser más exactos, me dijo hace mucho tiempo que me fuera yo.

—¿Por qué?

—Por muy variados y excelentes motivos.

Esperé que no me preguntara cuáles eran aquellos excelentes motivos. No lo hizo.

—¿Y qué ocurrió después?

Ya. ¿Qué ocurrió? Intenté decírselo, eliminando lo que no había comprendido y lo que me hacía demasiado daño. Es decir, un montón de cosas. Cuando terminé mi relato, le tocó otra vez a ella y, de esta manera, llegamos a su novio Paolo y al juego de los deseos.

—Paolo era un pintor. Por no sé qué motivo, tú me lo recuerdas. Por desgracia, no me enamoré de él.

Interrumpió sus palabras y, durante unos segundos, sus ojos se movieron como buscando algo que no se encontraba en aquella estancia.

—Para decirme que le gustaba, encontró una manera... bonita.

—¿Qué manera?

—El juego de los deseos de colores. Dijo que se lo había enseñado una amiga hacía muchos años. Pero yo estoy segura de que se lo inventó él para mí en aquel momento.

Dejó pasar unos cuantos segundos, probablemente recordando otras cosas que no me dijo. En su lugar, me preguntó si me apetecía participar en aquel juego. Contesté que me apetecía y ella me explicó las reglas.

—Se expresan tres deseos. Dos se tienen que declarar y el tercero se puede mantener en secreto. Para que los deseos se hagan realidad, tienen que tener un color.

Entorné los ojos y proyecté ligeramente la cabeza hacia ella. Como si no hubiera oído o no hubiera comprendido bien.

—¿Un color?

—Sí, es una regla del juego. Para que se puedan hacer realidad, los deseos tienen que estar coloreados.

Para que se puedan hacer realidad, los deseos tienen que estar coloreados. Claro. Al final, comprendía lo que fallaba en los deseos que hasta aquel momento había expresado en mi vida. Existía esta regla y nadie me lo había dicho.

—Dime tus deseos.

Por regla general, no soy capaz de responder a las preguntas acerca de los deseos. No soy capaz o no me apetece. Lo cual es prácticamente lo mismo.

Confesar, incluso a uno mismo, los propios deseos —los verdaderos— es peligroso. Si son realizables, y a menudo lo son, el hecho de revelarlos, te confronta con el miedo de intentarlo. Y, por consiguiente, con tu cobardía. Y entonces prefieres no pensarlo o pensar que tienes deseos imposibles y que es propio de personas adultas no pensar en cosas imposibles.

Aquella noche contesté enseguida.

—De chico decía que me gustaría ser escritor.

—Qué bonito. ¿Y qué color tiene este deseo?

—Yo diría que azul.

—¿Qué azul?

—Azul. No sé.

Hizo un gesto de impaciencia con la mano como una maestra que se las tiene que haber con un alumno un poco torpe. Después se levantó, abandonó la cocina y regresó al cabo de un minuto con un libro. *El gran atlas de los colores*, se titulaba.

—Aquí hay doscientos colores. Ahora elige tu deseo.

Abrí el libro por la primera página de los azules. Había infinitos cuadraditos con los matices más increíbles. Debajo de cada uno, los nombres. Algunos jamás los había oído mencionar y, no conociendo sus nombres, tampoco los había visto jamás. Las cosas existen sólo si tienes las palabras para nombrarlas, me dije mientras empezaba a pasar las páginas.

Azul de Prusia, azul turquesa, pizarra, azul cielo profundo, azul lavanda provenzal, azul topacio, azul frío, azul polvos de maquillaje, azul niño, añil, marina francesa, tinta, azul mediterráneo, zafiro, azul real, aciano claro, flor de lis. Y muchos otros.

—No hay que ser imprecisos, de lo contrario, los deseos no se hacen realidad. Elige el color exacto de tu deseo.

Lo pensé sólo unos cuantos segundos.

—Añil es el color exacto —dije después.

Ella asintió con la cabeza, como si ésa fuera la respuesta que esperaba. La respuesta adecuada.

—Segundo deseo.

Ahora la cosa ya se ponía un poco más difícil, pero aquí tampoco tuve la menor duda.

—Quisiera tener un hijo. Así de entrada, diría que éste es todavía más irreal que el primero.

Me miró con una expresión extraña. Pero no sorprendida. Como si también esperara aquella respuesta.

—Y éste, ¿de qué color es?

Hojeé el libro y después lo volví a cerrar.

—De muchos colores. De muchos.

Esta vez no insistió en que le dijera el *color exacto* y no hizo ningún comentario.

Me gustaba que no hiciera comentarios. Me gustaba aquella espontaneidad, me gustaba que todo estuviera exactamente en su sitio en aquel momento.

—El tercero.

—Has dicho que uno de los deseos se puede mantener en secreto.

—Sí.

—Éste es el deseo secreto.

—Muy bien. Pero, aun así, tienes que decir el color, aunque el deseo se mantenga en secreto.

Exactamente. El deseo es secreto, pero no el color. Muy bien. Tomé el atlas y lo abrí por la sección de los rojos.

Vino, cinabrio carmesí, bermejo, rosa polvos para la cara, pétalo de rosa roja, coral moderno, rojo neón, cereza, terracota, granate, fuego, rubí, rojo academia, herrumbre, achicoria, rojo oscuro, oporto.

—Carmesí, yo diría que carmesí. Ahora te toca a ti.

—Quiero que Anna Midori sea feliz y libre. Y eso corresponde al color verde hoja.

Hubo algo en su manera de decirlo, que me provocó escalofríos.

—Después, quisiera saber si Fabio es culpable o inocente. Si me ha dicho la verdad o no. Lo quisiera saber. —Se detuvo antes de añadir—: Este *querer saber* es de un color marrón que cambia constantemente de tonalidad. Pasa del caoba al cuero, el té, el chocolate amargo. A veces se vuelve casi negro.

Me miró directamente a los ojos.

—¿Y el tercero?

—Mi tercero también es secreto.

—¿Y cuál es su color?

No dijo nada, hojeó el atlas hasta llegar a la sección de los rojos y mi corazón se aceleró dulcemente.

Justo en aquel momento oímos un grito prolongado y desgarrador. Natsu posó el vaso y corrió a la habitación de la niña. Yo corrí tras ella.

Midori permanecía tumbada boca arriba, destapada y con la almohada en el suelo. Había dejado de gritar y ahora hablaba afanosamente en un idioma incomprensible. Natsu le apoyó una mano en la frente y le dijo que mamá estaba allí; pero la niña no dejó de temblar, no abrió los ojos, no dejó de hablar.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, tomé la mano de Midori.

—No pasa nada, nena. No pasa nada.

Fue como un acto de magia. La niña abrió los ojos sin ver mientras en su rostro se dibujaba una expresión de asombro. Sólo experimentó otro escalofrío y pronunció unas cuantas palabras más en aquel idioma misterioso, pero con un tono muy distinto,

ahora ya tranquilo. Después volvió a cerrar los ojos y dejó escapar un último suspiro, como de alivio. Como si la malsana energía que la había sacudido hasta aquel momento hubiera sido reabsorbida por el contacto con mi mano. Por el sonido de mi voz.

La había cogido al vuelo. La había salvado. Era el guardián entre el centeno.

If a body catch a body coming through the rye.

El verso permaneció en suspenso en mi cabeza mientras yo adivinaba lo que probablemente había ocurrido: la niña me había confundido con su papá y eso había alejado a los monstruos. Natsu y yo nos miramos y yo me di cuenta de que ella estaba pensando lo mismo. Y también me di cuenta, con una percepción precisa y lancinante, de que muy pocas veces había experimentado semejante sensación de perfecta intimidad.

Nos quedamos allí dentro en silencio unos cuantos minutos más, para mayor seguridad. La niña dormía con expresión serena y respiración regular.

Natsu volvió a colocar la almohada en su sitio y arrebujó a la niña en las mantas. Hablamos tan sólo cuando estuvimos de nuevo en la cocina.

—Le había dicho que papá se había tenido que ir por un viaje de trabajo. Un viaje muy largo al extranjero, y que no sabía cuándo volvería. Pero, no sé cómo, ella lo comprendió todo. Quizá me oyó hablar por teléfono con alguien cuando yo creía que ella estaba durmiendo. No lo sé. El caso es que una noche estábamos viendo la televisión y en un telefilme había dos policías que perseguían y detenían a un atracador. Midori, sin mirarme a la cara, me preguntó si era así como habían detenido a su papá.

Se detuvo. Era evidente que no le gustaba contar —recordar— aquella historia. Se escancié un poco más de ron. Después se percató de que no me había preguntado si a mí me apetecía. Pues sí me apetecía, y yo mismo me lo escancié.

—Como es natural, le pregunté qué idea le había pasado por la cabeza. Su papá se había ido por un asunto de trabajo, dije. Ella contestó que no me creía, pero ya nunca me volvió a preguntar nada más. Desde aquella noche, por lo menos dos o tres noches por semana, Midori sufre pesadillas. Y lo peor es que no se despierta casi nunca. Está como prisionera en aquel mundo espantoso. Y yo no puedo entrar en él, no la puedo salvar.

Le pregunté si había llevado a la niña a un psicólogo infantil. Una pregunta estúpida, pensé inmediatamente después de haberla hecho. Pues claro que la había llevado a un psicólogo.

—Vamos una vez a la semana. Poco a poco hemos conseguido que nos cuente los sueños...

—¿Sueña que también te vienen a buscar a ti?

Natsu me miró unos momentos con asombro. ¿Qué sabía yo de lo que ocurre en la cabeza de una niña de seis años? Después me hizo débilmente señas de que sí.

—El psicólogo dice que es una tarea larga. Dice que fue un error no haberle dicho

la verdad a la niña y dice que tendríamos que ser capaces de contarle que su papá está en la cárcel. A no ser que a su papá lo pongan antes en libertad. Hemos decidido esperar el resultado del juicio de alzada, antes de decidir definitivamente el cómo y el cuándo.

Cuando dijo *el resultado del juicio de alzada*, experimenté una sorda punzada en la boca del estómago.

—No es una situación fácil. Lo comprendes, ¿verdad?

Dije que sí con la cabeza, recordando mis pesadillas infantiles. Ciertas noches pasadas con la luz encendida a la espera de ver filtrarse el día a través de las persianas para poder quedarme finalmente dormido. Ciertas noches en las que el miedo era insoportable y yo las pasaba durmiendo en una silla, cerca de la habitación de mis padres, envuelto en una manta. Tenía ocho, nueve años. Sabía muy bien que no podía pedirles dormir en su cama con ellos porque ya era demasiado mayor. Por consiguiente, cuando las pesadillas me despertaban, arrastraba una silla desde la sala de estar hasta la puerta del dormitorio de mis padres, me acurrucaba, me tapaba y allí me quedaba hasta el amanecer en que regresaba a mi dormitorio.

Me vino todo de golpe a la memoria, con la misma angustia de aquellas noches. Con la misma compasión dolorosa e impotente, para el niño de entonces y para la preciosa y desdichada niña de ahora.

No le dije a Natsu todas estas cosas. Hubiera deseado hacerlo, creo, pero no lo conseguí.

En su lugar, me levanté y dije que ya era muy tarde. Mejor que me fuera, pues al día siguiente tenía que trabajar.

—Espera un momento —dijo ella.

Desapareció en la cocina, regresó a los pocos segundos y me entregó un cedé.

—Es lo que hemos oído esta noche. Quédatelo tú.

Lo sostuve en la mano, volví a leer el título y permanecí en silencio, buscando algo que decir. Pero, al final, dije sólo buenas noches y me deslicé tan rápido como un ladrón por la escalera de aquel tranquilo edificio de copropietarios. Diez minutos después ya estaba escuchando en mi coche aquel cedé en la fría y desierta calle que me llevaba a casa.

También fría y desierta.

Recibí la llamada de Tancredi cuando estaba saliendo de las secretarías del Tribunal, tras un deprimente examen de unos cuantos expedientes.

—Carmelo.

—¿Dónde estás, Guerrieri?

—De vacaciones en Tahití. ¿No te lo había dicho?

—Ten cuidado. Con estas graciosas ocurrencias, corres el riesgo de matar a alguien de risa.

Me dijo que necesitaba verme. Por su tono de voz, estaba claro que se trataba de cosas de las que no tenía intención de hablarme por teléfono. Por consiguiente, no hice preguntas y él añadió que podíamos encontrarnos en un bar de las inmediaciones de los juzgados, y veinte minutos después ambos ya estábamos sentados delante de dos de los peores capuchinos de la comarca.

—¿Tienes la lista de pasajeros?

Tancredi asintió con la cabeza. Después miró a su alrededor como para cerciorarse de que nadie nos estuviera observando. Nadie nos podía observar porque el bar estaba desierto, aparte de la señora gorda de detrás del mostrador. La autora de aquellos exquisitos capuchinos.

—Entre los pasajeros que regresaban de Montenegro, hay un señor bastante conocido en ciertos ambientes.

—¿En qué sentido?

—Luca Romanazzi, quinta de 1968. Es de Bari, pero vive en Roma. Dos veces detenido y sometido a juicio por asociación mafiosa y tráfico de estupefacientes, dos veces absuelto. Familia burguesa, padre funcionario municipal y madre maestra de primaria. Hermanos normales. Personas normales. Él es la clásica oveja negra. Estamos seguros de que intervino en una serie de atracos a furgonetas blindadas (lo dicen varios confidentes) y de que está involucrado en distintos tráficos con Albania. Droga y automóviles de lujo. Pero no tenemos nada concreto contra él. Es listo el muy hijo de puta.

—La clase de individuo que podría haber organizado aquel envío de droga con aquel sistema.

—Podría, en efecto. También podría ser cómplice de tu cliente, para completar el abanico de las hipótesis posibles.

—Necesito enseñárselo, me refiero a Paolicelli.

—Ya.

—Quiero decir que me hace falta una foto, Carmelo.

Él no dijo nada, miró una vez más a su alrededor, moviendo tan sólo los ojos, y, al final, se sacó del bolsillo interior de la chaqueta un sobre amarillo y me lo entregó.

—Te agradecería que esta entrega tuviera carácter reservado, Guerrieri. Y, cuando ya se la hayas enseñado a tu cliente, te agradecería que la quemaras o te la comieras o lo que te dé la gana.

Yo lo escuchaba con el sobre en la mano.

—Y también te agradecería que la quitaras de en medio. Por ejemplo, haciendo una cosa tan complicada como guardártela en el bolsillo antes de que todo el bar se dé cuenta de que el inspector Tancredi entrega papeles presumiblemente reservados a un abogado criminalista.

Evité decirle que eso de «todo el bar» me parecía una expresión un tanto exagerada puesto que a la señora de la barra se le había añadido tan sólo un viejecito que se estaba bebiendo un *brandy* doble sin el menor interés por nosotros y por el resto del mundo. Di las gracias y me guardé el sobre en el bolsillo mientras Tancredi ya se estaba levantando para regresar a la comisaría.

Cada trabajo tiene sus puntos, sus indicios de rotura. Unas grietas en el muro de la conciencia, a través de las cuales comprendes —deberías comprender— que tendrías que terminar, cambiar, hacer otra cosa. Si fuera posible. Pero, en cualquier caso, casi nunca tiene uno el valor simplemente de pensarlo.

Yo presentaba muchas señales de rotura. Una de ellas era el mareo que experimentaba cuando estaba en la cárcel. Empezaba como una especie de reptante ansiedad cuando todavía me encontraba en mi despacho; seguía durante el trayecto; se transformaba en sensación de desagrado durante los controles, mientras registraban mi nombre, me exigían la entrega de mi móvil, lo guardaban en un armarito, y abrían la primera de las muchas puertas que había que superar para llegar al locutorio.

Aquel día el desagrado era especialmente intenso y de carácter físico.

Mientras esperaba a que acompañaran a Paolicelli, me pregunté qué haría en caso de que éste reconociera al de la foto. Regresaría a Tancredi y éste me diría que no podía hacer nada por mí. Ya el hecho de sacar una fotografía de la base de datos de la brigada móvil había sido un gran favor. No pretendería yo que se pusiera a hacer una investigación —pero además, ¿qué investigación?— sobre la simple hipótesis de que Luca Romanazzi hubiera llenado de droga el automóvil de Fabio Paolicelli, directamente o por persona interpuesta, ¿verdad? Para semejante investigación tendría que recurrir a algún mago, más que a un policía o a un investigador privado.

Si Paolicelli no reconociera la fotografía, todo sería más sencillo. Yo había hecho todo lo posible —nadie lo podría negar— y sólo nos quedaba tratar de limitar los daños. Mi deber sería mucho más fácil. El juicio de alzada no tendría ninguna esperanza y habría que llegar a un acuerdo. Ningún dilema —ya no aguantaba los dilemas y en aquel caso menos que en otros—, ningún esfuerzo, nada que estudiar. Nada.

Y, entre todas aquellas reflexiones, se insinuó, tal como se insinúa en la pulcra cocina de una casa de campo un animalillo rápido y repugnante, la idea de que, si las cosas marchaban de aquella manera, Paolicelli se quedaría una buena temporada en la cárcel.

Una buena temporada que yo sabría cómo aprovechar.

—¿Qué es? —me preguntó mientras le alargaba la fotografía.

—Eche un vistazo y dígame si conoce a esta persona o, en todo caso, si la ha visto alguna vez.

La examinó un buen rato, pero, por su manera de menear la cabeza, comprendí que mi investigación ya había terminado. El movimiento de la cabeza se hizo más decidido y, al final, levantó la cabeza hacia mí y me devolvió la fotografía.

—En mi vida lo he visto. Y, si lo he visto, me he olvidado. ¿Quién es?

Experimenté la tentación de contestarle que no tenía importancia puesto que él no lo conocía. Pero no lo hice.

—Es un delincuente, un traficante de alto nivel. Por lo menos, según las sospechas de la policía puesto que, en realidad, nunca han conseguido atraparlo. Estaba a bordo de su *ferry* y cabía la posibilidad de sospechar que estuviera implicado en su caso.

—¿Por qué dice que *cabía* la posibilidad de sospechar? ¿Ahora ya no cabe esta posibilidad de sospechar?

Era una pregunta inteligente, a la cual yo di una respuesta estúpida.

—Usted no lo ha reconocido.

—¿Y eso qué significa? Yo no vi al que colocó la droga en mi coche. ¿Cómo podría reconocerlo? Si había motivo para sospechar que este tío tenía algo que ver con mi historia, ¿qué es lo que cambia si yo no lo reconozco?

Su respuesta me molestó muchísimo. Tuve que hacer un esfuerzo para reprimir el impulso de contestarle mal, aclarando que el abogado era yo, y él, el cliente. Yo el profesional y él el recluso. Tuve que hacer un esfuerzo para no hacerle pagar el hecho de tener razón.

—En teoría, es lo que usted dice. En el sentido de que podemos sospechar de este señor, pero no tenemos ningún pretexto para transferir esta sospecha al juicio, si usted no lo reconoce. Si usted no tiene ninguna posibilidad de decir que vio a este sujeto, qué sé yo, trajinando en la proximidad de su automóvil. O si este individuo mostró un extraño interés por usted o por la fecha de su regreso...

Me detuve bruscamente, reparando en que lo que estaba diciendo podía parecer una insinuación. Una manera de decirle que, si decía aquellas cosas, fueran verdaderas o falsas, podía haber un atisbo de esperanza. Podía parecer una invitación a inventarse una falsa historia, un falso reconocimiento.

—En resumen, usted no lo ha visto, no lo conoce, y yo no puedo presentarme al tribunal de alzada y decir: absuelvan al señor Paolicelli porque a bordo de su *ferry* viajaba un señor de quien la policía *sospecha* que es un delincuente y un traficante.

—¿Y qué cambiaría si yo lo reconociera?

Meneé la cabeza. Volvía a tener razón. No cambiaría una mierda y yo me estaba dando cuenta de lo estúpida, propia de aficionados e infantil que había sido la idea de ponerme a hacer aquella especie de investigación sin saber en qué dirección me estaba moviendo. Una vez un viejo comandante de carabineros me dijo que el secreto del éxito de una investigación consiste en saber cuál es el objetivo que uno persigue. Si uno sigue adelante a ciegas, no se consigue ningún resultado e incluso se pueden causar daños.

Me sentí muy cansado.

—No lo sé. Era un intento. Si usted hubiera reconocido a este tío, me podría haber dado algún punto de partida interesante sobre el que poder trabajar. Ni siquiera sé cómo habríamos podido trabajar en ello, pero tal y como están las cosas, no veo

ninguna perspectiva.

—Enséñele la fotografía a mi mujer. Es posible que ella observara algún detalle que a mí se me pasó por alto.

Exacto, una vez más. Teóricamente.

Le enseñaría la fotografía a Natsu, pero, sin saber por qué, estaba seguro de que ella no lo reconocería. Estaba seguro de que no sacaríamos nada en claro de aquella historia y de que Paolicelli acabaría mal.

Mientras percibía todo eso con toda claridad, me sentí como alguien que se encuentra en lugar seguro y contempla ahogarse a otro. Alguien que finge, incluso ante sí mismo, que le desagrada lo que está ocurriendo.

Pero no es verdad. Porque, en realidad, está contento. Asquerosamente contento.

Al salir de la cárcel me dije que, más tarde o más temprano, me tendría que buscar un trabajo honrado.

Natsu acudió a mi despacho al día siguiente y, tal como yo había previsto, no reconoció al sujeto de la fotografía. La tomó, me preguntó quién era aquella persona, la miró largo rato con atención. Tan largo que, en determinado momento, pensé contra todo pronóstico que lo había reconocido. Después, mientras yo me hacía estas reflexiones, me devolvió la fotografía, apretando los labios y diciendo que no con la cabeza.

Permanecemos en silencio. Ella parecía buscar algo con la mirada en un punto indeterminado arriba a la izquierda. Después la mirada cambió completamente de dirección, desplazándose abajo a la derecha, y pareció dialogar consigo misma. A mí no me prestaba la menor atención y, de esta manera, la pude observar un buen rato y distraerme siguiendo sus facciones y sus ojos color avellana. Pensando en muchas cosas. Demasiadas.

—No hay nada que hacer, ¿verdad?

Lo dijo con una entonación extraña. No se entendía muy bien si era de resignación, serena desesperación o bien otra cosa. Como una nota inconsciente de espera.

Me encogí de hombros y meneé la cabeza.

—No lo sé. Esto era una tentativa. No consigo pensar en nada más que tenga sentido.

—¿Pues entonces?

—Pues entonces esperaremos la vista en el tribunal de apelación, confiando en que se nos ocurra alguna idea o en que pase algo.

—Que no pasará.

—Si no ocurre nada nuevo, lo único sensato que se puede hacer es tratar de llegar a un acuerdo. Tal como ya te dije. Tal como ya le dije también a él.

—O sea, aceptar una rebaja y seguir en la cárcel.

—Teóricamente, después del acuerdo, podríamos intentar pedir el arresto domiciliario, pero...

Dejé la frase en suspenso y, en cuestión de unos instantes, comprendí el porqué. La idea de que él regresara a casa, aunque sólo fuera para cumplir los arrestos domiciliarios, me resultaba insoportable e inconfesablemente molesta.

—¿Pero?

Su pregunta se insertó como una cuña en mis pensamientos y en mi vergüenza.

—Nada. Una cuestión técnica. Después del acuerdo, podríamos intentar pedir los arrestos domiciliarios. Pero mejor no confiar demasiado en eso porque la cantidad de droga es muy elevada. De todos modos, lo podemos intentar.

—Y, si no le conceden los arrestos domiciliarios, ¿cuánto tiempo tendrá que

permanecer en la cárcel?

Una vez más, la extraña sensación de antes. De no conseguir descifrar la verdadera razón de la pregunta. ¿Quería saber cuánto tiempo tendría que permanecer separada de su marido o quería saber cuánto tiempo tendría a su disposición?

Cuánto tiempo *tendríamos* a nuestra disposición.

¿Se estaba haciendo verdaderamente esta pregunta o era yo quien la proyectaba en ella?

Porque yo, desde luego, esta pregunta me la estaba haciendo. Ahora sé con toda claridad lo que entonces percibía de una manera desenfocada. Aunque lo suficientemente clara como para experimentar una mezcla de vergüenza y deseo.

Deseo de ella —Natsu— y de la niña. De la familia que no tenía. La familia de un hombre que estaba en la cárcel, de un hombre al que yo habría tenido que proteger y defender.

Un deseo de ladrón.

—Es difícil decirlo ahora. Una vez dictada la sentencia, se pueden conseguir beneficios, rebajas, reducciones por buena conducta, permisos de salida. Son cosas que dependen de muchos factores.

Pausa.

—Por supuesto que, incluso en la hipótesis más optimista, serán necesarios varios años.

Ella no dijo nada y yo no conseguí descifrar su expresión mientras trataba de encontrar palabras para decirle que nos podríamos volver a ver. Fuera del despacho. Como aquella noche. Salir a dar una vuelta, escuchar un poco de música, hablar. Alguna otra cosa.

Un deseo de ladrón.

No encontré las palabras, y la conversación, y nuestra reunión, se cerraron con mis frases hipócritas acerca de la hipótesis más optimista.

Cuando Natsu se fue, le dije a Maria Teresa que durante media hora no quería atender llamadas y tanto menos recibir a clientes que pasaran por allí, tal como solía ocurrir, sin cita previa.

Después regresé a mi sitio, me sostuve la cabeza entre las manos y me pareció que estaba a la merced de las olas.

Cerré el despacho media hora después de que Maria Teresa se hubiera ido.

Llegué a casa, saqué un helado del frigorífico, me lo comí, después me pasé media hora soltándole puñetazos al saco de arena, hice flexiones hasta que los brazos ya no aguantaban y después me metí bajo la ducha.

Me pregunté dónde estaría Margherita en aquel momento y qué estaría haciendo; pero no conseguí imaginármela. No quería, probablemente.

Me vestí y salí. Solo y sin una meta, tal como me ocurría cada vez más a menudo.

Experimenté el impulso de llamar a Natsu y preguntarle si quería que la fuera a ver.

No lo hice y, en su lugar, me fui a dar una vuelta por la ciudad azotada por el viento frío.

Percibía extrañas y desagradables señales de advertencia. Quizás estaba a punto de ocurrirme lo mismo que cuando Sara me había abandonado: insomnio, depresión, ataques de pánico. Fue una idea inquietante, pero, en el mismo momento en que la concebía, me di cuenta de que aquellas cosas no ocurrirían.

Ahora ya era un inadaptado permanente. Me había ganado una mediocre y permanente desdicha, me dije. Inmunizado por una desdicha devastadora a cambio de una insatisfacción permanente y de unos deseos inconfesables. Después pensé que mis reflexiones eran triviales y patéticas y que me autocompadecía. Y yo siempre he despreciado a los que se autocompadecen.

Así pues, decidí irme a comprar unos libros.

A aquella hora —eran las once de la noche— sólo encontraría un sitio donde se pueden comprar libros y charlar un rato. La *Osteria del caffellatte* que, a pesar de su nombre, es una librería.

Abre a las diez de la noche y cierra a las seis de la mañana. El librero —Ottavio— es un exprofesor de instituto aquejado de insomnio crónico. Había aborrecido tenazmente su trabajo de profesor a lo largo de todos los años en que se había visto obligado a hacerlo. Después, una anciana tía sin hijos y sin otros familiares le había dejado dinero y un edificio minúsculo en pleno centro de la ciudad. Planta y dos apartamentos, el uno encima del otro. La ocasión de su vida, agarrada al vuelo y sin dudar. Se había ido a vivir al segundo piso. En la planta baja y el primer piso había montado una librería. Puesto que de noche no podía dormir, se había inventado aquel horario. Absurdo, había dicho la gente, y, sin embargo, había funcionado.

Hay gente a todas horas en la *Osteria del caffellatte*. No mucha, pero a todas horas. Sujetos extraños, obviamente, pero también y sobre todo sujetos normales. Que después resulta que son los más extraños cuando te los encuentras comprando libros a las cuatro de la madrugada.

Hay tres mesitas y una pequeña barra. Si te apetece, puedes beber algo o comer un trozo de las tartas que Ottavio prepara por la tarde antes de abrir. Por la mañana temprano puedes desayunar con las mismas tartas y un café con leche. Si estás en la librería en el momento del cierre, él te regala la tarta que le queda, te dice hasta mañana, cierra y después, delante de la entrada se fuma el único cigarrillo del día. A continuación, se va a dar una vuelta por la ciudad que está cobrando nuevamente vida y, cuando los demás empiezan a trabajar, él se va a dormir porque, de día, lo consigue. En la librería había tres chicas que se estaban contando una cosa que debía de ser muy divertida. Observé que de vez en cuando me miraban y después se reían más fuerte. Ya está, pensé, mi parábola ha terminado. Soy un hombre ridículo. Es más, bien mirado, soy un paranoico terminal.

El librero estaba leyendo, sentado junto a una de las mesitas del minúsculo bar. Al percatarse de mi llegada, me saludó con la mano y después reanudó la lectura. Yo me puse a pasear entre bancos y estanterías.

Tomé en mis manos *El hombre sin atributos*, lo hojeé, leí unas cuantas páginas y lo volví a dejar en su sitio. Es una cosa que hago desde hace muchos años. Desde siempre, en realidad. Con Musil y, sobre todo, con el *Ulises* de Joyce.

Cada vez me enfrento con mi ignorancia y pienso que tendría que leer estos libros. Cada vez, ni siquiera consigo comprarlos.

Creo que jamás conoceré directamente las aventuras —vamos a llamarlas así— del joven Dedalus, del señor Bloom, de Ulrich. Me he hecho una idea, pero en la librería sigo hojeando aquellos volúmenes en una especie de ritual de la imperfección. La mía.

Mientras seguía dando vueltas por allí, me llamó la atención una bonita cubierta con un título precioso. *Noches en los jardines de Brooklyn*. No conocía ni el autor, Harvey Swados, ni el editor, Bookever. Leí unas cuantas líneas del prefacio de Grace Paley, me convenció y lo cogí.

Entró un joven agente de la policía. Se dirigió a Ottavio y le pidió algo. Fuera lo esperaba un vehículo de la brigada móvil aparcado en doble fila.

Vi un libro titulado *Nada ocurre por casualidad*. Pensé que venía a mi caso —cualquiera que fuera mi caso— y también lo cogí. El policía salió con un libro en una bolsa de aquellas que sólo se encuentran en la librería de Ottavio. En un lado hay el dibujo de una taza de humeante café con leche, azul y sin asas y con el nombre de la librería. En el otro, impresa sobre el plástico, una página de novela, una poesía, una cita de un ensayo. Cosas que le gustan al librero y que éste quiere aconsejar a sus clientes nocturnos.

Ya me encontraba mucho mejor. Las librerías me sirven de ansiolítico y también de antidepresivo. Las chicas se habían marchado sin que yo me diera cuenta. Ahora estábamos solos Ottavio y yo. Me acerqué.

—Hola, Guido. ¿Cómo te lo pasas?

—A lo grande me lo paso. ¿Qué ha comprado el policía?

—No te lo vas a creer.

—Pues dímelo tú.

—Poesía ininterrumpida.

—¿Elouard? —pregunté con asombro.

—Ya. Serás uno de los tres o cuatro abogados del mundo que conocen este libro. Y él, el único policía.

—No hará carrera.

—Yo también lo creo. Y tú, ¿qué te llevas?

Le mostré los libros que había elegido y lo aprobó. Swados, sobre todo.

—¿Y tú qué estás leyendo?

El libro que sostenía en la mano era pequeño, tenía la cubierta de color crema y pertenecía a una editorial desconocida: Edizioni dell'orto botánico.

Me lo ofreció. Se titulaba: *La manumisión de las palabras*; subtítulo: *anotaciones para un seminario sobre la escritura*. No figuraba el nombre del autor en la cubierta.

Lo hojeé y leí unas cuantas frases.

Nuestras palabras carecen a menudo de significado. Ello ocurre porque las hemos gastado, extenuado, vaciado mediante un uso excesivo y, sobre todo, inconsciente. Las hemos convertido en cascarones vacíos. Para contar algo, tenemos que regenerar nuestras palabras. Tenemos que devolverles su sentido, consistencia, color, sonido, olor. Y, para hacerlo, tenemos que romperlas en pedazos y reconstruirlas después.

En nuestros seminarios llamamos «manumisión» a esta operación de ruptura y reconstrucción. La palabra manumisión tiene dos significados, aparentemente muy distintos. En el primer significado, es sinónimo de alteración, violación, perjuicio. En el segundo, que desciende directamente del antiguo derecho romano (manumisión era la ceremonia mediante la cual un esclavo era liberado), es sinónimo de liberación, rescate, emancipación.

La manumisión de las palabras incluye ambos significados. Rompemos las palabras (las manumitimos, en el sentido de que las alteramos y violamos) y después las volvemos a montar (las manumitimos en el sentido de que las liberamos de los vínculos de las convenciones verbales y de los no-significados).

Sólo después de la manumisión podemos utilizar nuestras palabras para contar historias.

—¿Sólo tienes este ejemplar?

—Sí, pero te lo puedes llevar, si quieres. ¿Por qué te interesa?

Ya. ¿Por qué me interesaba?

Tengo un antiguo deseo que he sacado recientemente a la superficie y que una amiga me asegura que se hará realidad. El deseo es el de convertirme en escritor y, al ver este libro, he decidido estudiar un poco. Simplemente para facilitarles la labor a los del departamento de lámparas mágicas, tréboles y estrellas fugaces.

Fantaseé un poco acerca de aquellas frases y acerca de otras cosas. Sin contestar a la pregunta de Ottavio. Él me dejó hacer y habló sólo cuando le pareció que yo había

regresado de mi ensoñación.

—No te entusiasma demasiado tu trabajo, ¿verdad?

Solté una especie de carcajada maliciosa. No me entusiasma demasiado mi trabajo, efectivamente.

—Y, si lo pudieras cambiar, ¿qué te gustaría?

Pero menuda epidemia ésa de los deseos. Decidme que os habéis puesto todos de acuerdo.

—Me gustaría escribir. Los libros son lo que más me gusta de todo. Me gusta leerlos y me gustaría escribirlos, si pudiera. En realidad, no sé si lo puedo hacer, pues jamás he tenido el valor de intentarlo.

Ottavio dijo que sí con la cabeza, y listo. Me gustan los que no hacen comentarios estúpidos. Y, en determinados momentos, lo mejor para no hacer comentarios estúpidos es simplemente callar.

—¿Vamos a tomar algo?

—Sí.

—¿Ron?

—Ron.

Tomó una botella de la barra y echó dos tragos dobles. Bebimos y nos pasamos un buen rato charlando acerca de un montón de cosas. De vez en cuando, entraba gente. Alguien compraba un libro, alguien miraba y basta.

Un tío de unos cincuenta y tantos años, vestido con chaqueta, corbata y abrigo, se remetiÓ en los pantalones *La trilogía de la ciudad de K.*, se abrochó el abrigo y se encaminó hacia la salida. Ottavio se dio cuenta, me pidió que lo disculpara y lo alcanzó en la puerta.

Dijo que le hubiera gustado poder regalar los libros. Pero, por desgracia, de verdad que no podía. Estaba obligado a hacérselos pagar a la gente. Lo dijo sin la menor punta de sarcasmo. El otro balbució algo del tipo: la verdad es que no sé de qué me habla. Ottavio, con el paciente tono de voz de alguien que ya ha dado otras veces la misma explicación, dijo que había dos posibilidades. O el otro pagaba el libro y se lo llevaba —e incluso se le haría el descuento— o bien lo volvía a dejar en el estante, se iba a dormir, no había pasado nada y podía regresar cuando quisiera. El otro dijo que muy bien, que se lo llevaba. Y, en una extraordinaria y surrealista secuencia, se dirigió a la caja, se sacó el libro del interior de los calzoncillos, pagó —con descuento—, tomó su bolsa como todo el mundo y se fue, deseándoles las buenas noches a todos.

—Bueno, hay gente que no se avergüenza de nada —dije.

—No te imaginas hasta qué punto. Pero yo no consigo enfadarme con los que intentan robar los libros. Yo mismo he robado un montón. ¿Y tú?

Dije que jamás había robado un libro. No físicamente. Había leído muchos ilegalmente, pero en las librerías. Ninguno en la suya, puntualicé.

Después consulté el reloj y reparé en lo tarde que era, teniendo en cuenta que al

día siguiente tenía una vista. Pregunté cuánto debía, por los libros y el ron.

—A la bebida invito yo. Los libros, en cambio, me los tendrás que pagar porque, tal como le he dicho al señor, de verdad que no puedo regalarlos.

Acababa de llegar al despacho cuando Maria Teresa me pasó la llamada de Colaianni.

Sin demasiados preámbulos, me dijo que tenía que hablar conmigo, pero mejor personalmente.

Por regla general, después de una frase como aquella habría hecho un ingenioso comentario acerca de la obsesión de los magistrados por los controles telefónicos. Sin embargo, el matiz de su tono de voz me lo impidió. Así pues, me limité a preguntar qué teníamos que hacer para hablar en persona, pues él se encontraba en Roma y yo en Bari. Me dijo que en cuestión de dos días se tenía que trasladar a Foggia para interrogar a un recluso en la cárcel de aquella ciudad. Si yo me reunía con él allí, después del interrogatorio nos podríamos ver, tomar juntos un bocado y hablar. De acuerdo pues, hasta pasado mañana. Adiós, hasta pasado mañana.

Tras haber cortado la comunicación, me invadió una extraña euforia. Después de tantos años entregado a mi tarea de abogado defensor, percibí por primera vez lo que experimentaban los investigadores cuando una investigación daba resultado. Porque no cabía duda de que Colaianni me iba a facilitar cierta información acerca del abogado Macrì. Cierta información importante.

Experimenté el impulso de llamar a Natsu.

Hola, Natsu, quería decirte que hay novedades. ¿Qué novedades? Pues bueno, la verdad es que esto no lo sé, pero lo sabré pasado mañana en Foggia. Ah, por cierto, ¿qué haces esta noche?

Por suerte, mi verborrea mental fue interrumpida por Maria Teresa, la cual me anunció que habían llegado las señoras Pappalepore. Unas clientes nuevas. Habían llamado la víspera para concertar una cita. Dije que las hiciera pasar, pero, en cuanto las vi cruzar el umbral, empezó a parpadear frenéticamente en mi cabeza la señal luminosa de «problemas a la vista».

La más joven era una exchica de unos cincuenta y tantos años con unas ridículas gafas de color rojo, ropa estilo años setenta, carmín de labios color cochinilla y cabello amarillo. La otra era una señora mayor con el mismo carmín y las mismas gafas de cristales tan gruesos como unos fondos de botella de Coca-Cola.

Las invité a pasar, la más joven ayudó a la anciana a sentarse y después se sentó ella también y me sonrió con una expresión inquietante.

—¿En qué las puedo servir? —dije con una afable sonrisa vagamente idiota.

—¿Quién es este joven? —preguntó la vieja como si yo no estuviera presente, mirando en dirección a la otra.

—Es el abogado, mamá. ¿Te acuerdas que hemos venido para presentar una denuncia?

—Pero ¿es el primo de Raffaele?

—No, mamá, el primo de Raffaele murió hace diez años.

—Ah...

Pareció tranquilizarse. Transcurrieron unos cuantos segundos de silencio y yo me empecé a preocupar.

—Bueno, pues...

La misma sonrisa idiota de antes.

—Abogado Guerrini, nosotras tenemos que presentar una denuncia por unos hechos muy graves.

Reprimí el impulso de hacer una inútil aclaración. La de que yo me apellidaba Guerrieri y no Guerrini.

—En nuestra comunidad de propietarios existe un complot.

Ah, qué bien, me encantan los complots. Hoy me hacían falta precisamente estas dos chaladas.

—¿Quién es este joven? —preguntó la vieja, ahora mirando decididamente hacia el vacío.

—El abogado Guerrini, mamá. Por lo de la denuncia, ¿comprendes?

—¿Está casado?

—No lo sé, mamá. Son asuntos suyos. ¿Quieres un caramelo?

La vieja dijo que sí y la joven se sacó del bolso una bolsita de pastelería. Sacó un caramelo de color de rosa, le quitó el papel y se lo dio a su madre acercándoselo a la boca. Después me preguntó si me apetecía uno.

Volví a sonreír con los labios tirantes y contesté que no, gracias.

—Se han producido unos hechos muy graves, abogado Guerrini. En nuestra comunidad de propietarios se han organizado para destruirnos. Es como una especie de... ¿cómo lo llaman ustedes?

Cómo lo llamábamos nosotros, ¿qué?

—... como una asociación mafiosa.

Ah, claro, una asociación mafiosa. Cómo es posible que no se me haya ocurrido.

—Cometen atentados contra nosotras todos los días y ahora hemos decidido presentar una denuncia.

—Pero ¿este joven es el hijo de Marietta?

—No, mamá, el hijo de Marietta está en Busto Arsizio. Éste es el abogado.

—¿Y de quién es hijo?

—No lo sé, mamá. Es el abogado y nosotras hemos venido para lo de la denuncia. En aquel momento, la vieja decidió inesperadamente dirigirse a mí.

—Joven, pero ¿usted es el sobrino de la señora Marzulli?

—No, señora —contesté educadamente.

—Es el abogado, mamá. El sobrino de la señora Marzulli es enfermero.

—Abogado. Tan joven. ¿No será por casualidad el primo...?

¿De Raffaele? No, señora, no soy el hijo de Marietta que parece ser que está en Busto Arsizio; no soy el sobrino de la señora Marzulli, enfermero, según me dicen; y

tampoco el primo de Raffaele que, a lo mejor, era abogado y, por lo que me dicen, incluso ha muerto. También me gustaría poder librarme de ustedes y conseguir trabajar un poco, pero me doy cuenta de que es una perspectiva irreal.

Eso no lo dije. En realidad, no dije nada porque me di cuenta de que la vieja había empezado a oscilar lentamente hacia la izquierda, apoyándose en el brazo de la silla. Por un instante, me pareció que se estaba cayendo a causa de un colapso o cualquier otra cosa. Me imaginé todos los problemas logísticos que provocaría la retirada del cadáver y me dije que aquella no era mi tarde de suerte.

Pero la vieja no se estaba muriendo. Tras haber oscilado durante unos treinta segundos, con un movimiento casi hipnótico, se arregló la falda y volvió a quedarse inmóvil.

La otra entre tanto me seguía hablando de la asociación mafiosa que se había instalado en aquella comunidad de propietarios de via Pasubio.

Las acciones intimidatorias del grupo criminal consistían en tendido ilegal de colada, tenencia ilegal de equipos estereofónicos, actos inmorales del aparejador Fumarulo que vivía solo y se llevaba a mujeres a casa, incluso de noche. Una vez en que había coincidido con él en el ascensor, ella le había dicho que tenía que terminar con todas aquellas cosas. Y él, para llevarle la contraria, le había contestado que no le tocara los cojones. Ella había replicado que tuviera mucho cuidado con su manera de hablar y que presentaría una denuncia contra él y contra todos los demás.

—Y entonces decidimos mamá y yo presentar una denuncia contra toda la comunidad de propietarios. Y, además —eso lo dijo inclinándose un poco hacia mí a través del escritorio con aire taimado y cómplice—, el dinero de la indemnización nos lo repartiremos con usted, abogado.

Mi cerebro trabajaba frenéticamente en un afán de buscar una salida. Sin conseguir encontrarla. Entre tanto, la vieja se había despertado.

—Pero ¿usted es dentista?

—No, señora, no soy dentista.

—... porque tengo un absceso aquí... —y abrió la boca introduciéndose un dedo en ella para que yo viera el absceso y todo lo demás.

—No es el dentista, mamá. Es el abogado. ¿Quieres otro caramelo?

La cosa duró por lo menos otra media hora en cuyo transcurso la vieja me preguntó otras cuatro o cinco veces más si yo era el hijo de Marietta o el sobrino de la señora Marzulli. Y, sobre todo, si estaba casado.

Cuando me hacía esta última pregunta, le guiñaba astutamente el ojo a su hija.

Finalmente, se me ocurrió una idea genial.

Con mucho gusto les prepararía aquella denuncia, dije. Desde luego, era un escándalo lo que estaba ocurriendo en su comunidad de propietarios. Habría que intervenir cuanto antes, y lo haríamos. Sólo se tenía que cumplir un pequeño trámite. Para presentar una denuncia, era necesario entregar —me pregunté qué cantidad podría resultar verdaderamente disuasoria— digamos unos cinco mil euros. Por

desgracia, era la ley, mentí. Le rogaba por tanto a la señora Pappalepore *the young* que me entregara aquellos cinco mil euros para seguir adelante. Sería mejor en efectivo, pero también iría bien un talón. Pero me los tenía que entregar enseguida.

La joven adoptó una actitud imprecisa. Por desgracia, no llevaba el talonario y, como es natural, no llevaba encima todo aquel dinero. Dije que me los tendría que llevar cuanto antes al día siguiente o, como máximo, al otro. Mientras lo decía, traté de adoptar una expresión de famélico embaucador. Un sujeto del que huir lo antes posible para jamás regresar.

—¿Concertamos una cita para mañana? —dije con avidez.

—Lo llamo yo mañana o pasado mañana.

Ahora estaba preocupada. Había acabado en manos de un indigno especulador y ella quería huir cuanto antes.

—De acuerdo, pero, sobre todo, no más tarde que pasado mañana.

Me aseguró que no sería más tarde que pasado mañana. Y ahora la tendría que perdonar pero se tenían que ir corriendo, entre otras cosas porque había que cambiarle el pañal a mamá.

Pues entonces, no quería entretenerlas. Buenas tardes. Buenas tardes también a usted, señora.

Y no, no soy el hijo de Marietta y tampoco el sobrino de la señora Marzulli.

Y, gracias a Dios, no soy el dentista.

Hacía un frío pelón en Foggia aquella mañana y, por consiguiente, fue muy agradable entrar en el caldeado restaurante lleno de exquisitos efluvios. Colaianni ya estaba allí, sentado alrededor de una mesa en compañía de dos sujetos de pinta muy poco recomendable: los agentes de su escolta.

Nos abrazamos y nos intercambiamos los habituales cumplidos propios de alumnos de instituto más bien talluditos. Los dos de la escolta, sin una palabra, se levantaron y se fueron a sentar a otra mesa, cerca de la entrada del local.

—¿Hace cuantos años que estás en Roma?

—Demasiados. Me he roto la espalda de mala manera. Y, en particular, me he roto los cojones con el trabajo de la brigada antimafia. Seguimos deteniendo a traficantes y camellos, gastamos centenares de miles de euros en escuchas telefónicas, seguimos interrogando a los arrepentidos o seudoarrepentidos, y no cambia absolutamente nada. Me tendría que buscar un trabajo honrado.

Mira, pensé. Justo lo mismo que yo me había dicho hace unos cuantos días al salir de la cárcel. Éramos los mejores exponentes de una generación en pleno éxito profesional.

No dije nada de todo esto y él siguió adelante. Su tono había pasado bruscamente de la broma a una amargura que jamás me hubiera esperado de Andrea Colaianni.

A diferencia de mí, era alguien que siempre había tenido pasiones y, sobre todo, certezas. Como, por ejemplo, la convicción de que, desde los despachos de una Fiscalía General se podía cambiar el mundo. Sin embargo, la vida es un poco más complicada.

—Me encuentro cada vez más a disgusto en este trabajo. ¿Recuerdas cómo estaba yo inmediatamente después de ganar las oposiciones?

Lo recordaba muy bien. Tras haber ganado él las oposiciones, nos veíamos todos los días. A sus veinticinco años, él ya había alcanzado el objetivo de su vida. Ser magistrado, y punto. Yo, en cambio, era un muchachito sin rumbo y lo seguí siendo durante bastante tiempo.

—Estaba deseando empezar. Estaba deseando trabajar como fiscal. Estaba dispuesto a cambiar las cosas. A hacer justicia.

Me miró a los ojos.

—Son unas palabras muy fuertes, ¿verdad?

—¿*Qué decía aquella canción de De Gregory?* Buscabas justicia, te encontraste con la ley.

—Precisamente. Cuando empecé, me sentía un ángel vengador. Ahora (¿te imaginas?), cada vez que tengo que detener a alguien, me da un mareo. Hace unos cuantos días me crucé por los pasillos del juzgado con un detenido esposado,

acompañado por la policía penitenciaria. Era un hombre de unos sesenta años con pinta, ¿cómo diría?, de propietario de papelería o de droguería. He visto centenares de personas esposadas, de todas clases. Asustadas, arrogantes, confusas, indiferentes. De todo, y ya tendría que estar acostumbrado. No me tendría que hacer ningún efecto. El agente que lo custodiaba caminaba por delante y él lo seguía. En determinado momento, el hombre esposado aminoró la marcha o tal vez no pudo seguir el ritmo. No lo sé. En cualquier caso, el agente le dio un tirón con la cadena tal como se hace con un perro al que estás paseando y que se entretiene demasiado a husmear algo. Fue un instante, porque el hombre aceleró y volvió a seguirle el paso. Yo me detuve a mirarlos mientras se alejaban por el pasillo. Experimenté una sacudida en el estómago. También fue un instante y después me fui cuando los chicos de la escolta ya se estaban preguntando si ocurría algo. Tú quizá lo podrás comprender.

Yo comprendía perfectamente lo que estaba diciendo. Hizo un gesto que yo había visto varias veces en las últimas semanas. Se pasó enérgicamente la mano por la cara, como si tratara de quitarse algo viscoso y desagradable. No lo consiguió. Nadie lo consigue.

—Si pudiera, cambiaría de trabajo. Está claro que no puedo y, por otra parte, mi destino ya está marcado. Unos cuantos años más y podré pedir un bonito traslado a la Fiscalía General, adonde iré a parar finalmente para acabar no haciendo una mierda. Entonces aprenderé a jugar al golf, me echaré una amante (¿una joven secretaria, por ejemplo?) y seguiré alegremente adelante hasta llegar al resultado final.

—Bueno, bueno, para el carro. ¿Qué te ocurre?

Pregunta idiota. Sabía muy bien lo que le ocurría.

—Nada. Crisis de la mediana edad, supongo. ¿A ti te ha ocurrido? Dicen que después se te pasa.

¿Me había ocurrido? Sí, me había ocurrido y no sabía si se me había pasado. Pero, en comparación con él, tenía una ventaja. A lo largo de toda mi vida siempre me había sentido fuera de lugar y por eso ya estaba más acostumbrado. Sin embargo, para alguien con las certezas que él tenía, debía de haber sido más duro.

—En fin. A tomar todo por culo.

En aquel momento, el camarero se acercó a mi espalda. Pedimos *mozzarellas* individuales de búfala, parrillada de carne, vino tinto de Lucera.

—He preguntado a unos cuantos compañeros por este tal abogado Macrì, pero nadie lo conoce. Se lo he preguntado también a algunos abogados amigos, pero ellos tampoco lo conocen. De por sí, eso no es especialmente extraño en un lugar como Roma. Pero tampoco es del todo normal.

Pensé que no, que no era normal. El ambiente de los abogados y de los magistrados que se encargan de juicios penales, incluso en un sitio tan grande como Roma, es una pequeña comunidad. Como un pueblecito donde todos se conocen. Si vives en aquel pueblecito y nadie ha oído hablar jamás de ti, hay algo que no marcha. Significa que trabajas poco o nada. Y, en tal caso, ¿de dónde sacas el dinero para

vivir?

—Entonces se me ocurrió llevar a cabo una pequeña búsqueda en nuestra base de datos. Contiene todas las actas de las investigaciones y de los procesos relacionados con la mafia y el crimen organizado de diez años a esta parte. En toda Italia. Me dije a mí mismo: si este Macrì ha defendido a alguien en un juicio de este tipo, lo encontraré y entonces nos podremos hacer una idea.

—¿Lo encontraste?

Apareció el camarero con el vino y nos llenó las copas. Colaianni apuró la suya de una manera que no me gustó. Y tampoco me gustó la rapidez con la cual se la volvió a llenar.

—Obviamente, esta conversación jamás ha tenido lugar.

—Y yo tampoco he venido a Foggia.

—Eso es, muy bien. Encontré al señor Corrado Macrì. Sólo que no figuraba en la base de datos como defensor. Figuraba en ella como acusado, detenido hace tres años por el juez encargado de las investigaciones preliminares de Reggio Calabria por asociación mafiosa, tráfico de estupefacientes y accesorios.

—¿Qué había hecho?

Mientras hacía la pregunta, pensé en la manera en que los papeles influyen en las cosas que pensamos y también en las cosas que hacemos. Si Macrì hubiera sido cliente mío, habría preguntado de qué lo acusaban y por supuesto que no habría dado por descontado que hubiera *hecho* algo.

Colaianni entre tanto se sacó unas cuantas hojas de papel de la cartera, eligió una y empezó a leer la acusación.

—Bueno pues... sí, Corrado Macrì, aprovechando su condición de abogado elegido instrumentalmente como defensor de algunos importantes acusados (sigue la lista) llevaba a cabo tareas de enlace entre los vértices detenidos del grupo y los que estaban en libertad. Y, concretamente, accediendo en su calidad de defensor a las instituciones penitenciarias (sigue la lista) en las cuales los susodichos se encontraban detenidos, se encargaba de informarles acerca de los acontecimientos más destacados de la vida del grupo que habían ocurrido fuera de las instituciones penitenciarias, organizaba con ellos las estrategias y los actos criminales que se deberían llevar a cabo y se encargaba de comunicar a los miembros libres de la asociación las decisiones y las órdenes de los jefes detenidos.

Interrumpió la lectura —le había costado hacerlo y pensé que no tardaría en tener que ponerse unas gafas para la presbicia— y me miró.

—Era el correveidile.

—Pues sí. ¿Quieres saber cómo acabó todo?

Lo quería saber y él me lo dijo. Nuestro amigo Macrì había sido empapelado a causa de las declaraciones de dos colaboradores de la justicia y de toda una serie de comprobaciones. Había permanecido unos cuantos meses en la cárcel hasta que uno de los colaboradores se arrepintió de haberse arrepentido y lo retiró todo. La

acusación saltó en pedazos. Macrì fue puesto nuevamente en libertad por insuficiencia de pruebas. Unos meses después pidió un juicio rápido y fue absuelto.

—¿Y cómo acabó en Roma?

—No lo sé. El caso es que, después de la absolució n, se borró del colegio de abogados de Reggio Calabria y, por ignorados motivos, se inscribió en Roma. Donde, tal como ya te he dicho, no suele frecuentar el Palacio de Justicia.

Dejó en suspenso la última frase y volvió a apurar su copa. La llenó de nuevo y lo mismo hizo con la mía.

Mi cerebro trabajaba frenéticamente. Macrì era la clave de toda aquella historia, ahora ya no cabía ninguna duda. De una o de otra manera, la droga hallada en el automóvil de Paolicelli pertenecía a algún cliente —o, mejor dicho, a algún compadre— de Macrì. Cuando Paolicelli fue detenido, echaron mano del abogado para que controlara lo que ocurría, averiguara lo que constaba en el expediente e impidiera que la investigación alcanzara a los verdaderos propietarios de la droga.

Y después estaba la cuestión del desembargo del coche. El hecho de que él mismo hubiera ido personalmente a sacarlo del depósito. Probablemente en el coche había alguna otra cosa que la policía no había encontrado y que era necesario hacer desaparecer cuanto antes.

Eso siempre y cuando Paolicelli fuera verdaderamente ajeno a toda aquella historia. Porque también cabía la posibilidad de que Macrì hubiera sido contratado por la organización para proteger a un afiliado —Paolicelli—, caído desgraciadamente en manos de la policía y los jueces. Un clásico.

Le dije a mi amigo lo que estaba pensando y él asintió con la cabeza. Era lo mismo que había pensado él.

—Y ahora, ¿qué haces con esta información?

Ya. ¿Qué hacía?

Contesté que lo tendría que pensar. Comprobar si, a partir de aquella noticia, conseguía averiguar alguna otra cosa, quizás encargándole la tarea a un investigador privado. En realidad, no tenía la más mínima idea de lo que se podía hacer.

Cuando llegó el momento de despedirnos, Colaianni me dijo que se había alegrado de verme y de hablar conmigo. Lo dijo en un tono vagamente asustado, como si hubiera deseado retenerme a su lado de alguna manera. Yo lo lamentaba y me sentía incómodo al mismo tiempo. Y ahora experimentaba el impulso de huir de allí. Huir de aquella inesperada fragilidad, de aquella desesperación, de aquella sensación de derrota.

Mientras enfilaba la rampa de acceso de la autopista, pensé en mi amigo Colaianni.

En las cosas que me había dicho —no las relacionadas con Macrì— y en el sordo desasosiego que dejaba entrever y que a duras penas podía dominar. Me pregunté qué habría sido de su vida —de nuestras vidas— la siguiente vez que nos volviéramos a ver. Después la autopista semidesierta se lo tragó todo.

¿Qué quería hacer con aquella información?, me había preguntado Colaianni.

No lo sabía, le había contestado. Y era cierto que no lo sabía. No tenía ni idea de lo que se podía hacer con ella. Ahora sabía que Macrì era un protector de mafiosos y traficantes. Pero eso, si bien se miraba, no cambiaba demasiado los términos de mi dilema.

No sabía qué hacer y fue por este motivo por lo que no fui a ver a Paolicelli para revelar lo que había descubierto. Si era inocente, no quería crearle expectativas infundadas. Y, si era culpable —la duda me había vuelto a asaltar con fuerza mientras hablaba con Colaianni—, no quería interpretar más de lo necesario el papel del crédulo idiota.

Por los mismos motivos y por otros de los cuales no me apetecía hablar ni siquiera conmigo, no llamé a Natsu. Tuve que reprimir un montón de veces el impulso.

Pensé llamar a Tancredi, pero después me dije que no podía aprovecharme ulteriormente de la amistad: y, en cualquier caso, no sabía qué pedirle, aparte de un enésimo consejo.

De esta manera absurda transcurrieron varios días.

Después, una tarde al salir del despacho para regresar a casa, oí que me llamaban. Levanté la mirada y vi a Natsu a bordo de un todoterreno. Me dirigió una tímida sonrisa e hizo un gesto con la mano para invitarme a acercarme. Crucé la calle y subí al vehículo tras haber mirado a mi alrededor como alguien que tuviera algo que ocultar.

Justamente.

—¿Te apetece ver el mar?

Dije que sí y ella condujo el vehículo por unas calles insólitamente libres de tráfico. Conducía con soltura, sentada cómodamente en el fondo del asiento, con ambas manos sobre el volante y la mirada fija en la calzada. Pensé por un instante que aquel podía ser el coche en el cual se había transportado la droga. Después recordé que en el acta del embargo se hablaba de otro modelo y de otra marca.

—Estás sorprendido.

Era una afirmación, no una pregunta, y, por consiguiente, me encogí ligeramente de hombros y no contesté. La dejé hablar a ella.

—Tenía un compromiso de trabajo para esta noche. Después se armó un jaleo y todo saltó por los aires. Ya no me daba tiempo a avisar a la canguro. Y, cuando llegó, decidí salir igualmente y pensé que, a lo mejor, te apetecería dar una vuelta y charlar un ratito.

Aquella noche yo no era precisamente Guido el parlanchín. Por primera vez, ella apartó la mirada de la carretera —ya habíamos dejado atrás la ciudad— para ver si me había muerto o estaba dormido.

—¿No tendría que haberlo hecho?

—Has hecho muy bien. Estoy contento.

Aceleró un poco. El automóvil emitió un zumbido, se deslizó hacia delante y ella me preguntó si había novedades para su marido.

Experimenté una punzada de desagrado ante aquella pregunta. Era un brusco recordatorio de que yo era un abogado y ella la mujer de un cliente mío detenido.

Le contesté. Omitiendo ciertos detalles —de quién y cómo había obtenido ciertas noticias, por ejemplo—, le revelé lo que había descubierto acerca de su exabogado.

Me escuchó disciplinadamente en silencio hasta que terminé. Entre tanto, nos habíamos detenido delante de una pequeña escollera por la parte de Torre del Mare. La superficie del agua era negra y oscura como la tinta. A lo lejos brillaba la luz intermitente de un faro.

Natsu habló cuando estuvo segura de que yo no tenía nada más que añadir.

—Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea. En sí mismo, el hecho de que a este cabrón lo hayan detenido (y absuelto después) no nos lleva a ningún sitio. Quiero decir: no sé cómo utilizar esta información en un juicio.

—Pero él se ha presentado sin que ninguno de nosotros lo llamara. Eso algún significado tiene que tener.

—En teoría, sí. En la práctica, lo que se deduce de los documentos del procedimiento es que tú lo has nombrado y tu marido ha confirmado el

nombramiento.

—Pero a mí me habían dicho...

—Lo sé, lo sé. Pero ¿qué hacemos? ¿Te llamo a declarar en el juicio de alzada para decir que un tío te paró en la calle, te aconsejó que nombraras a este desconocido abogado Macrì y tú seguiste su consejo? Aparte el hecho de que, incluso aunque fuera verdad; quiero decir, aunque los jueces lo creyeran; no llegaríamos a ninguna parte. El fiscal podría alegar tranquilamente que los cómplices de tu marido te indicaron el abogado que tendrías que nombrar. Y estaríamos como antes, o quizás un poco peor.

Me abstuve de decir que ésta podría ser la objeción del fiscal o, más simplemente, la pura verdad. Seguramente ella misma ya lo había adivinado por su cuenta.

Justo en aquel instante se me ocurrió una idea. Era una idea de locos, pero, mientras Natsu permanecía en silencio, me dije que quizá se podría intentar porque tal vez fuera el único camino posible. Después, ella interrumpió el curso de mis pensamientos.

—¿Sabes qué es lo peor para mí?

—¿No saber la verdad?

Me miró con asombro unos segundos antes de recordar el juego de los deseos. Rebuscó en el bolso, sacó un paquete de cigarrillos, bajó el cristal de la ventanilla y encendió uno.

Se fumó en silencio el cigarrillo. Disfrutando de cada calada y dejando que el humo fuera aspirado por la noche que rodeaba el vehículo. Al final, cerró la ventanilla y experimentó un estremecimiento, como si sólo en aquel instante se hubiera dado cuenta del frío que hacía.

—Tengo hambre, pero no me apetece irme a encerrar en un restaurante.

—Ah —dije yo.

—Naturalmente, como todos los hombres que viven solos, tendrás la despensa llena de cajitas y otras porquerías.

Le dije que era víctima de los estereotipos y que no, yo no tenía la despensa llena de cajitas. Tenía alimentos sanos y frescos en el frigorífico y, si quisiera, también hubiera podido preparar una cena rápida.

Ella se limitó a decir: muy bien, vamos a tu casa. Y yo, reprimiendo sin piedad la rebelión de mi conciencia, pensé que, en el fondo, no había nada de malo en ello. Tampoco tenía por qué ocurrir nada a la fuerza. Y, además, yo no tenía la culpa en todo caso. Lo había hecho todo ella, quiero decir, irme a buscar a la salida del despacho, llevarme a dar una vuelta, proponer ir a mi casa. De verdad que yo no tenía la culpa. Si por mí hubiera sido, no hubiera ocurrido nada.

Toda una serie de chorradas que me acompañaron a lo largo de todo el camino de mi casa.

—¿Qué es eso?

Fue lo primero que dijo nada más entrar en mi casa. Se refería al saco de arena, colgado en el centro de la estancia que servía de recibidor y sala de estar. Una pieza de decoración un tanto estrambótica, lo reconozco.

—Una de mis neurosis. Cada noche cuando vuelvo a casa, la emprendo a puñetazos con él por espacio de media hora. En el fondo, es mejor que emborracharse, drogarse o pegar a la mujer y a los niños. Que no tengo.

—Aquí queda bien, en todo caso. ¿Te gusta tener los libros por el suelo o sólo eres un juerguista?

Se refería a los montones de libros que rodeaban el sofá y estaban diseminados por toda la estancia. Jamás se me había ocurrido pensarlo, pero dije que sí, que me gustaba tenerlos por el suelo porque me hacían compañía.

Identificó la cocina e hizo ademán de entrar en ella.

—¿Adónde vas?

—Echo un vistazo a lo que hay en la nevera y preparo algo.

Con cierta calma le dije que yo su cocina ya la había probado y que ahora, tanto si le gustaba como si no, le tocaba a ella probar la mía. Al entrar en mi casa, había aceptado el riesgo. Si quería, podía quedarse conmigo en la cocina mientras yo preparaba los platos, pero le estaría absolutamente prohibido tocar nada.

En casa no es que hubiera demasiado y, bueno, me había pasado un poco al decir que tenía alimentos frescos en abundancia. En cualquier caso, disponía de lo necesario para preparar una de mis especialidades. Los espaguetis a la *humo en los ojos*. Una sobria alusión al hecho de que se trata de una receta en la que el cocinero —yo, en este caso concreto— intenta parecer más hábil de lo que es en realidad.

—Un plato de pasta. Es lo máximo que puedo producir sin previo aviso.

E incluso *con* previo aviso, si he de ser sincero. Pero eso no lo dije.

—La pasta y el vino van estupendamente. ¿Qué es lo que preparas?

—Ya lo verás —dije en un tono que me hizo sentir inmediatamente ridículo. ¿Quién carajo te crees que eres, Guerrieri? ¿El Veronelli del barrio de la Libertà? ¿Serás tonto?, ésta trabaja como cocinera. Bueno, ponte a cocinar que será mejor.

Puse en la sartén ajo, aceite y guindilla. Mientras hervían los espaguetis, rallé queso de oveja *pecorino*, trituré un poco de albahaca, deshuesé y corté a trocitos unas aceitunas negras. Eché en la sartén la pasta muy *al dente*. Añadí el queso *pecorino* y todo lo demás.

Natsu dijo que le gustaba verme cocinar y yo experimenté un hormigueo muy agradable y peligroso. Por eso no contesté, puse rápidamente la mesa, le dije que se sentara y serví los platos un poco demasiado llenos.

Comimos, bebimos y hablamos de nada mientras el saco nos vigilaba de cerca.

Cuando terminamos de comer, puse *Shangri-la*, de Mark Knopfler. Después tomé

mi copa y me fui a sentar en el sofá. Ella se quedó en su sitio. Cuando comprendió cuál era el disco, dijo que le gustaba mucho *Postcards from Paraguay*. Dejé la copa en el suelo, me incliné hacia el botón y pulsé hasta la pista el número siete. Entonces ella se acercó para sentarse a mi lado en el sofá, justamente cuando empezaba a sonar la canción.

One thing was leading to the next.

Precisamente.

Fue lo último racional que conseguí decirme por aquella noche.

Al día siguiente no tenía ninguna vista. Envié a Maria Teresa a los juzgados para despachar asuntos de secretaría. No es que se tratara de cosas urgentes, pero necesitaba estar solo.

En realidad, me rondaban algunos pensamientos por la cabeza. Por así decirlo.

En primer lugar, me sentía una mierda por lo que había ocurrido la víspera. No es que me hubieran pillado desprevenido o que no tuviera las ideas claras acerca de lo que podía ocurrir. Si hubiera tenido un mínimo de sentido moral, me dije, no hubiera tenido que llevarme a Natsu a casa.

Me preguntaba qué habría dicho si alguien me hubiera contado una historia como aquella y me hubiera pedido una opinión. Quiero decir: una opinión sobre un abogado que se hubiera tirado a la mujer de un cliente suyo que estaba en la cárcel.

Habría dicho que aquel abogado era una mierda humana.

Una parte de mí buscaba justificaciones para lo que había ocurrido; y hasta incluso encontraba alguna, pero, en conjunto, mi fiscal interior estaba ganando con creces aquel juicio. Lo ganaba tan bien que me entraban ganas de preguntarle adónde coño se había ido la víspera cuando tanto se le necesitaba.

Recordé una charla de muchos años atrás. Entre compañeros, después de cenar. Tras haber comido y bebido bastante. Algunos de nosotros éramos poco más que unos muchachos, los otros eran más veteranos, aquellos en cuyos despachos habíamos hecho nuestras prácticas.

No sé quién planteó la historia. Una historia auténtica de hacía unos cuantos años, dijo.

Había un tío en la cárcel, acusado de homicidio. Casi sin esperanza. Necesitaba un abogado. Muy experto, dada la situación. En realidad, no tenía dinero para pagar ni siquiera a uno del montón, pero tenía una mujer guapísima. Una tarde ella se presentó en el despacho de un abogado mayor, famoso y muy experto, notorio putaño. Le dijo que quería encargarle la defensa de su marido, pero que no tenía dinero para pagarle. Y le propuso un pago en especie. El otro aceptó, se tiró a la mujer —repetidamente, en el despacho y fuera de él—, defendió al tío y consiguió su absolución.

Final de la historia y comienzo de la discusión.

—¿Vosotros qué hubierais hecho?

Respuestas muy variadas. Había quien consideraba poco elegante el hecho de habérsela tirado en el despacho. Qué demonios, las buenas maneras eran necesarias en todo. Habría sido mejor ir a un hotel o a cualquier otro sitio. Otros, en cambio, consideraban que el hecho de tirársela en el despacho era coherente con la naturaleza del contrato concertado. Alguien que planteó tímidamente ciertas dudas éticas fue

sepultado por las carcajadas de los demás.

El joven Guerrieri dijo que él hubiera defendido gratis al acusado sin ningún pago en especie y alguien le dijo que era un payaso y que ya hablarían cuando ocurriera de verdad un caso semejante.

Precisamente.

Y después pensé en Macrì y en la idea que se me había ocurrido la víspera. Acerca de la posibilidad de utilizar la información que me había facilitado Colaianni y tratar de excavar una galería subterránea de fuga para Paolicelli. Poco a poco, en este *ping-pong* de pensamientos —qué hombre de mierda estaba hecho y qué hacer con mi poco honrado compañero Macrì para salvar a mi ignorante cliente Paolicelli—, la parte profesional tomó la delantera.

En resumen, se me había ocurrido la idea de citarlo como testigo. Una idea demencial porque no se cita a un abogado como testigo acerca de cosas relacionadas con el mandato de la defensa. Aparte el hecho de que hay casos en los que se puede invocar el secreto profesional, citar a un abogado es algo que no se hace. No es costumbre y basta.

Jamás había tenido ocasión de ver algo semejante. Tampoco sabía si el hecho de haber actuado como defensor en el juicio constituía un impedimento formal —una incompatibilidad, se dice— para declarar como testigo.

Y, por consiguiente, lo primero que hice fue echar un vistazo al código. Efectivamente, no estaba prevista ninguna incompatibilidad para el defensor del acusado, por lo que, desde un punto de vista totalmente teórico, era algo factible.

Era uno de esos casos en que sientes la necesidad de un consejo, del punto de vista de otro. Tal como me había ocurrido otras veces, me di cuenta de que no tenía a ningún compañero a quien consultar. Me fiaba de pocos y no era auténticamente amigo de nadie. Y eso era algo que exigía recurrir a un amigo que supiera de qué estábamos hablando. Y que supiera mantener la boca cerrada.

Sólo conseguí pensar en dos personas. Curiosamente, ambas ejercían como fiscales. Colaianni y Alessandra Mantovani.

No me apetecía volver a llamar a Colaianni y, en cambio, me pareció que sería una buena ocasión para hablar con Alessandra después de tanto tiempo. No la veía y no había vuelto a hablar con ella desde su partida de Bari para irse a la fiscalía de Palermo. Huía de algo, como muchos. Sólo que ella lo había hecho con mayor determinación.

Me contestó después de varios timbrazos cuando yo estaba a punto de colgar. Nos intercambiamos unos cuantos comentarios intrascendentes de esos que se utilizan para reanudar un antiguo contacto, para recrear una familiaridad un poco oxidada por falta de ejercicio.

—Me alegro de oírte, Guerrieri. A veces pienso que me tendría que haber hecho novia tuya. Mis asuntos me habrían ido mejor. En cambio, no hago más que conocer a gafes, lo cual, para una chica de cuarenta años, ya empieza a ser un problema grave.

Yo sí que soy gafe. Soy más gafe que el más gafe de éstos de quienes te haces novia. Y, además, soy un cabrón y, si supieras lo que hice anoche, estarías de acuerdo conmigo.

Pero no lo dije de esta manera. Dije que todavía estábamos a tiempo si de veras le gustaban los abogados de pasado dudoso y de presente incierto. Iría a Palermo, ella se libraría de los miembros de su escolta y a ver qué salía.

Ella se echó a reír. Después repitió que se alegraba de oírme y que ahora ya le podía decir el motivo de mi llamada. Se lo dije. Me escuchó con atención, pidiéndome algunas aclaraciones en algunas fases de mi relato. Cuando terminé, le pregunté qué le parecía mi idea.

—Es verdad. En teoría, la declaración del abogado es admisible. En concreto: dudo mucho de que te admitan aquella declaración si no les das un motivo (un *excelente* motivo) para hacerlo. Y tus sospechas no son un excelente motivo.

—Ya lo sé, mi primer problema era éste precisamente. Encontrar la manera de conseguir que admitieran la declaración.

—Tienes que solicitar el interrogatorio del acusado y pedir que la mujer sea llamada a declarar. Tendrán que explicar de dónde salió esta especie de abogado. Después puedes hacer un intento, aunque yo no apostaría demasiado sobre el resultado. Los jueces del recurso no quieren problemas.

—Supongamos que me admiten la declaración. En tu opinión, ¿él se puede negar a responder invocando el secreto profesional?

Lo pensó un poco antes de contestar.

—Yo diría que no. El secreto profesional es en beneficio del cliente. Lo podría invocar si la declaración fuera *en contra* de su excliente. Pero, planteada la cuestión en estos términos..., no sé si hay precedentes.

—Bueno, yo podría conseguir que mi cliente declarara que exime a su exabogado del vínculo del secreto.

—Ya. Eso tendría que ser suficiente para resolver la cuestión. De todos modos, yo haría una investigación jurídica y, antes de montar todo este número, me compraría un chaleco antibalas.

Tras la conversación, me sentí mejor de lo que me sentía unos cuantos minutos antes y mi idea me pareció mucho menos absurda.

Por la tarde tomé la bicicleta y me fui a la cárcel. Me costó un esfuerzo considerable porque la idea de ver a Paolicelli ni siquiera un día después de lo que había ocurrido no contribuía precisamente a mejorar mi autoestima.

Pero tenía que ir porque el plan de acción que había elaborado era un poco arriesgado. Y el riesgo era en gran parte suyo. Por consiguiente, tenía que explicárselo todo, asegurarme de que lo comprendiera bien y preguntarle si quería que hiciéramos aquel intento.

Cuando él entró en el locutorio, se materializaron en mi cabeza algunos fotogramas dispersos de la víspera, pero, por suerte, fue sólo un momento. Cuando empezamos a hablar, todo se desvaneció.

Le expliqué la idea. Le dije que era poco más que un intento. Le dije que no debería hacerse demasiadas ilusiones porque no era probable que el tribunal admitiera la declaración de Macrì y que era altamente improbable que, aunque la admitiera, pudiéramos resolver satisfactoriamente el caso. Sin embargo, en la situación en que nos encontrábamos, era la única alternativa a un acuerdo en el juicio de alzada. Y seguiría siendo una opción abierta hasta el día en que se celebrara la vista.

Él se limitó a hacer un gesto con la mano como para apartar un mosquito o desplazar un objeto de pequeño tamaño. Nada de acuerdos, quería decir.

Aquel gesto me gustó. Por la dignidad. Me sentí extrañamente solidario con él.

Puede que ésta fuera mi manera de digerir el sentido de la culpa. Éste acabará cayéndome simpático, pensé. Y me dije que, francamente, hubiera sido demasiado.

Así pues, seguí adelante y traté de explicarle lo que podríamos hacer para intentar jugar las pocas cartas que teníamos en la mano.

—La secuencia debería ser la siguiente: yo solicito su interrogatorio y la declaración de su esposa. El tribunal lo admite, en eso no tendría que haber ningún problema. Usted declara que no sabía nada de la droga. Reconoce haber asumido toda la responsabilidad en el momento de la detención porque quería mantener al margen a su mujer. Expone una hipótesis acerca de la manera en que alguien pudo haber colocado la droga en su automóvil. Después yo le pregunto acerca del abogado y usted explica de qué manera nació esta relación profesional. Su esposa nos cuenta la misma historia desde su punto de vista.

Lo miré a los ojos. Él me sostuvo la mirada con un matiz interrogativo. ¿Qué significaba mi mirada? Le dije lo que significaba.

—Naturalmente, se trata de un juego, ¿cómo diría?, peligroso. Caminamos sobre la cuerda floja. Tiene alguna esperanza de dar resultado sólo si usted me ha dicho toda la verdad. En caso contrario, tanto usted como yo corremos riesgos muy serios. Judiciales y sobre todo extrajudiciales, teniendo en cuenta las personas con las que

probablemente estamos tratando.

—He dicho la verdad. La droga no era mía. He cometido cabronadas en el pasado, pero aquella droga no era mía.

¿Qué cabronadas? La pregunta relampagueó por un instante en mi cabeza y después desapareció tan rauda como había llegado para dejar paso a la misma sensación de antes. Una simpatía que no deseaba sentir y que, sin embargo, se introducía a través de las grietas de mi conciencia como una especie de humo sutil.

Muy bien. Mejor seguir adelante.

—Tendré que interrogarlo acerca de las conversaciones que usted mantuvo con este abogado. En particular, y esto es lo más importante, tendré que preguntarle si usted quiso saber de qué manera apareció en el caso.

—Perdone, ¿en qué sentido?

—Le preguntaré si, tras haber conocido al abogado Macrì, le preguntó, la primera vez o las siguientes, quién se lo aconsejó a su esposa. ¿Está claro el porqué?

—Sí, sí, ahora lo entiendo.

—Es más, ya que estamos en ello, contésteme ahora a esta pregunta. Así empezaremos a centrarnos en el tema.

Se concentró, acariciándose la barbilla. La sala estaba en silencio y yo podía oír el rumor de sus dedos pasando a contrapelo por la barba.

—Creo que fue la segunda vez que nos reunimos. La primera vez ocurrió inmediatamente después de la detención, aún no había vuelto a ver a mi mujer y, por consiguiente, ella no me había dicho cómo había recibido la sugerencia. Y, en cualquier caso, aún estaba trastornado, no me sentía tranquilo. Después de la convalidación, tuve la primera entrevista y mi mujer me contó la historia de alguien que la abordó por la calle, delante de casa. Y, de esta manera, cuando Macrì fue a verme de nuevo unos cuantos días después, le pregunté si sabía quién le había sugerido su nombre a mi mujer.

—¿Y él qué dijo?

—Él dijo que no me preocupara por eso. Dijo que eran personas que querían ocuparse de mí y que se encargarían de todo. Se refería a sus honorarios y, en efecto, no hemos pagado nada. Algunas veces intenté preguntarle cuánto en caso de que yo tuviera que pagarle, pero él siempre me decía que no me preocupara.

—¿Obviamente nunca le dijo y ni siquiera le dio a entender quiénes eran estas personas?

—Obviamente no.

—Muy bien. Después me tendrá que hablar de las restantes conversaciones y, en particular, de aquella en la cual ustedes discutieron. Necesito que usted recuerde el mayor número posible de detalles y de elementos que avalen la credibilidad de sus declaraciones. Tenga un cuaderno en la celda y anote todos los detalles que convenga recordar. Incluso los insignificantes. ¿De acuerdo?

La entrevista había terminado y llamamos a los agentes de vigilancia que se lo

llevaron de nuevo a las entrañas de la cárcel. Mientras yo recorría al revés, entre cancelas, cerraduras y puertas blindadas, el camino de regreso al mundo exterior. Me sentía en un estado de ánimo contradictorio.

Por una parte, me seguía sintiendo un cabrón. Pero todos sabemos muy bien cómo buscarnos justificaciones, pretextos y escapatorias.

Me dije por tanto que, de acuerdo, había cometido un error, pero, en el balance total, estábamos más o menos empatados. A lo mejor, puede incluso que él estuviera en deuda conmigo. A lo mejor, puede que yo le estuviera salvando la vida. ¿Qué otro abogado hubiera hecho por él lo que yo estaba haciendo?

Mientras montaba en la bicicleta, me pregunté si Natsu volvería a recogerme a la salida del despacho o si me llamaría.

O si yo tendría el valor de llamarla a ella.

Siguieron unos días extraños. De una consistencia extraña. Suspendidos en el aire pero densos al mismo tiempo.

De vez en cuando, pensaba en Margherita. Algunas veces me preguntaba qué estaría haciendo. Si salía con alguien, si regresaría alguna vez. Los pensamientos se detenían en este punto. Nunca me preguntaba qué ocurriría si regresaba. Si pensaba que salía con alguien, experimentaba una punzada de celos, pero no duraba mucho. A veces por la noche me entraban ganas de llamarla, pero jamás lo hice.

Nos habíamos hablado por teléfono en los primeros meses de su ausencia. No habían sido unas llamadas demasiado largas y poco a poco, de una manera espontánea, habían cesado inmediatamente después de las vacaciones de Navidad. Ella se había quedado allí durante aquellas vacaciones y yo pensé que eso debía de significar algo. Enhorabuena, Guerrieri, un pensamiento muy agudo.

No me había apetecido profundizar en él.

Poco a poco fui retirando todas mis cosas de su apartamento. Cada vez que iba, me sentía observado, y no era una sensación agradable. Por consiguiente, recogía lo que necesitaba y me iba corriendo.

Por la tarde al salir del despacho, me iba al gimnasio o bien me entrenaba un poco en casa. Después cenaba y me ponía a leer o a escuchar música.

Ya no me interesaba la televisión. No es que nunca la hubiera mirado demasiado, pero ahora ya es que ni siquiera la encendía y habría podido vender el televisor sin darme cuenta del cambio.

Me pasaba dos horas seguidas leyendo y tomando apuntes. Había empezado a hacerlo después de aquella noche en casa de Natsu y de la lectura del libro acerca de la manumisión de las palabras, con la idea de que quizá más adelante podría intentar escribir. Quizá.

Cuando terminaba de leer y de tomar apuntes, me iba a la cama y enseguida me quedaba dormido.

Otras veces —cuando presentía que el sueño no llegaría—, salía a dar un paseo y a beber algo. Iba a sitios donde no me conocía nadie y evitaba los que había frecuentado con Margherita. Los locales como los *Magazzini d'oltremare*, donde seguramente me habría tropezado con alguien que me preguntaría qué hacía, dónde me había metido, por qué no estaba Margherita, etc.

A veces conocía a alguien y me pasaba horas escuchando las historias de desconocidos y desconocidas. Permanecía en suspenso en un territorio de mi conciencia enteramente ignorado. Una película en blanco y negro con una dramática y melancólica banda sonora en la cual destacaban los Green Day con *Boulevard of broken dreams*. Oía a menudo aquella canción y me resonaba casi obsesivamente en

la cabeza durante mis paseos nocturnos.

Una vez, en un pequeño bar de la ciudad vieja, conocí a una chica. Lara. Tenía veinticinco años, bajita de estatura, con un rostro hermoso e irregular, mirada arrogante y relámpagos febriles. Estaba haciendo un doctorado de investigación en literatura alemana, hablaba cuatro idiomas, su novio la acababa de dejar y ella se emborrachaba con método y determinación, bebiendo un vodka tras otro. Me habló de aquel novio, de sí misma, de su infancia, de la muerte de su madre. La atmósfera del bar era vagamente irreal. Pocas personas que hablaban casi en susurros, la cadena de música difundiéndose a bajo volumen la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvorák y en el aire un suave aroma de canela cuyo origen no conseguí identificar.

En determinado momento, Lara me pidió que la acompañara a su casa. Dije que muy bien y pagué la cuenta: un vodka para mí, cinco para ella. Caminamos por la ciudad hasta su casa, en el barrio de Madonnella.

El de Madonnella es un barrio extraño. Muy cercanos entre sí se pueden ver preciosos edificios y horribles colmenas, residencias de millonarios y chabolas ocupadas por camellos y otros habitantes del submundo. En algunos rincones de Madonnella te parece estar en otro lugar.

En Tánger, Marsella o Casablanca, otro lugar.

Delante de su portal, Lara me preguntó si quería subir. Dije que no, gracias. Quizás otra vez, añadí. En otra vida, pensé. Ella se me quedó mirando con asombro y después se echó a llorar. No lloraba por mi educada negativa, naturalmente. Me inspiraba una lejana ternura; la abracé y ella me abrazó y lloró sollozando con más fuerza.

Ciao, dijo muy rápido, apartándose de mí y entrando en el portal. Adiós, les dije yo unos cuantos segundos después al viejo portal de madera y a la calle desierta.

El día más difícil desde la partida de Margherita era el domingo. Salía, leía, me iba a pasear en coche fuera de la ciudad y después comía solo en algún restaurante donde no me conocía nadie. Por la tarde me iba al cine y después a vagabundear por la librería Feltrinelli. La tarde me la pasaba en casa, leyendo. Por la noche salía a menudo a dar otra vuelta o, algunas veces, de nuevo al cine.

Un domingo por la mañana —un día precioso, frío y con un sol deslumbrador, tres días antes de que empezara el juicio— no conseguí reprimirme y llamé a Natsu.

—¡Guido!

—... hola. Quería...

—Me alegro de que me hayas llamado. Me gustaría verte.

Siempre he envidiado la espontaneidad de ciertas personas —de ciertas mujeres, principalmente— y su capacidad de decir lo que piensan y lo que quieren. Yo jamás he podido. Siempre me he sentido inadecuado. Un intruso en una fiesta donde todos sabían cómo comportarse.

—A mí también. Mucho.

Hubo unos instantes de silencio. Pensaba lógicamente que, si me apetecía verla y puesto que era yo quien había llamado, hubiera podido esforzarme en hacer una propuesta. Al final, cedió. Debió de llegar a la conclusión de que yo era un caso incurable.

—Oye, como el día es tan bonito, voy a llevar a la niña al parque. Si te apetece, podrías ir allí.

—¿Parque de Largo Due Giugno?

—Sí. ¿Te parece bien dentro de una hora en el laguito?

Me parecía bien dentro de una hora en el laguito. Adiós, hasta ahora. Adiós.

Me vestí como alguien que se va solo a dar un paseo por el parque. Es decir, según la idea que yo tengo de alguien que se va solo a dar un paseo por el parque. Vaqueros, zapatillas de gimnasia, forro polar, chaleco de piel gastada.

Llegué antes con la bici. La enganché con una cadena a un enrejado y crucé una de las verjas de entrada al parque. Eran las once y había un montón de gente. Familias, muchachos con monopatines, adultos con monopatines, gente que practicaba *jogging* y otra que practicaba *feet-walking*, es decir, que caminaba. Pero con monos, calzado caro y rostros muy serios. Que quede claro que estamos practicando deporte, no dando un simple paseo. Las canchas de baloncesto estaban todas llenas y, en una explanada, había un grupo de muchachas en quimono. Eran todas cinturones negros, estaban ejecutando un *kata* de kárate y daba gusto verlas.

Di tres veces una vuelta completa por el parque para pasar el rato. Al final, vi a Natsu vestida más o menos como yo. A su lado, vestida con un plumón de color de

rosa, la niña jadeaba montada en una bicicleta.

Saludé con la mano y ella me devolvió alegremente el saludo de la misma manera.

—¿Te acuerdas de Guido, Anna?

Quién sabe si se acordaba de aquella noche, me pregunté. Pregunta estúpida, me contesté. No se había despertado en ningún momento y, por consiguiente, no se podía acordar de nada.

—Hola —dijo simplemente.

—Hola, Anna, ¿cómo estás?

—Bien. ¿Te gusta mi bici? Me la ha regalado mamá y ya puedo ir sin las ruedas de apoyo.

—No me digas, pues lo haces muy bien. A tu edad, yo ni siquiera me atrevía a quitar las ruedecitas de apoyo.

Me miró un instante para tratar de comprender si le estaba tomando el pelo. Después llegó a la conclusión de que efectivamente parecía un sujeto que había tenido problemas para quitar las ruedas de apoyo de la bicicleta.

—¿Y por qué vienes al parque? ¿Has venido con tus niños?

—No tengo niños.

—¿Por qué?

Porque fui demasiado cobarde para hacerlos cuando era el momento.

—Guido no está casado, cielo. Cuando decida casarse, también tendrá niños.

Pues claro. Lo prometo.

La niña se alejó con la bicicleta. Natsu y yo la seguimos, caminando despacio.

Pasamos por delante de un pequeño quiosco de helados y bebidas.

—Mamá, ¿me compras un helado?

—Cariño, si nos tomamos un helado, después no vas a comer.

—Anda, mami. Un helado pequeñito. El más pequeño de todos. Por favor.

Natsu iba a decir algo, pero su expresión era la de alguien que está a punto de darse por vencido. Entonces le pregunté si me permitía comprarle yo el helado a la niña. Ella se encogió de hombros.

—Pero pequeño.

De acuerdo. Pequeño.

Le dije a la niña que me acompañara y ella me siguió dócilmente. Natsu esperó a cierta distancia.

Por unos segundos —justo el tiempo de ir juntos al quiosco, decirle que eligiera el helado, pagarlo, tomarlo y ofrecérselo—, experimenté una emoción común, absurda y perfecta.

Yo era el papá de aquella niña. Habíamos ido todos juntos —ella, su mamá y su papá— a dar una vuelta por el parque. Le estaba comprando un helado.

Me estoy volviendo loco, me dije. Y no me importaba lo más mínimo. Me alegraba de estar allí, de que *estuviéramos* allí, y no me importaba en absoluto.

La niña aceptó el helado, me dijo que le fuera a buscar la bicicleta y, de esta manera, reanudamos nuestro paseo por los caminos los tres juntos. Como una familia.

—Anna tiene una fiesta esta tarde —dijo Natsu.

—Ah —dije con la más estúpida de mis expresiones.

—Si no tienes otros compromisos, podría venir a verte a tu casa después de haberla dejado en casa de su amiguita. ¿Qué dices?

Pensé que faltaban tres días para el comienzo del juicio.

Dije que no tenía otros compromisos.

Fui a ver a Paolicelli la víspera de la vista. Cuando entró en el locutorio, observé que su aspecto era particularmente abatido.

—He venido para poner a punto los detalles. Y, en primer lugar, para decidir definitivamente lo que vamos a hacer. Hasta mañana por la mañana, todavía estamos a tiempo para un acuerdo sobre la pena que aplicar.

—Estoy haciendo una chorrada, ¿verdad? Tendría que pactar y limitar los daños, ¿es así? Me caerá encima una confirmación de la condena y saldré cualquiera sabe cuándo.

—Bueno, no es así exactamente. Pero, claro, la situación es la que ya hemos comentado varias veces. Con el acuerdo, usted saldrá dentro de unos cuantos años, por lo menos en libertad vigilada.

—En las últimas semanas estaba deseando que llegara el momento del juicio y me parecía que no tenía ninguna duda. Ahora no sé qué hacer y me muero de miedo. ¿Qué tengo que hacer?

Pues mira, lo siento, pero comprenderás que no puedo ser yo quien te lo diga. Yo soy un profesional, tengo que exponerte las alternativas desde un punto de vista técnico, pero con cierto distanciamiento. Tengo que plantearte las probabilidades de un resultado en comparación con las de otro. Pero después la elección la tienes que hacer tú. Yo no puedo asumir esta responsabilidad.

No dije nada de toda esta mierda. Permanecí sólo unos cuantos segundos en silencio antes de contestarle. Y, cuando hablé, me pareció que la voz y las palabras no eran mías.

—Yo digo: vamos a juicio. Si la droga no era suya (y yo le creo), no es justo que usted esté en la cárcel y lo tenemos que sacar, lo tenemos que intentar, utilizando todos los medios posibles. Si la droga era suya, éste es el último momento bueno para decírmelo. Yo no estoy aquí para juzgarle. Dígamelo, y mañana llegamos al mejor acuerdo posible acerca de la pena que aplicar.

El otro me miró a los ojos. Yo le devolví la mirada y me pareció que un brillo se encendía en los suyos.

—Vayamos a juicio.

Eso fue todo.

Le expliqué brevemente lo que ocurriría al día siguiente y le dije que el interrogatorio tendría lugar en la vista sucesiva. Después le pregunté si tenía alguna pregunta, pero, por suerte, no tenía ninguna. Así pues, me despedí de él —nos vemos mañana en el juzgado— y me fui.

Al salir de la cárcel, estaba a punto de volver a encender el móvil, pero lo pensé mejor. Mejor evitar cualquier riesgo, cualquier tentación, por lo menos aquella noche.

Para lo que pudiera servir.

Ni siquiera me apetecía emprenderla a puñetazos con el saco, por lo que, al llegar a casa, me preparé un bocadillo, me lo comí y salí a dar una vuelta sin cambiarme siquiera.

En un santiamén me planté en las calles del barrio de la Libertà. Unos lugares que me recordaban antiguas historias y una época de mi vida alrededor de los veinte años en la que las cosas parecían más sencillas.

Me detuve distraídamente delante de la entrada de una especie de club privado. Se oían desde el interior unas voces hablando en dialecto. Unos siete, ocho hombres permanecían sentados alrededor de una mesa. Hablaban en voz alta y gesticulaban entre sí atropellándose los unos a los otros. A un lado, en el suelo, dos cajas de cerveza Peroni.

Estaban jugando a la cerveza. Es más, para utilizar el término técnico: estaban *menando la birra*, zurrando la cerveza. Un camino intermedio entre el juego y el rito tribal que se practica con una baraja de cartas napolitanas y distintas botellas de cerveza.

—¡Abogado Guerrieri!

Tonino Lopez, famoso perista con un certificado de antecedentes penales del tamaño de un pequeño volumen. Cliente mío desde hacía unos diez años.

Su trabajo oficial, en los intervalos entre una y otra detención, era el de verdulero y —puesto que, por ignorados motivos, yo le caía especialmente simpático— cada dos o tres meses me enviaba al despacho una caja de fruta o de alcachofas o un tarro de aceitunas en salmuera o dos botellas de vino de pueblo. Cada vez lo llamaba a la tienda para darle las gracias y cada vez, invariablemente, me contestaba de la misma manera.

—A su disposición, *avvocà*. Para usted, siempre a su disposición.

Tonino se levantó de la sillita plegable de madera, se me acercó y me tendió la mano.

—Estamos *menando la birra*, *avvocà*. No querrá sentarse, ¿verdad?

No lo pensé dos veces. Di las gracias y entré. En el aire se aspiraban unos densos efluvios de alcohol, de humo y de humanidad variada. Lopez me presentó a los demás. Casi todos ellos eran rostros ya vistos por las calles del barrio y en los pasillos de los juzgados. Alguien dijo buenas noches y otros saludaron con una inclinación de la cabeza. Nadie dio muestras de sorprenderse de mi llegada, de mi corbata, de mi traje gris de abogado.

Tonino tomó otra silla plegable apoyada contra la pared, la abrió y la colocó al lado de la suya. Después sacó una cerveza de la caja, la destapó y me la ofreció.

—Siéntese, abogado. Acepte una cerveza.

Tomé la cerveza y me la bebí hasta la mitad sin apartar la boca. Eso le gustó mucho a Tonino, lo vi por la expresión de su rostro. Había bebido como un hombre. Pensé que sería mejor quitarme la corbata. Lo hice mientras miraba a mi alrededor. Era una pequeña estancia desnuda con una sola puertecita de madera desconchada en el lado contrario a la calle. En las sucias paredes sólo había dos carteles de fútbol: uno con la fotografía del Bari de tiempos mejores; otro con Roberto Baggio luciendo la camiseta azul en plena jugada.

Me terminé la cerveza de otros dos sorbos, Tonino abrió otra y me la ofreció.

—¿Usted sabe jugar a la *birra*, *avvocà*?

Me bebí un buen sorbo de la segunda cerveza. Eché un vistazo a los marlboro rojos que había encima de la mesa y experimenté el impulso de coger uno. No sé cómo y, sobre todo, no sé por qué no lo hice. Y, a decir verdad, nunca supe realmente por qué motivo dejé de fumar. Me volví hacia Tonino.

—Un poco. Durante la mili jugábamos con unos chicos de Iapigia y de San Pasquale.

—Pues entonces, juegue con nosotros.

Una idea genial. Nos encontrábamos prácticamente en la calle. Podía pasar tranquilamente algún conocido y verme sin corbata entre algunos de los mejores sujetos con antecedentes penales de la zona. Emborrachándome de cerveza, soltando eructos y discutiendo y peleando acerca de las opciones estratégicas del juego. Al final, podía estallar incluso una buena reyerta, volar algún navajazo y, con un poco de suerte, me podía pasar la noche en un calabozo de seguridad de los carabinieri o de la comisaría. Una parábola perfecta.

—Pues vamos a jugar —contesté, con un estremecimiento elemental. Y a quién coño le importa, pensé al mismo tiempo.

Jugué con ellos un par de horas, me bebí un montón de cervezas y me fui cuando se fueron todos los demás. Llevaba una tajada tan grande como todos los demás y me sentía libre y ligero.

Todos fueron muy amables conmigo a la hora de la despedida. Casi cariñosos. Era como si hubiera superado brillantemente un ritual de iniciación. Un sujeto con una barriga tan inmensa que parecía falsa incluso me abrazó y me besó en las mejillas. Sentí el contacto elástico de su barrigón, el olor de la cerveza, del humo y del sudor.

—*Si' prop' fort', avv'cat'*, hay que ver lo que aguantas, abogado —me dijo antes de dar media vuelta y alejarse haciendo eses.

Yo también me alejé haciendo eses y, en algún lugar del camino de mi casa, me puse a cantar. Cantaba antiguas canciones de los años setenta y pensaba que tenía que haber algún significado en todo aquello que me estaba ocurriendo.

Por suerte, estaba demasiado borracho como para encontrar aquel significado.

Entré en la sala del Tribunal Superior de Justicia tras haber echado un vistazo a la hoja fijada a la puerta en la que figuraba la lista de los juicios que se iban a celebrar aquella mañana.

Había la habitual acumulación de despojos —hurtos de menor cuantía, infracciones inmobiliarias, comercio de objetos robados— que se despacharían al ritmo de un juicio por minuto, con un presidente que miraba con el ceño fruncido a los abogados y al mismísimo fiscal cada vez que se atrevían a decir una sola palabra más de lo estrictamente indispensable. Lo cual era, por otra parte, dos palabras más que el silencio.

El mío era, al parecer, el único juicio con el acusado detenido y, por consiguiente, por regla general, habría tenido que disfrutar de preferencia. Por regla general, porque después hacían de hecho lo que les daba la gana.

Eran las nueve y treinta, es decir, el horario teórico del comienzo del juicio. Obviamente, no había nadie todavía. Había querido llegar puntual porque me gustan las salas de justicia desiertas, y el hecho de permanecer allí sentado sin hacer nada me ayuda a concentrarme. Me gusta aquella sensación de espera. Es como la sensación que uno experimenta cuando sale de casa por la mañana temprano, cuando no hay nadie todavía por las calles. Cuando te sientas en un bar por la zona del puerto, tomas tu café o tu capuchino y esperas. Las calles se van llenando poco a poco y tú experimentas una sensación de conciencia y de pertenencia a algo fugaz y eterno.

Sentarse en un banco de una sala de justicia desierta produce una sensación parecida. Te parece que formas parte de algo. Algo importante, sano y ordenado.

Pero no hay que preocuparse. Desaparece rápidamente —alrededor de las diez menos cuarto, si queremos concretar el horario— cuando la sala se empieza a llenar.

—Pero, bueno, Guerrie'. ¿Qué has hecho, has dormido aquí?

Precisamente.

La voz en inestable equilibrio entre un italiano incierto y un dialecto barés pertenecía a Castellano. Jamás conseguía recordar su nombre de pila. Defendía exclusivamente a ladrones —de todo tipo: desvalijadores de automóviles, de viviendas, carteristas, tironeros— y pequeños traficantes de droga. Había sido compañero mío de curso en la universidad, pero eso no significaba absolutamente nada desde el punto de vista de una relación personal, puesto que éramos más de mil alumnos.

Bajo, fornido, cuello de toro, casi completamente calvo a excepción de los mechones a ambos lados de la cabeza que le caían sobre las orejas. Otros pelos le asomaban por el cuello de la camisa siempre desabrochada y con la corbata torcida.

No era exactamente el sujeto con quien hubieras podido hablar de Emily

Dickinson o del problema estético en Tomás de Aquino. Cada dos o tres palabras decía «coño» y, en las pausas de las vistas —y a decir verdad, también *durante* las vistas—, le gustaba expresar públicamente sus fantasías eróticas acerca de cualquier criatura de sexo femenino que se encontrara situada en su campo visual. No hacía discriminaciones y, en el centro de sus poco románticos sueños, podía haber indiferentemente auxiliares, secretarias, magistradas, acusadas. El hecho de que fueran guapas o feas, jóvenes o ancianas, no constituía ninguna diferencia.

Le contesté con una vaga sonrisa en los labios, confiando en que se diera por satisfecho y rezando para que no decidiera sentarse cerca de mí para entablar una buena conversación. Mis plegarias no fueron escuchadas. Depositó la cartera en el banco y se sentó, soltando un bufido.

—¿Qué me cuentas, Guerrie', todo bien?

Dije que sí, gracias, todo bien. Lo dije mientras rebuscaba en mi cartera, simulando estar muy atareado. Fue un intento inútil: Castellano ni siquiera se dio cuenta, me explicó que aquella mañana juzgaban a dos viejos clientes suyos a los que les habían caído encima cuatro años por barba por toda una serie de robos por el método del tirón y me preguntó si sabía quiénes integraban el tribunal. Si los jueces eran buenos, aceptaría la celebración del juicio, en caso contrario, concertaría un acuerdo sobre las penas que aplicar. Le dije quiénes eran los jueces y él, tras haberlo pensado un poco, dijo que no merecía la pena correr riesgos con ellos. Concertaría un acuerdo y, de esta manera, despacharía antes el asunto. ¿Y yo qué tenía aquella mañana?

Ah, ¿tenía a un *droguero*? ¿Y a cuánto lo habían condenado en primera instancia? ¿Dieciséis años? Coño, ¿y qué había hecho para que le cayeran dieciséis años? ¿Quién coño era, el capo del cártel de Medellín? Bueno, en todo caso, a quién coño le importan estos hijoputas, lo importante es que pagan. Una vez agotada la cuestión de los respectivos compromisos judiciales, Castellano cambió de tema.

—Guerrieri, ¿sabes que me he puesto en el despacho la conexión de alta velocidad a internet? Es increíble, hasta se pueden descargar películas.

No me cabía la menor duda acerca de la clase de películas que Castellano se descargaba en internet.

—Ayer me descargué un porno bestial. Después recibí a un cliente y, mientras él hablaba, yo miraba la peli. Había quitado el audio, claro.

Después me aclaró con todo detalle, por si yo no fuera un hombre de mundo, el uso que hacía de aquellas películas cuando en el despacho o en casa no había nadie que pudiera tocarle los cojones. Y lo ideal para eso eran los ordenadores portátiles que te podías llevar incluso a la cama, no sé si me explico.

Seré bueno, me dije mentalmente. Si alguien o algo aparece de inmediato para salvarme de este obseso, juro que seré bueno. Me comeré las espinacas, no diré palabrotas, no colocaré bombas fétidas en clase de catecismo.

Esta vez fui escuchado. Sonó su móvil y él se apartó para contestar.

Un par de minutos después —ahora ya eran casi las diez— entró el fiscal en la sala.

Montaruli, uno muy bueno. Antes de su traslado a la Fiscalía General, se había pasado muchos años ejerciendo como un excelente fiscal sustituto, consiguiendo la detención y la condena de centenares de delincuentes comunes y de ladrones de cuello blanco. Algunos de ellos defendidos por mí.

Un trabajo que no se puede hacer durante demasiado tiempo. Existe para todo el mundo un punto crítico en el cual te das cuenta de que ya tienes suficiente. Él también lo había alcanzado y, de esta manera, pasados los cincuenta, había decidido irse a descansar a la Fiscalía General. Un cargo en el que, cómo diría, no te matas trabajando.

Me levanté para saludarlo.

—Buenos días, señor fiscal.

—Buenos días, abogado. ¿Cómo está?

—Estupendamente bien. Mi cliente es el que tiene algún problema.

—¿De qué juicio se trata?

—Paolicelli. La droga de Montenegro.

Puso una cara muy elocuente. Por supuesto que mi cliente se encontraba en apuros, significaba. Queríamos llegar a un acuerdo, naturalmente. ¿No? Ahora su expresión se había vuelto moderadamente inquisitiva. ¿Qué demonios pensaba hacer en un juicio sin historia como aquél? Tras un instante de titubeo, le dije lo que pensaba hacer, omitiendo algunos detalles. Le dije que Paolicelli se declaraba inocente, que afirmaba haber sido engañado, que yo le creía y quería intentar conseguir su absolución.

Me escuchó amablemente, sin decir nada hasta que yo terminé.

—Si su cliente dice la verdad, se encuentra verdaderamente en una situación muy grave. Y yo no quisiera estar en la piel de su abogado.

Estaba a punto de contestarle que yo tampoco habría querido estar en la piel del abogado de Paolicelli cuando los murmullos de la sala quedaron interrumpidos por el sonido del timbre. Estaban entrando los miembros del tribunal.

Los tres jueces entraron tras haber sonado por segunda vez el timbre. Aquello no era, ¿cómo diría?, un colegio de chavales. El más joven —Girardi— pasaba de los sesenta y, al presidente —Mirenghi—, le faltaba poco más de un año para la jubilación.

El tercero —Russo— solía quedarse dormido unos minutos después del comienzo de la vista y se despertaba en el momento de marcharse. Era bastante conocido por eso y, en mi lista de clasificación del aprecio profesional por los jueces, no ocupaba precisamente los primeros lugares.

No eran ni buenos ni malos desde mi punto de vista. Esencialmente no querían problemas, pero en el Tribunal Superior de Justicia había cosas peores. Y también mejores, a decir verdad, aunque, en resumidas cuentas, no me podía quejar.

Despacharon rápidamente los aplazamientos y un par de acuerdos, incluido el de mi compañero Castellano. Después, el presidente le preguntó a la secretaria del tribunal si había llegado la escolta de la policía penitenciaria con el acusado Paolicelli. La secretaria dijo que sí, que ya habían llegado y estaban esperando en las celdas de seguridad.

Las celdas de seguridad se encuentran situadas en los sótanos del Palacio de Justicia.

Cada vez que las oigo mencionar, acude a mi memoria la única vez que estuve allí. Había un cliente mío que había pedido hablar urgentemente conmigo antes de que empezara la audiencia. El ministerio público me había autorizado a bajar con los miembros de la escolta para celebrar la entrevista. Mi cliente era un atracador que comprendía la necesidad de colaborar con la justicia, pero que, antes de saltar el foso, quería hablar conmigo.

Conservo el recuerdo de aquel mundo subterráneo y abstracto. Había un pasillo con un tubo de neón defectuoso que se encendía y apagaba intermitentemente. A ambos lados, unas celdas que parecían jaulas de animales de cría intensiva. Anfractuosidades de una pesadilla de las cuales podía surgir repentinamente una zarpa dispuesta a agarrarte. Olor a humedad, moho y gasóleo. Ruidos amortiguados y preñados de amenazas. Paredes sucias y desconchadas. La sensación de que las reglas normales allí abajo no funcionaban. De que había otras, desconocidas y angustiosas.

Pensé que estábamos a sólo pocos metros del llamado mundo normal y me pregunté cuántos mundos subterráneos y temibles como aquel habría yo tocado de refilón en mi vida.

No fue una sensación agradable y me sentí mejor sólo cuando regresé a la conocida escualidez de la sala de la audiencia.

Los agentes acompañaron a Paolicelli a la jaula y, cuando éste estuvo dentro, le quitaron las esposas a través de los barrotes. Me acerqué a saludarlo y, mientras le estrechaba la mano, le pregunté como de costumbre si seguíamos estando de acuerdo acerca de la estrategia que seguir. Me dijo que sí, que estábamos de acuerdo. El presidente dijo que podíamos empezar, regresé a mi sitio, me puse la toga y, un momento antes de las formalidades de apertura, pensé en Natsu, en la niña, en el paseo por el parque. Y en lo que había ocurrido después.

El propio presidente se encargó de hacer la relación preliminar y no tardó más de cinco minutos. A continuación se dirigió a mí y al ministerio público, preguntando si había por casualidad alguna petición de acuerdo.

Montaruli apenas abrió las manos y meneó ligeramente la cabeza. Yo me levanté, ajustándome la toga sobre los hombros.

—No, señor presidente. No hemos presentado ninguna petición de acuerdo. Tengo, por el contrario, que presentar algunas peticiones de renovación parcial de la instrucción del debate.

Mirenghi arrugó la frente. Girardi levantó la vista del expediente que estaba examinando. Russo estaba tratando de encontrar la mejor posición para quedarse traspuesto y no dio muestras de haberse enterado de nada.

—El señor Paolicelli, sobre la base de una opinable estrategia defensiva, jamás ha tenido intención de someterse al interrogatorio. Ahora consideramos que fue una elección equivocada. Consideramos indispensable dar a conocer al tribunal la versión del acusado tanto de los hechos que son el objeto específico de la acusación como de los acontecimientos que ocurrieron posteriormente. En la misma perspectiva y con las mismas finalidades probatorias, pedimos también el interrogatorio testimonial de la señora Natsu Kawabata, cónyuge de Paolicelli.

Hice una pausa de unos instantes. El presidente y Girardi me estaban escuchando. Russo se estaba inclinando lentamente hacia un lado. Todo se estaba desarrollando con normalidad, hasta aquel momento.

—Además de la petición de interrogatorio del acusado y del interrogatorio testimonial de su esposa, tenemos también otra petición. Es una petición que me cuesta mucho formular y muy pronto comprenderán ustedes el porqué. En los días pasados mi cliente me ha revelado algunos datos acerca de su relación con su anterior defensor y, concretamente, acerca del contenido de algunas entrevistas con dicho defensor. El señor Paolicelli me ha revelado (y, naturalmente, revelará ante este tribunal cuando sea sometido a interrogatorio) que su anterior defensor tuvo ocasión de darle a entender que conocía a los verdaderos responsables del tráfico ilegal por el que Paolicelli fue inicialmente detenido y posteriormente condenado. Es evidente la importancia de semejante información cuya fiabilidad tendrá que ser sometida como es lógico a un cuidadoso examen. Pero, para ser evaluada, semejante información

también deberá ser obtenida lógicamente a través del interesado directo, es decir, el abogado Macrì, a quien solicito por tanto oír como testigo ante este tribunal.

»Huelga decir que estas peticiones de renovación de la instrucción del debate no se habían previsto en el recurso porque éste había sido redactado por el anterior defensor y, por consiguiente, dentro del cuadro de una estrategia defensiva radicalmente distinta. En todo caso, tal como el tribunal comprenderá fácilmente, se trata de unas tareas instructorias cuyo cumplimiento se podría ordenar de oficio en aplicación del modelo a que se refiere el artículo 603 coma tercero del código de procedimiento penal. Sobre la base de las declaraciones que el acusado pueda efectuar en el transcurso de su interrogatorio, comprobarán ustedes mismos la absoluta necesidad de la integración probatoria que solicitamos.

Ya estaba hecho. Sólo tras haber terminado de hablar, mientras el presidente pedía al ministerio público que replicara a mis peticiones, me di cuenta, plenamente y con absoluta lucidez, de lo que estaba a punto de poner en marcha.

Aparte las reglas escritas —las del código y las de las sentencias que lo interpretan—, tanto en los juicios como en las salas de los tribunales, existe toda una serie de reglas tácitas. Estas últimas se respetan con mucha más atención y mucho más cuidado. Y entre ellas figura una que dice más o menos: un abogado no defiende a un cliente, arrojando al mar a un compañero. Eso no se hace y basta. Normalmente, el que transgrede estas reglas, de una manera o de otra, lo paga.

O, por lo menos, alguien trata de hacérselo pagar.

Montaruli se levantó y expuso su réplica.

—Señor presidente, yo diría que se trata (por lo menos, por lo que se refiere a la petición de audición del anterior defensor como testigo) de una hipótesis un tanto insólita de renovación del debate. Creo que existen varios obstáculos jurídicos, antes incluso que de mérito, a la admisión de la petición de declaración del exdefensor. Enumero muy sintéticamente estos posibles obstáculos jurídicos: en primer lugar, y si he comprendido bien, de las sumarias indicaciones que nos ha facilitado el abogado Guerrieri, parece poder deducirse la existencia de un caso especial de representación infiel del cual parece ser que se hizo responsable el anterior defensor. En esta hipótesis, sería imposible interrogar al susodicho defensor como testigo puesto que, en definitiva, se le estaría llamado a prestar unas declaraciones autoinculpatórias. En segundo lugar, creo que subsistiría en cualquier caso una situación de incompatibilidad de declarar conforme al artículo 197 del código de procedimiento penal. Por último y ya termino, considero que en cualquier caso el susodicho abogado podría invocar el secreto profesional de conformidad con el artículo 200. Por todas estas razones, me opongo a la admisión de la declaración testimonial del abogado Macrì mientras que no tengo ninguna objeción que hacer a las otras peticiones. El interrogatorio del acusado y la declaración de la esposa.

El presidente murmuró algo al oído del juez Girardi. Ni siquiera se volvió hacia Russo. Yo me levanté y pedí la palabra.

—Señor presidente, quisiera hacer algunas observaciones a lo que acaba de decir el señor fiscal general.

—¿Acerca de qué concretamente, abogado Guerrieri?

—Acerca de los perfiles de presunta inadmisibilidad de la declaración del abogado Macrì.

—En caso necesario, hará usted estas observaciones en un segundo momento. Por ahora, admitimos el interrogatorio de su cliente y la declaración de la señora. Nos reservamos, tras la conclusión de estos actos, la decisión acerca de la otra petición relativa a la instrucción.

Después, sin que yo pudiera añadir nada más, dictó el auto a la secretaria.

—El Tribunal, considerada la admisibilidad del interrogatorio del acusado y la de la declaración del cónyuge; considerando que acerca de la petición de declaración del abogado Macrì el Estado no puede, en cambio, adoptar una decisión, teniendo en cuenta la necesidad de valorar los perfiles de efectiva relevancia de conformidad con el resultado del susodicho interrogatorio; admite el interrogatorio y la declaración y reserva al resultado de ambos actos cualquier eventual y ulterior decisión relativa a la instrucción.

Me parecía correcto, en definitiva. Probablemente yo en su lugar hubiera hecho lo mismo, pensé.

El presidente se dirigió nuevamente a mí.

—Abogado Guerrieri, ¿cuánto tiempo cree que será necesario para el interrogatorio de su cliente? Si es algo que podemos despachar en pocos minutos, procedamos ahora mismo. En caso contrario, puesto que hoy tendremos que cerrar pronto la audiencia por un compromiso personal mío, conviene efectuar un aplazamiento.

—Señor presidente, no creo que sea un procedimiento muy largo, pero yo diría que pocos minutos no bastan. Es mejor efectuar un breve aplazamiento.

Mirengi no hizo comentarios, ordenó para que constara en acta el aplazamiento para de allí a una semana y después dijo que el tribunal se retiraba para una suspensión de cinco minutos.

Me estaba acercando a Paolicelli para decirle que las cosas estaban marchando más o menos según lo previsto cuando advertí que su mirada se desplazaba hacia la entrada de la sala. Me volví y vi que estaba entrando Natsu.

No me ruborizaba de aquella manera desde que era pequeño. Era la primera vez, desde que empezara toda aquella historia, que nos encontrábamos los tres juntos en el mismo espacio físico. Natsu, su marido y yo.

Paolicelli me llamó. Yo me demoré unos cuantos segundos para que se desvaneciera o, por lo menos, se atenuara el rubor, y después me encaminé hacia la jaula.

Quería saludar a su mujer y era necesario que los agentes de la policía penitenciaria le permitieran acercarse. Le pregunté a Montaruli y éste autorizó un

breve coloquio entre el detenido y su mujer. Normalmente no hubiera sido posible — las entrevistas tienen un número determinado y se celebran en la cárcel—, pero por costumbre los fiscales que no sean unos perfectos desalmados, acceden a estas excepciones durante las pausas de las audiencias.

Natsu se acercó a la jaula y él le tomó las manos a través de los barrotes. Las estrechó entre las suyas diciendo algo que, por suerte, yo no pude oír. Dos punzadas me recorrieron simultáneamente el cuerpo: celos y sentido de culpa. Eran muy distintas, pero me hicieron daño de la misma manera.

Tuve que abandonar la sala para vencer la sensación de que todos me estaban mirando a la cara y podían leer en ella lo que me estaba ocurriendo por dentro.

Unos cuantos minutos después, la escolta pasó por delante de mí, llevándose esposado a Paolicelli. Me saludó con una especie de leve sonrisa, levantando las manos unidas por las esposas.

La tarde anterior a la segunda vista fui a ver a Paolicelli a la cárcel. Le expliqué lo que iba a ocurrir a la mañana siguiente —empezaría con la declaración de su mujer y, a continuación, procederíamos a su interrogatorio—, le dije cómo tendría que comportarse, recapitulamos las preguntas que yo le haría y las respuestas que él me tendría que dar.

No se trató de un asunto muy largo y terminamos en menos de media hora.

Cuando me estaba guardando los papeles en la cartera y preparándome para marcharme, Paolicelli me preguntó si me molestaría quedarme todavía unos diez minutos para charlar un poco con él. Me lo dijo exactamente así: «No le apetecería quedarse a charlar un poco conmigo, ¿verdad?».

No conseguí dominar el asombro que se reflejó súbitamente en mi rostro y, obviamente, el otro se dio cuenta.

—Perdón, perdón. Es absurdo, no sé cómo se me ha ocurrido...

Lo interrumpí con un torpe gesto de la mano, como para decirle que no se justificara.

—No es absurdo. Sé muy bien lo terriblemente solo que se puede sentir uno en la cárcel.

Me miró a los ojos; por un instante, se cubrió la cara con las manos; lanzó un suspiro casi violento, preñado de sufrimiento, pero también de una especie de alivio.

—A veces, me parece que me estoy volviendo loco. Creo que jamás saldré de aquí. Ya no volveré a ver a mi niña, mi mujer conocerá a otro y se hará una nueva vida...

—Vi a su niña. Una tarde su esposa la llevó consigo a mi despacho. Es tan bonita que te corta la respiración.

No sé por qué lo dije. Tal vez fuera una manera de interrumpir aquella frase y hacer más soportable mi sentido de culpa. O tal vez fuera otra cosa. El caso es que las palabras se me escaparon independientemente de mi control.

Toda la situación era independiente de mi control.

El otro buscó unas palabras para contestar, pero no las encontró. Entonces frunció los labios mientras un destello se encendía en sus ojos. No aparté la mirada tal como hubiera hecho habitualmente. En su lugar, alargué un brazo a través de la mesa y le apoyé la mano en el hombro. Mientras lo hacía, pensé con toda claridad en las veces en que había soñado con ponerle las manos encima algún día.

Todo esto no tiene sentido, me dije.

—¿Cómo se entretiene aquí dentro? —le pregunté.

Antes de contestar, se frotó los ojos e inspiró con la nariz.

—He tenido bastante suerte. Trabajo en la enfermería y esto me ayuda. Una parte

del día pasa bastante rápido. Después, durante el tiempo libre...

Se dio cuenta de la paradoja mientras pronunciaba aquellas palabras. *Tiempo libre*. Me pareció que estaba a punto de hacer un comentario ingenioso, pero después debió de pensar que no sería divertido y ni siquiera original. Entonces se limitó a hacer un gesto de cansancio antes de seguir adelante.

—... en fin, cuando no trabajo, procuro hacer un poco de ejercicio, ya sabe, flexiones, estiramientos, cosas de este tipo, y después leo.

Vaya, hombre, pensé. Lo que faltaba. Un fascista que lee. ¿Tienen a Julius Evola aquí en la cárcel? ¿O tal vez una antología de párrafos escogidos de *Mein Kampf*?

—¿Qué lee?

—Todo lo que encuentro. Ahora estoy leyendo la biografía de Nelson Mandela. *El largo camino hacia la libertad*. Suena bien para alguien que se encuentre en mi situación. ¿A usted le gusta leer, abogado?

Pensé que hubiera tenido que decirle que nos tratáramos de tú. Que aquel «usted» era absurdo, teniendo en cuenta todo lo que había y había habido entre nosotros. Sólo que él no sabía lo que había y lo que había habido entre todos nosotros. Ni jamás lo sabría, probablemente.

—Sí, me gusta mucho.

—¿Y qué está leyendo ahora?

La traducción italiana de la obra de Robert Hopke *There are no Accidents*, estaba leyendo. Y, en el preciso instante en que contestaba a su pregunta y pronunciaba aquel título, me pareció que todo adquiría un claro y nítido significado. Es más, me pareció que aquel significado claro y nítido siempre había estado ahí, como la carta robada de Poe, y que yo simplemente no había sido capaz de captarlo. Porque era demasiado evidente.

Su voz lo disolvió todo antes de que yo consiguiera encontrar las palabras para fijar aquel significado y recordarlo.

—¿Es una novela?

—No, es un ensayo de un psicoanalista jungiano. Habla de las casualidades, de las coincidencias y de las historias que nos contamos. Precisamente para conferir un significado a las casualidades y a las coincidencias. Es un libro muy bonito, un libro acerca de la investigación del significado y acerca de las historias.

Y después, tras una breve pausa, añadió:

—A mí me gustan mucho las historias.

¿Por qué le estaba diciendo aquellas cosas? ¿Por qué le decía que me gustaban las historias? ¿Por qué le contaba mis asuntos?

Seguimos hablando. Todavía un poco acerca de los libros y después de deporte. Él jamás hubiera adivinado la cuestión del boxeo —dijo—, yo no daba la imagen y, además, ni siquiera tenía la nariz rota. Él, en cambio, jugaba al tenis, y bastante bien, por cierto. Sólo que en la cárcel no había canchas y puede que por eso su revés no estuviera ahora en su mejor momento. Ahora estaba más relajado y el comentario le

salió con cierta soltura. Recordé que en nuestra primera reunión me había dicho que en la cárcel había vuelto a fumar, aunque yo jamás lo había visto encender un cigarrillo.

¿Cómo era posible?, le pregunté. No quería que yo me sintiera incómodo — contestó—, sabiendo que yo había dejado de fumar. Le dije que muchas gracias, pero que, a aquellas alturas, el humo ya no me molestaba. *Casi nunca*, pensé sin decirlo. Él asintió con la cabeza y después añadió que, de todos modos, seguiría sin fumar durante nuestras entrevistas. Lo prefería así.

Del humo pasamos a la música.

—Es una de las cosas que más echo de menos, la música.

—¿Quiere decir escucharla o tocarla?

Él sonrió, encogiéndose ligeramente de hombros.

—No, no. Escucharla. Me hubiera gustado mucho saber tocar, pero jamás lo intenté. Hay tantas cosas que jamás he intentado, pero, bueno, dejémoslo correr. No, me gusta escucharla. Me gusta el *jazz*.

—¿Qué *jazz* le gusta?

—¿A usted también le gusta la música?

—Un poco. Escucho mucha, aunque no siempre estoy seguro de entenderla.

—Me gusta todo el *jazz*, pero aquí en la cárcel echo de menos sobre todo ciertas piezas clásicas que ya escuchaba de chico.

¿Quieres decir cuando hacías de mamporrero fascista y pintabas cruces gamadas por las paredes? Pero ¿es que no sabías que el jazz es la música de los negros? ¿Y eso cómo lo combinamos con lo de la raza elegida y todas las demás chorradas?

—Mi padre era un gran aficionado al *jazz* y tenía una colección increíble de discos antiguos. Incluso grabaciones muy raras de los años cincuenta. Ahora son más y todavía tengo un tocadiscos auténtico para oírlas.

Debía de ser en una de las habitaciones donde yo no había entrado, pensé mientras me volvía dolorosamente a la nariz el perfume de aquella casa.

—¿Tiene alguna composición preferida?

Volvió a sonreír con la mirada perdida en la distancia, asintiendo con la cabeza.

—Sí, la tengo. *On the sunny side of the street*. Si salgo de aquí, una de las primeras cosas que haré será irme a escuchar una vieja grabación radiofónica de esta pieza. Satchmo, tocando y cantando en los estudios de la RAI de Florencia en 1952, creo. Pienso en aquella pieza con los crujidos de tantos años atrás y siento escalofríos.

Con un suave silbido perfectamente modulado, entonó *On the sunny side of the street* y, por un instante, se olvidó de mí y de todo mientras llenaba de notas aquella sala mísera y silenciosa. Y mientras las preguntas rebotaban en mi cabeza como bolas de billar.

¿Quién coño eres tú? ¿De veras estabas allí cuando aquel chico murió a navajazos? ¿Y sigues siendo fascista? ¿Cómo es posible que fueras fascista y te

gustara el *jazz*? ¿Cómo es posible que te gusten los libros? ¿Quién eres?

La música se desvaneció sin que yo me diera cuenta, lo mismo que mis pensamientos y mis preguntas sin respuesta. Algunas de mis certezas ya se habían disipado hacía un rato.

Paolicelli me dijo que me fuera, que ya había abusado demasiado de mi amabilidad y que me agradecía mucho que hubiera hablado con él. Le había gustado mucho.

Le contesté que a mí también me había gustado.

Y no mentía.

—Bueno, pues nos vemos mañana en la sala.

—Hasta mañana. Y gracias. Por todo.

Ya, por todo.

Desde la cárcel me fui directamente al despacho donde estaba citado con Natsu. Le dije más o menos las mismas cosas que le había dicho a su marido acerca de cómo iría la vista, acerca de cómo tendría que comportarse y todo lo demás.

Antes de ir a la cárcel, antes de ir a hablar con Paolicelli, había pensado pedirle a Natsu que nos viéramos aquella noche. Pero después de aquella conversación, no se me ocurrió decir nada.

Experimentaba una mezcla de ternura, vergüenza y añoranza. Pensé que hubiera sido bonito que aquel grumo profundo y cenagoso de dolor por Margherita hubiera desaparecido como por arte de magia; y que hubiera sido bonito que me pudiera enamorar despreocupadamente de Natsu. Pensé que hubiera sido bonito poder soñar con el futuro, con los días y noches que pasaríamos juntos. Con tantas cosas. Probablemente no por ella sino por la misma idea del amor y del juego y de la vida que no se resigna.

Pero no se podía.

Así pues, cuando terminamos de hablar de trabajo, le dije tan sólo que estaba más guapa que nunca, rodeé el escritorio, le di un beso en la mejilla y le dije que trabajaría hasta muy tarde.

Me miró un buen rato, como si no me hubiera comprendido muy bien. ¿Cómo no darle la razón por otra parte? Al final, ella también me dio un beso en la mejilla y se fue.

Hubo la habitual rutina de siempre, sólo que un poco más melancólica.

Vuelta a casa, puñetazos al saco, ducha, bocadillo, cerveza.

No era una noche para quedarse en casa y decidí irme al cine. En el Esedra daban *The long goodbye*, El largo adiós, de Altman, en versión original subtitulada. Tardé veinte minutos en llegar a aquel viejo cine, caminando a paso rápido por unas calles tan desiertas y azotadas por el mistral que casi daban miedo.

El señor que vendía las entradas no estaba contento de verme y no hizo el menor intento de disimularlo. Dudó incluso un momento antes de aceptar el billete de banco que le había puesto delante y pensé que me estaba pidiendo que me fuera porque era el único espectador y, por consiguiente, el único obstáculo al cierre por anticipado del cine. Después tomó el dinero, arrancó la entrada del talonario y me la entregó con muy malos modos.

Entré en la sala completamente vacía. No sé si la total ausencia de estímulos sensoriales humanos agudizaba mi olfato o si el cine necesitaba una buena limpieza, pero aspiré con toda claridad el olor de la tapicería de las butacas y del polvo que la impregnaba. Me senté, miré a mi alrededor y pensé que era una situación perfecta para un episodio de *En los confines de la realidad*. Y, en efecto, durante un puñado de

segundos tuve que reprimir el impulso de ir a ver si el hombre de las entradas se había transformado en un gigante antropófago y si las salidas de emergencia se habían convertido en aberturas espacio-temporales hacia la Otra Dimensión.

Después entró una mujer. Se sentó cerca de la entrada, unas diez filas detrás de mí. Para poder mirarla, me tenía que dar la vuelta a propósito, lo cual, en caso de que me pasara de la raya, podía resultar molesto. Por consiguiente, sólo conseguí hacerme una vaga idea antes de que se apagaran las luces y empezara la película. Era de mediana estatura, abrigada con un chal de gran tamaño, o quizás un poncho, llevaba el cabello muy corto y parecía más o menos de mi misma edad.

Durante la primera parte no seguí la película con demasiada atención, aparte el hecho de que ya la había visto un par de veces. Pensé que me habría gustado trabar conversación con aquella chica, señora o lo que fuera. Me habría gustado hablar con ella durante el intermedio y después, al terminar la película, me habría gustado invitarla a beber algo. Siempre y cuando no se fuera durante la primera parte, abrumada por la inquietud de aquella sala desierta y un poco temible. Y por el temor de que el otro espectador —que se había dado la vuelta varias veces para mirarla— fuera un acosador y un obseso sexual.

En el intermedio, ella estaba todavía allí. Se había quitado el poncho o el chal y se encontraba totalmente a sus anchas, pero yo no tuve el valor de intentar hablar con ella.

En la segunda parte, pensé que un buen pretexto podía ser la presencia del joven Schwarzenegger en la película. ¿Ha visto?, Schwarzenegger jovencito. Parece increíble que ahora sea el gobernador de California. Vale, es un asco, pero para una cinéfila —qué demonios, una que se va a ver sola *The long goodbye* a aquella hora de la noche tiene que *ser* una cinéfila—, el pretexto de las «primeras apariciones de actores entonces desconocidos y convertidos después en famosos» no está mal.

Cuando se encendieron las luces, mientras el operador cortaba bruscamente los créditos del final, me levanté, decidido. Jamás en mi vida había sido capaz de abordar a una chica, pero ahora ya había crecido, por así decirlo, y lo podía intentar. En el fondo, ¿qué me podía ocurrir? Nada, qué demonios.

Pero esta vez ella ya no estaba. La sala estaba otra vez desierta.

Apuré el paso hacia la salida, pensando que se habría levantado inmediatamente antes de que se encendieran las luces. Pero en la calle no había nadie.

El viento, todavía más fuerte que cuando había llegado, levantaba unos remolinos de polvo. Como en un sueño o una aparición, cinco perros vagabundos en una fila ordenada cruzaron la calle y desaparecieron, doblando una esquina.

En aquel momento, me levanté el cuello, me introduje las manos en los bolsillos y me fui a casa.

Al día siguiente me levanté dolorido, y los dolores no se me pasaron ni siquiera después de los habituales estiramientos. Huelga decir que, mientras me dirigía a pie a la sede del Tribunal Superior, mi estado de ánimo no era muy bueno que digamos. Empeoró cuando, al entrar en una sala excesivamente caldeada y llena de gente, vi a Porcelli, el fiscal de la audiencia. El tal Porcelli era un sujeto con la personalidad y el carisma de un calamar. Y, entre otras cosas, envuelto en la toga, alto y con aquella cabeza tan pequeña que tenía, sugería físicamente la idea de un enorme y superfluo invertebrado marino. Alguien a quien nada le importaba. Todo en él transmitía una sensación casi inhumana de insulsa indiferencia.

Por lo menos, no crearía problemas en el juicio, pensé, archivando el tema mientras los jueces entraban en la sala.

El ujier llamó a Natsu, que esperaba en la sala de los testigos. Ella salió y miró un instante a su alrededor, un poco desorientada. El ujier la guió hacia la parte anterior de la sala. Mientras todos la miraban.

—Antes de empezar, le tengo que hacer una advertencia prevista por la ley, señora —dijo Mirengi—. En su calidad de esposa del acusado, usted puede abstenerse de declarar. Sin embargo, en el caso de que decida no hacer uso de esta facultad, usted está obligada a decir la verdad como todos los demás testigos. ¿Desea responder?

—Sí, señor presidente.

—Muy bien. Lea entonces la fórmula de la promesa.

Natsu tomó la cartulina plastificada que le tendía el ujier y leyó con voz firme.

—Consciente de la responsabilidad moral y jurídica que asumo con mi declaración, prometo decir toda la verdad y no ocultar nada de lo cual tenga conocimiento.

—Puede proceder, abogado Guerrieri.

—Gracias, señor presidente. Señora, usted ya sabe, naturalmente, cuál es el objeto de su declaración. Evito los preámbulos y le pregunto si fue usted quien nombró al abogado Macrì para que asumiera la defensa de su marido inmediatamente después de la detención.

—Sí.

—¿Usted ya conocía al abogado Macrì cuando decidió nombrarlo?

—No.

—Entonces, ¿por qué razón lo eligió?

—Me aconsejaron que lo nombrara.

—¿Quién se lo aconsejó?

Natsu permaneció unos instantes en silencio como para reordenar sus ideas. Después contestó.

—Fue al día siguiente de la detención de mi marido. Estaba saliendo de casa cuando se me acercó un chico. Me dijo que venía de parte de unos amigos de mi marido y me entregó una hojita de papel en la cual figuraba escrito el nombre y el número del móvil de Macrì. Me dijo que lo tenía que nombrar cuanto antes y que él se encargaría de sacar de apuros a mi marido.

—¿Y usted qué contestó?

—No recuerdo exactamente qué le dije, me refiero a las palabras textuales, pero intenté pedirle explicaciones.

—¿Por qué dice *intenté*?

—Porque él dijo que se tenía que ir, que no se podía entretener. Se despidió, se acercó a un automóvil aparcado a unos diez metros de distancia con una persona en el interior, y se fue.

—¿Anotó el número de la matrícula?

—No, ni siquiera se me ocurrió. Estaba demasiado aturdida y trastornada.

—¿Lo volvió a ver después de aquella vez?

—No.

—¿Estaría en condiciones de reconocerlo si lo viera?

—Creo que sí, pero no estoy segura.

—¿Habló después con su marido acerca de este episodio?

—Claro.

—¿Y él qué dijo?

—Estaba más sorprendido que yo. No tenía ni idea de quién era aquel chico y tanto menos de quién lo había enviado.

—Tengo todavía unas preguntas, señora. ¿Nos puede exponer las circunstancias relativas al desembargo de su automóvil?

—Sí. El abogado Macrì dijo que tendríamos que presentar una instancia para conseguir la devolución del coche. Dijo que el coche era mío, que yo era ajena a los hechos y que, por consiguiente, nos lo tenían que devolver. Efectivamente, presentó una instancia y, a los pocos días, me dijo que el ministerio público había ordenado el desembargo.

—¿Y qué ocurrió a continuación?

—Estábamos hablando por teléfono y yo le pregunté qué tenía que hacer para recuperar el automóvil. Él me dijo que no me preocupara por nada. Él mismo vendría en cuestión de unos días y se encargaría personalmente de recuperar el vehículo.

—¿Y así fue?

—Sí, me lo llevó personalmente a casa.

—Una última pregunta, señora. ¿Usted pagó al abogado Macrì?

—No. Dijo que no era necesario, que, en todo caso, cuando todo terminara, le

podríamos hacer un regalo.

—¿Jamás le pagó y ni siquiera le reembolsó los gastos?

—No.

—¿Le dijo alguna vez si había alguna otra persona que se encargaba de sus honorarios?

—No, a mí no. Creo que se lo dijo a mi marido.

—Gracias. No tengo más preguntas.

El presidente preguntó al ministerio público si tenía alguna pregunta. El otro meneó la cabeza con gesto cansado.

Girardi dijo entonces que Natsu se podía retirar. Todos la miraron mientras recorría los pocos metros que la separaban de los asientos del público y, por unos momentos, yo experimenté un incongruente orgullo. Justo el tiempo de acordarme de que no tenía ningún motivo y, en cualquier caso, ningún derecho a ello.

Los agentes de vigilancia acompañaron a Paolicelli a la presencia del tribunal y se situaron flanqueándolo como medida rutinaria de precaución. El presidente le hizo repetir los datos personales y, con grotesco empeño, le hizo puntualizar que vivía en Bari, pero que actualmente estaba detenido y, por consiguiente, domiciliado en la cárcel del distrito. Después le recordó su derecho a no responder y le preguntó si tenía intención de hacer uso de él o si, por el contrario, prefería someterse al interrogatorio. Liturgia.

—Sí, señor presidente, tengo intención de responder.

—Puede proceder al interrogatorio, abogado Guerrieri.

—Gracias, señor presidente. Señor Paolicelli, mi primera pregunta es muy sencilla. ¿Usted se declara culpable o inocente del delito que se le ha notificado y por el cual primero fue detenido y después condenado en primera instancia?

—Inocente.

—*Ante todo, ¿quiere explicar al tribunal por qué motivo, tras el hallazgo en su automóvil de una enorme cantidad de sustancias estupefacientes, hizo usted la siguiente declaración: «Tomo nota de la presencia de cuarenta kilos de cocaína en el interior de mi automóvil. A este respecto, declaro voluntariamente que la droga es de mi exclusiva propiedad y que mi esposa, Natsu Kawabata cuyos datos personales constan debidamente en otras actas, es totalmente ajena a la ilegal operación de tráfico de droga, atribuible tan sólo al infrascrito. Introduje el estupefaciente en el vehículo a espaldas de mi esposa. No tengo intención de identificar a los individuos de quienes adquirí la citada cantidad de droga... etc.»?*

Paolicelli respiró hondo y modificó su posición en la silla antes de contestar.

—Estaba con mi mujer y con la niña, mi hija. Los agentes de la Guardia di Finanza dijeron que tendrían que detenernos a los dos porque no había manera de atribuir la tenencia de la droga a uno más que a la otra. Viajábamos en el mismo

automóvil, éramos marido y mujer, era más que probable que estuviéramos de acuerdo. Y, por consiguiente, nos tenían que detener a los dos.

—Y entonces, ¿qué ocurrió?

—Fui presa del pánico. Quiero decir, ya era presa del pánico, pero la idea de que también pudieran detener a mi mujer, que tuviéramos que encomendar el cuidado de la niña a terceros... todo eso me aterrorizó. Les rogué, les supliqué que dejaran en paz a mi mujer que, en cualquier caso, no sabía nada de la droga.

—¿Porque usted sí sabía algo de aquella droga?

—No, pero me había dado cuenta de que no tenía escapatoria, de que había acabado atrapado en un mecanismo infernal. Entonces lo que yo quería en primer lugar era mantener al margen a mi mujer y a la niña. Quiero decir: no tenía muchas opciones. O nos detenían a los dos o me detenían sólo a mí.

—Siga.

—Los agentes me dijeron que sólo había una manera de mantener a mi mujer al margen. Tenía que decir que la droga era exclusivamente mía y que la había transportado sin que ella lo supiera. Sólo de esta manera ellos hubieran tenido un pretexto... cómo diría... una oportunidad para no detenerla. Podían fundamentar...

—Claro, podían citar en el acta de la detención el motivo por el cual lo detenían a usted y no también a su mujer. Entre otras cosas porque el coche figuraba a nombre de su mujer, ¿verdad?

—Sí, el automóvil es suyo.

—Por consiguiente, usted hizo esta declaración y su esposa se pudo ir mientras que usted fue detenido. Usted al comienzo del interrogatorio, se declaró inocente. ¿Es correcto decir que hizo aquella declaración con el exclusivo propósito de mantener a su esposa al margen de esta historia?

—Sí, la droga no era mía. Descubrí su presencia en nuestro automóvil cuando los agentes de la Guardia di Finanza la encontraron.

—¿Usted está en condiciones de explicar o de hacer alguna conjetura acerca del momento en que la droga se pudo colocar en su automóvil?

Era una pregunta a la cual, teóricamente, el fiscal hubiera podido oponerse. Por regla general, no es posible pedir la manifestación de opiniones personales o la formulación de conjeturas. Pero aquél era un caso especial y, de todos modos, el calamar gigante estaba allí como pura presencia física. Y ni siquiera dio señales de haberse dado cuenta del detalle. Así pues, Paolicelli pudo contestar sin problemas. Habló del aparcamiento del hotel, de las llaves que le dejaban al conserje, de lo fácil que hubiera sido llenarles el coche de droga durante la noche. Contestó bien, con claridad y de manera espontánea. Por lo que valen estas cosas, daba la impresión de ser alguien que está diciendo la verdad.

Agotada la parte correspondiente a Montenegro, pasamos a Macri. Recapitulamos brevemente las cosas que ya había dicho Natsu y después nos concentramos en la cuestión de las visitas en la cárcel.

—¿Qué le dijo Macrì cuando usted le preguntó quiénes eran las personas que habían contactado con su esposa?

—Me dijo que no me preocupara, que eran unos amigos que le habían encargado que me ayudara.

—¿Amigos de quién?

—No lo sé. Dijo *amigos*, sin darme explicaciones.

—Pero ¿usted intuyó, comprendió, a quién se refería?

—Rotundamente no.

—¿Tienen ustedes, tenían amigos o conocidos en común?

—No.

—¿Usted le dijo en algún momento al abogado Macrì que era inocente?

—No.

—¿Por qué?

—Porque tuve la percepción de que él lo sabía muy bien.

—¿Qué es lo que le dio a usted esta percepción?

—Varias veces me dijo: sé que eres inocente, ha sido una desgracia, pero ya verás cómo lo arreglamos todo. No exactamente con estas palabras, pero el sentido era éste.

—¿Qué le dijo Macrì antes del preceptivo interrogatorio?

—Me dijo que hiciera uso de la facultad de no contestar.

—¿Por qué?

—Dijo que con ello se corría el riesgo de agravar la situación. Y añadió que no tenía que preocuparme, que él se encargaría de arreglarlo todo. Simplemente tenía que tener paciencia.

—¿Le dijo que conseguiría que lo absolvieran?

—No, eso jamás lo dijo. Pero en distintas ocasiones me dijo que, si lo dejaba hacer a él, si tenía paciencia, conseguiría que me impusieran una pena mucho más leve. Lo decía en tono de insinuación, como si conociera los canales adecuados... no sé si consigo explicarme.

—Se consigue explicar —dije yo, mirando a los jueces—. Usted confió plenamente en este abogado que había aparecido en su vida en circunstancias poco claras. ¿Puede explicar por qué?

—Me sentía, me siento, atrapado en un engranaje incomprensible. Me parecía que Macrì sabía muy bien lo que tenía que hacer, parecía que supiera *cosas*... no sé cómo decirlo... parecía que estaba en condiciones de hacer lo que prometía.

—¿Usted no conocía a ningún abogado de su confianza personal que pudiera colocar al lado de Macrì?

—No conocía a nadie que me inspirara suficiente confianza. Tal como ya he dicho, Macrì hablaba con un tono que parecía insinuar...

Intervino el presidente del tribunal.

—Usted no puede exponer sus impresiones, sus sensaciones personales. Si hay hechos concretos, expóngalos, las opiniones personales, las conjeturas, guárdelas

para usted.

—Con el debido respeto, señor presidente, el acusado estaba explicando por qué motivo...

—Ya he decidido sobre este punto, abogado. Haga otra pregunta.

En realidad, el acusado ya había dicho lo que yo quería. Que pudiera servir para algo, ya era otra cosa. Ahora podía, tal como suele decirse, encaminarme hacia la conclusión del interrogatorio. Le hice describir a Paolicelli su última entrevista en la cárcel con Macrì y la discusión que había surgido entre ambos. Le había dicho que, en el relato de aquella entrevista, atenuara el tono y, en particular, le había dicho que no mencionara las amenazas de Macrì. Quería evitar que el tribunal rechazara la audición de Macrì con el argumento —correcto y capaz de cerrar definitivamente nuestra causa— de la imposibilidad de convocar a alguien para que expusiera hechos potencialmente autoinculpatorios.

Paolicelli lo hizo muy bien. Describió los hechos de manera adecuada, dando una vez más la idea de que había algo extraño en el comportamiento de Macrì, pero sin pasarse, sin acusarlo explícitamente de nada. Cuando terminó la descripción de aquella entrevista, me dije que hasta aquel momento habíamos hecho todo lo posible y de la mejor manera. La parte más difícil estaba por llegar.

Paolicelli fue acompañado de nuevo a la jaula y el presidente, tras haber consultado ostensiblemente el reloj, se dirigió a mí.

—Tenemos en suspenso la petición de una prueba testimonial presentada por la defensa en la primera vista. ¿Usted insiste en aquella petición, abogado Guerrieri?

Me levanté con el habitual gesto, casi un tic, de echarme la toga sobre los hombros. Dije que sí, tenía que insistir. Para nosotros, aquel testimonio era importante y me parecía que la importancia era evidente después de las declaraciones que habíamos oído en aquella audiencia.

Hablé brevemente de las objeciones que el ministerio público había planteado en la audiencia anterior a propósito de la admisibilidad de aquella declaración y traté de explicar por qué razón aquellas objeciones no se tenían que admitir. Después, el tribunal se retiró a la sala de deliberaciones para tomar una decisión.

El presidente había dicho que permanecerían en la sala de deliberaciones unos veinte minutos como máximo. Salieron al cabo de una hora y media mientras yo me preguntaba —tal como ya había hecho otras veces a propósito de retrasos similares— si serían totalmente incapaces de predecir los tiempos de su trabajo o si lo hacían deliberadamente. Como una exhibición de poder, mezquina y más o menos consciente.

Mirenghi tomó asiento, comprobó que el secretario estuviera en su sitio, dirigió una mirada hacia mí y hacia el calamar gigante, simplemente para comprobar que nosotros también estábamos allí, se puso las gafas y leyó el auto.

—El Tribunal, anulando la reserva acerca de la renovación parcial del debate presentada por la defensa y oído el parecer del fiscal general, señala lo siguiente. La petición de audición en calidad de testigo del anterior defensor del acusado Paolicelli no presenta obstáculos de carácter formal. Examinando las objeciones del ministerio público y las consiguientes observaciones de la defensa, es posible afirmar que:

»Primero, sobre la base de las perspectivas de la defensa, a las cuales es necesario atenerse para evaluar la admisibilidad de las peticiones, la declaración de Macrì no debería girar en torno a los comportamientos del susodicho, sino a las circunstancias de que éste tuviera conocimiento; dentro de dichos límites, la declaración es admisible;

»Segundo, no subsisten perfiles de incompatibilidad según el artículo 197 del Código de Procedimiento Penal: Macrì no ha desarrollado, en efecto, ninguna actividad de investigación defensiva y no se incluye en ninguna de las restantes hipótesis previstas por la mencionada norma;

»Tercero, el secreto profesional puede ser invocado en el transcurso de la declaración, pero no constituye causa de inadmisibilidad de la prueba testimonial.

»Sobre estas bases se considera por tanto admisible la petición de declaración del abogado Macrì.

El presidente concluyó la lectura del decreto con la fecha del aplazamiento y las ulteriores formalidades y declaró finalizada la audiencia.

Mientras los jueces se levantaban para retirarse, yo me acerqué a la jaula sintiéndome encima los ojos de Natsu. Le dije a Paolicelli que todo había ido bien y que podíamos darnos por satisfechos. No le dije lo que había pensado poco antes, cuando él había terminado su declaración. Lo más difícil estaba todavía por llegar.

La llamada se recibió por la tarde, mientras yo estaba atendiendo a un cliente.

Maria Teresa me llamó por el interfono y, antes de darme tiempo a decirle que cuando atendía a los clientes no quería interrupciones, me dijo que era el abogado Corrado Macrì de Roma.

Permanecí unos segundos en silencio. Recuerdo que me pregunté textualmente: ¿cómo demonios no se me ocurrió pensar que podría llamarme?

—Muy bien, pásamelo. —Y, cubriendo el micrófono, le dije al cliente que tenía delante, el señor Martinelli, un jubilado de expresión obtusa a quien la policía forestal había embargado un chaletito ilegal construido en mitad de un bosque protegido— si quería disculparme un minuto porque se trataba de algo muy urgente. Quería decir: si era tan amable de salir unos minutos del despacho, pero el hombre no lo entendió, dijo que no me preocupara, que estuviera tranquilo, y se quedó sentado en su sitio.

—¿Dígame?

Pausa, ruido de fondo. Debía de estar en el coche.

Después una voz más bien profunda y pastosa. Con un acento calabrés apenas perceptible, mucho menos evidente de lo que yo me esperaba, basándome en mis estereotipos.

—¿El compañero Guerrieri?

—¿Con quién hablo?

—Soy el compañero Macrì, de Roma.

Compañero, claro.

—Usted dirá.

Otra pausa, pero corta. No tardó mucho en llegar a la conclusión de que le importaba un bledo el hecho de que yo lo hubiera tratado de usted.

—Oye, compañero, no quiero dar muchos rodeos. Hoy he recibido una notificación de la secretaría del Tribunal Superior de Bari. Una citación para ir a declarar en el juicio de un tal Paolicelli a quien yo defendí en primera instancia, como ya sabes.

Defender es una palabra un poco imprecisa, diría yo. Digamos más bien que lo jodiste en primera instancia.

—Me he enterado de que ahora lo defiendes tú y te quería preguntar por qué motivo me han citado. ¿Ha sido el fiscal?

Una nota apenas perceptible de preocupación en medio de aquella voz pastosa. No sabía por qué razón lo habían citado. Y, por consiguiente, aún no sabía que me tenía que dar las gracias. La parte más divertida de la llamada aún estaba por llegar.

—Mira, Macrì —y a tomar por culo el usted, ya que no servía para nada—, necesitamos aclarar algunos detalles...

—Perdona, Guerrieri, necesitamos, ¿quién?

La nota de preocupación se había convertido en un matiz agresivo.

—Yo y mi cliente hemos...

—¿Tú y tu cliente? ¿Te refieres a Paolicelli? ¿Me estás diciendo que has sido tú el que ha pedido mi citación?

—Como te decía, necesitamos aclarar algunas circunstancias...

—Pero ¿qué coño estás diciendo? ¿Me has mandado citar tú?

Vaya. La fase de los matices ya había terminado. Me pegué instintivamente el auricular a la oreja y le lancé una mirada a mi cliente. Estaba contemplando con escaso interés una reproducción enmarcada de Cantatore que yo había colgado en mi despacho unas cuantas semanas atrás.

—Mira, no estoy acostumbrado a hablar con alguien que levanta la voz —pensé que estaba diciendo unas chorradas auténticamente descomunales— y, en cualquier caso, creo que tú mismo te das cuenta de que no es bueno seguir esta conversación. Yo soy defensor en un juicio en el que, tanto si te gusta como si no —experimenté un pequeño y miserable placer al pronunciar aquellas palabras: *tanto si te gusta como si no*—, tendrás que venir a declarar como testigo. Cuando te presentes en la sala...

—¿Presentarme en la sala? Pero ¿tú eres tonto o qué? —Ahora su voz sonaba casi estrangulada por la rabia—. Pero ¿es que tienes mierda en el cerebro? ¿Tú crees que yo voy a ir a hacer esa payasada delante de un tribunal superior de justicia? Métetelo bien en la cabeza que un cuerno iré yo a Bari a hacer este numerito.

Permanecí unos instantes en silencio, sopesando dos tipos de respuesta. Después lancé un suspiro y contesté en un tono aparentemente tranquilo.

—Creo que sería una malísima idea no comparecer. Si el día de la vista no estás en la sala, pediré al presidente que te mande acompañar por los carabinieri. No sé si he conseguido transmitirte la idea.

Silencio. Ruido de fondo. Me pareció oír su afanosa respiración, pero tal vez sólo fueran figuraciones mías. Tal como también lo debieron de ser por un momento los pensamientos homicidas que a él le debieron de pasar por la cabeza. Decidí aprovechar la situación.

—Y ahora, si me disculpas, estoy atendiendo a un cliente...

Despertó justo en aquel preciso instante. Dijo que yo no había comprendido con quién estaba hablando y que tendría que andarme con mucho cuidado. Fue lo último que oí antes de colgarle el teléfono en las narices con un gesto no debidamente controlado. Como el de alguien que cierra la puerta a su espalda para huir de una persecución.

—¿Todo bien, abogado? —me preguntó el cliente con un destello de curiosidad e incluso una pizca de preocupación en la estúpida expresión de su rostro.

—Todo bien —contesté, y tuve que hacer un esfuerzo para no dar unas explicaciones que, lo sabía muy bien, sólo habrían sido una manera de darme importancia.

Todo bien una mierda. Me di cuenta de que me temblaban las manos y tuve que apoyarlas en el escritorio para no dar un espectáculo delante del señor Martinelli.
¿En qué maldito lío me estaba metiendo?

Al salir del despacho aquella tarde, miré a mi alrededor. Derecha, izquierda; una mirada al pequeño portal del viejo edificio de la manzana de enfrente por si el asesino a sueldo rápidamente enviado por Macrì estaba escondido allí dentro a la espera de mi salida.

Después me encogí de hombros y caminé hasta casa.

A aquellas alturas, ya estaba preparado para el ingreso en algún hospital psiquiátrico para enfermos de larga duración. En realidad, me sentía fatal. Me molestaba experimentar aquella sensación de inseguridad y de vulnerabilidad. Pero, en el fondo, ¿qué me podía hacer aquel cabrón? No podía mandar que me pegaran un tiro en serio. No podía, ¿verdad? Había armado jaleo por temor a encontrarse él en apuros, puesto que no cabía duda de que tenía algo que temer. ¿Y qué hacen los mafiosos cuando tienen algo que temer? Reaccionan, lógicamente.

Seguí adelante con estos pensamientos un poco inconexos hasta que llegué a casa. Después me harté. Una de las suertes que tengo es que me hartó de todo enseguida. Hasta del miedo. Pensé que, bien mirado, Macrì podía joderse junto con sus amigos.

Y, de todas maneras, a la mañana siguiente, por si acaso, yo llamaría a Tancredi.

Aquella mañana Tancredi tenía que declarar como testigo. El habitual juicio por la violación de una niña.

Lo de siempre. Un bonito adjetivo para ciertas cosas.

A veces me había preguntado cómo se las arreglaba Carmelo para encargarse todos los días de aquella basura desde hacía tanto tiempo. Cuando algunas veces tenía que constituirme en parte civil en casos de niños sometidos a abusos sexuales, tenía la sensación de caminar en la oscuridad, por unos pasillos llenos de insectos y de otros bichos repugnantes. No se ven, pero están, y en cualquier momento puedes percibir sus movimientos muy cerca de tus pies, el olor, un contacto viscoso en tu cara.

Una vez se lo quise preguntar a él, cómo demonios se las arreglaba.

Cuando le hice la pregunta, se encendió en su rostro un destello oscuro y metálico. Fue algo fulminante, casi terrorífico y apenas perceptible.

Después, cuando regresó a la normalidad, fingió pensarlo y me dio una respuesta obvia y trivial. Diciendo que alguien tenía que hacer aquel trabajo, que a pocos policías les apetecía trabajar en aquella sección, etc.

Entré en la sala de la audiencia. Tancredi ya estaba sentado en el asiento de los testigos y un joven abogado entrado en carnes a quien yo no conocía lo estaba sometiendo al turno de repregunta.

Me senté a esperarlo y —dicho sea de paso— a disfrutar del espectáculo.

—Respondiendo a las preguntas del ministerio público, usted ha dicho que mi cliente *permanecía al acecho* en las inmediaciones de la escuela primaria, etc. ¿Nos puede explicar cómo puede decir que *permanecía al acecho*? Usted ha utilizado una expresión muy concreta y me gustaría que la justificara. ¿Qué hacía el acusado? ¿Se escondía detrás de los automóviles, utilizaba unos prismáticos o qué?

El gordinflón terminó la pregunta con una sonrisita en los labios. Estoy seguro de que tuvo que hacer un esfuerzo para no dirigir una mirada de complicidad a su cliente, sentado cerca de él.

Tancredi lo miró unos instantes. Parecía dudar, parecía que estuviera buscando las palabras para contestar. En realidad, yo sabía muy bien que estaba haciendo teatro y que aquella cara aparentemente inofensiva era la del gato que está a punto de zamparse a un ratón. Un ratón muy gordo, para ser más exactos.

—Sí, bueno. El sospechoso, es decir, el actual acusado, se presentaba delante de la escuela alrededor de las doce horas veinte minutos y se situaba en la esquina de enfrente. Los niños salían unos cuantos minutos después. Él observaba la salida de los niños y se quedaba allí hasta que se iban todos.

—Siempre en la acera de enfrente.

—Sí, ya lo he dicho antes.

—¿Jamás cruzó la calle o se acercó a algún niño?

—No durante la semana en que lo estuvimos vigilando. Posteriormente, obtuvimos otros elementos...

—Disculpe, pero ahora nos interesa lo que ustedes vieron y lo que *no* vieron en el transcurso de aquella semana. ¿Hay un bar cerca de aquella escuela?

—Sí, el bar Stella di Mare.

—Durante sus sesiones de vigilancia, ¿mi cliente entró alguna vez en aquel bar?

—Aunque aclaro que no participé que yo recuerde en todos los servicios de vigilancia, creo que entró un par de veces en aquel bar. Se quedaba unos cuantos minutos y volvía a salir cuando los niños salían de la escuela.

—Usted sabe, señor inspector, que mi cliente es representante de géneros alimenticios y de productos de hostelería.

—Sí.

—¿Sabe si el encargado del bar Stella di Mare es cliente del acusado?

—No.

—¿Puede descartar que mi cliente pasara casualmente por las inmediaciones de aquella escuela y aquel bar por motivos de trabajo y, por consiguiente, muy distintos de los que usted ha planteado como hipótesis en su informe y posteriormente en su declaración?

El hombre estaba seguro de haber descargado un golpe mortal.

—Sí —se limitó a responder Tancredi.

El otro lo miró estupefacto, parecía casi físicamente perplejo.

—¿Sí qué?

—Sí, lo puedo descartar.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo se las arregla para descartarlo?

—Mire, señor abogado, nosotros seguimos durante varios días a Armenise. Lo seguimos también mientras trabajaba, mientras visitaba bares y restaurantes por motivos de trabajo. Siempre llevaba una cartera de documentos de piel y una carpeta de hojas sueltas. De esas que se utilizan para mostrar las imágenes y las características del muestrario. En nuestras vigilancias delante de la escuela nunca llevaba ni la cartera ni el muestrario.

—Disculpe, cuando Armenise entraba en el bar Stella di Mare, ¿usted o alguno de sus subalternos se encontraba en el interior del local, en condiciones de oír las conversaciones con el encargado?

—No. Nuestro punto de vigilancia estaba al otro lado de la calle.

—Por consiguiente, sólo sobre la base de una trivial conjetura...

Intervino el ministerio público.

—Protesto, señor presidente. El defensor no debe hacer afirmaciones ofensivas para el testigo.

El gordinflón estaba a punto de replicar, pero el presidente fue más rápido.

—Abogado, absténgase de hacer comentarios, si es tan amable. De momento,

formule las preguntas. Las consideraciones las podrá hacer a la hora de su alegato.

—De acuerdo, señor presidente. En cualquier caso, ¿es correcto decir que durante la semana de vigilancia de Armenise no consiguieron ustedes descubrir ningún elemento que coincidiera con las denuncias?

—No, diría que no es correcto. Si unos padres denuncian un acoso a sus hijos por parte de alguien en las inmediaciones de una escuela primaria y yo compruebo que este alguien tiene por costumbre situarse delante de otra escuela primaria a la hora de la salida de los niños, pues bueno, esto para mí es un elemento de coincidencia. Después, naturalmente, si, en el transcurso de unas investigaciones encaminadas a encontrar elementos coincidentes con una denuncia, resulta que nos tropezamos, tal como ocurre algunas veces, con la comisión de un abuso sexual, procedemos a la detención *in fraganti*. Pero son dos cosas distintas.

El gordito todavía trató de discutir el hecho de que fueran opiniones personales, pero esta vez ni siquiera fue necesaria la intervención del ministerio público. El presidente, en un tono en modo alguno cordial, le preguntó si tenía otras *preguntas* acerca de los hechos, pues, en caso contrario, la repregunta se podía dar por finalizada. El otro farfulló todavía unas cuantas palabras inaudibles y se sentó. El ministerio público no tenía más preguntas para Tancredi y, por consiguiente, el presidente le dio las gracias y le dijo que se podía retirar.

—Vamos a tomar el café fuera de aquí —dijo Tancredi.

Así pues, abandonamos los juzgados y echamos a andar en dirección a las calles del barrio de la Libertà. Por el camino, le comenté los últimos acontecimientos y, en particular, la conversación telefónica con mi simpático compañero. Tancredi me escuchaba sin hacer comentarios, pero, cuando le dije que el otro me había amenazado, hizo una rápida mueca.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mientras nos tomábamos el café en un bar de contrabandistas, putas, abogados y policías.

No me gustó que me hiciera aquella pregunta. Me pareció una manera de preguntarme si pensaba dejarlo correr.

Contesté que no tenía mucho que pensar. Si el otro acudía a la audiencia el día para el cual había sido citado, lo interrogaría y trataría de arrancarle algún elemento útil para mi cliente. Si no se presentaba, pediría que lo acompañaran los carabinieri y, sí, sabía muy bien que se cabrearía muchísimo, pero no podría evitarlo.

—Pero tú todavía me puedes echar una pequeña mano.

—¿Puedo servirte de escolta cuando lleguen los sicarios de la *n'drangheta*^[3]?

—Muy gracioso. Necesito más información acerca de este Macrì.

—¿Qué clase de información?

—Material que pueda utilizar cuando lo interroge. Algo que me pueda sacar de la manga por sorpresa para intentar ponerlo en apuros. Ten en cuenta que voy a

tientas y si ése viene y contesta de manera convincente, mi juicio lo puedo dar por perdido.

Tancredi se detuvo, se encendió un cigarro y me miró a la cara.

—Desde luego, tienes un morro que te lo pisas.

No dije nada. No se lo podía negar.

Al día siguiente, Tancredi pasó por el bufete.

Entró en mi despacho, se sentó, me miró sin decir nada.

—¿Y bien?

—No sé si tienes suerte o todo lo contrario.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes lo que es el archivo de los *alojados*?

—Sinceramente, no. ¿Debería saberlo?

—Es un archivo de la AED, la Agencia Europea de Defensa del Ministerio del Interior, en el cual se registran las pernoctaciones en hoteles y pensiones y los alquileres de viviendas. He hecho una pregunta con el nombre de nuestro amigo Macrì y, ¿a que no sabes lo que he encontrado?

—Estoy seguro de que estás a punto de decírmelo.

—Dando por sentado que el señor Macrì viaja mucho (hay un montón de introducciones a su nombre en el apartado *alojados*), he encontrado varias pernoctaciones tuyas en hoteles de Bari. Antes y después de la detención de Paolicelli. Las siguientes a la detención no nos interesan demasiado. Las otras nos interesan más. Y dos de ellas, en particular, nos pueden interesar muchísimo.

—¿Por qué?

—Adivina quién pernoctó en el mismo hotel aquellas dos noches.

—Soy duro de mollera. ¿Quién?

—Luca Romanazzi. Es él (Romanazzi) quien durmió en aquel hotel la noche siguiente a la detención de Paolicelli.

Coño. No lo dije pero lo pensé ruidosamente.

—Esto sí que es una noticia.

—Por supuesto. Pero ahora tienes que encontrar la manera de utilizarla.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que no puedes decir que un inspector de policía amigo tuyo ha hecho en tu nombre una investigación en el archivo de la AED del Ministerio del Interior.

—Claro.

—Busca la manera de hacérselo decir a él cuando lo interrogues. Insinúa que has utilizado los servicios de un investigador privado que ha conseguido ver los registros de hotel. Invéntate lo que te parezca.

—Gracias, Carmelo.

Hizo una señal con la cabeza, como diciendo, de nada, pero no sé hasta qué extremo te servirá todo esto. Depositó en el escritorio los papeles que había sostenido

en la mano hasta aquel momento.

—Memoriza lo que hay escrito y después tíralos. Técnicamente, serían un cuerpo de delito.

La víspera de la audiencia en la cual oiríamos a Macrì ni siquiera toqué el expediente. Hice otras cosas totalmente distintas. Escribí un recurso cuyo plazo expiraba, en realidad, sólo una semana más tarde. Preparé unas cuantas notas de gastos para algunos clientes reacios a pagar. Puse en orden unos cuantos expedientes ya resueltos.

Maria Teresa se dio cuenta de que algo me molestaba, pero se abstuvo muy oportunamente de hacer preguntas. Cuando llegó la hora del cierre y se asomó para despedirse, le rogué que me pidiera la consabida *pizza* y la consabida cerveza.

Me puse a trabajar en serio pasadas las nueve. Eso también —trabajar cuando el plazo ya casi se ha agotado— es un clásico para mí. Soy un especialista del último momento. Si una tarea es difícil, o importante, o posiblemente ambas cosas a la vez, sólo consigo encargarme de ella cuando el agua ya me llega hasta el cuello o incluso un poco más arriba.

Volví a leer todos los papeles —pocos— del expediente y todas mis anotaciones. Pocas también. Empecé a plantearme toda una serie de preguntas; escribí unas veinte siguiendo una presunta estrategia tal como aconsejan algunos manuales. Después me sentí un imbécil y, sobre todo, pensé que me sentiría un imbécil interrogando a Macrì con aquellas preguntas escritas.

Me dije que no se prepara un combate de boxeo haciendo una lista de los golpes y las fintas y de todos los movimientos que uno tiene intención de efectuar desde el primer gong hasta el último. Así no funcionan las cosas. Ni en los combates de boxeo ni en los juicios. Ni en la vida.

Mientras arrugaba mi estúpida lista de preguntas y la arrojaba a la papelera, me vinieron a la mente las imágenes del combate entre Muhammad Alí y George Foreman del año 1976 en Kinshasha por el título mundial de los pesos pesados.

El combate más extraordinario de la historia del boxeo.

En los días anteriores al combate, Foreman había afirmado que tumbaría a Alí sobre la lona en tres asaltos. Lo podía hacer e inició el combate pegando como un obseso. Parecía que la cosa no iba a durar demasiado. Que no podría durar. Alí trataba de esquivar, se protegía, se veía empujado contra las cuerdas, recibía unos golpes en el cuerpo que parecían pedradas.

Sin reaccionar.

Y, sin embargo, hablaba. No se podían oír sus palabras, pero todo el mundo tenía muy claro que, en medio de la tempestad de violencia desencadenada por Foreman, los labios de Alí se movían sin cesar. Y su rostro no era el de alguien que está recibiendo un montón de golpes y está perdiendo el combate.

Contra todo pronóstico, Alí no besó la lona en los primeros asaltos y tampoco después. Foreman le seguía pegando con rabia, pero sus golpes eran cada vez menos

devastadores. Allí seguía esquivando, protegiéndose y encajando. Y hablando.

En mitad del octavo asalto, cuando Foreman ya respiraba por la boca y levantaba los brazos con gran esfuerzo tras haber lanzado centenares de golpes inútiles, Allí se apartó repentinamente de las cuerdas y colocó una increíble combinación de golpes a dos manos. Foreman besó la lona y, cuando se volvió a levantar, el combate ya había terminado.

Cerré el expediente y lo guardé en la cartera. Después busqué entre los cedés una colección de Bob Dylan que recordaba haber dejado en el despacho. Allí estaba. Y, entre las canciones, estaba *Hurricane*.

Apagué la luz, puse en marcha el cedé, fui a sentarme en mi sitio, hundido en la butaca y con los pies cruzados sobre el escritorio.

La escuché tres veces. En la penumbra, pensando en muchas cosas.

Pensando que a veces lo que hacía podía incluso tener algo que ver con la justicia. Cualquier cosa que signifique la palabra.

Después apagué las luces y me fui a casa. A dormir o a intentarlo.

Llegué a las inmediaciones de la sala de la audiencia unos cuantos minutos antes de las diez. Mientras me acercaba, experimenté un ligero cambio de ritmo cardíaco y un hormigueo en la garganta. Como si estuviera a punto de sufrir un ataque de tos provocado por el corazón acelerado. Una cosa que me ocurría algunas veces en mi época universitaria en los últimos días anteriores a un examen importante.

Miré a mi alrededor buscando a Macrì a pesar de que no tenía ni idea de su apariencia. Sin embargo, a todos los que se encontraban delante de la sala los conocía, por lo menos de vista. La consabida fauna de abogados, oficiales de juzgado, pasantes y secretarias.

Por el camino hacia el juzgado, había apostado conmigo mismo a que Macrì acudiría a la cita. Mirando una vez más a mi alrededor antes de entrar en la sala, me dije que había perdido la apuesta. Estaba claro que no se había creído mi amenaza de mandarlo acompañar por los carabineros.

Deposité la cartera de documentos y la toga encima del banco. Pensé que no hubiera sido agradable solicitar aquel acompañamiento forzoso. Me pregunté quién sería el fiscal general sustituto en aquella audiencia.

Después, como si me hubieran llamado, me volví hacia la entrada de la sala y vi a Macrì. No sé por qué razón, pero estuve inmediatamente seguro de que era él. En realidad, no correspondía para nada al estereotipo físico que yo me había forjado mientras me dirigía al juzgado, tratando de imaginarme lo que estaba a punto de ocurrir. Había pensado en un señor de estatura media, tez morena, cabello muy negro, ligero sobrepeso y quizá con bigote.

Corrado Macrì era rubio, más alto que yo y mucho más fornido. Un metro noventa y pesaba cien kilos por lo menos. Con aspecto de no tener ni un gramo de grasa, alimentándose con batidos de proteínas y dedicar mucho tiempo a alzar pesas.

Iba muy bien vestido —traje gris antracita, corbata listada, impermeable colgado del brazo— y, teniendo en cuenta sus proporciones, debían de ser prendas confeccionadas a la medida.

Se acercó directamente a mí. Sus andares eran elásticos, propios de un atleta en plena forma.

Un pensamiento desagradable me cruzó rápidamente el cerebro. A propósito del cómo, el cuándo y por medio de quién había sabido que era yo.

—¿Guerrieri?

—¿Sí?

Me tendió la mano, pillándome por sorpresa.

—Soy Macrì —dijo sonriendo.

Pensé que debía de gustar mucho a las mujeres —a ciertas mujeres por lo menos

— y que él lo debía de saber muy bien.

Correspondí al apretón de manos y, muy a pesar mío, también a la sonrisa. Me salió independientemente de mi voluntad. Porque resulta que aquel sujeto inspiraba simpatía. Sabía muy bien quién era —un traficante disfrazado de abogado— y, sin embargo, no conseguía evitar que me cayera en cierto modo simpático.

—Ya nos hablamos por teléfono —dijo sonriendo de nuevo, con la pinta de alguien que esta vez intenta presentar excusas.

—Ya —contesté.

Sin saber exactamente qué decir. No tenía muy clara la situación.

—Tuvimos un primer contacto... ¿cómo diría?... fallido. Probablemente por culpa mía.

Esta vez ni siquiera dije *ya*. Me limité a asentir con la cabeza. Al parecer, era lo único que me salía en aquella especie de conversación. El otro se entretuvo unos segundos antes de volver a hablar.

—¿Vamos a tomar un café?

Hubiera tenido que decir que no, gracias, mejor no. La audiencia está a punto de empezar, es mejor que no nos alejemos demasiado. Y, además, ten en cuenta que te voy a interrogar y a preguntarte también ciertas cosas cuando menos embarazosas, no es el caso de que nos comportemos como amigotes y compañeros.

Dije que muy bien, nos podíamos tomar el café puesto que los jueces tardarían un cuarto de hora, veinte minutos en llegar.

Abandonamos la sala y, mientras nos dirigíamos al bar, reparé en la presencia de un individuo que nos seguía a unos cuantos metros de distancia. Me volví a mirarlo, para comprender quién era.

—No te preocupes, Guerrieri. Es mi chófer. Se mantiene un poco apartado porque sabe que tenemos que hablar y es un chico discreto. Sabe cómo se tiene que comportar.

Pronunció la última frase —*sabe cómo se tiene que comportar*— de una manera un poco distinta. Con una inflexión distinta. A partir de aquel momento, empecé a fijarme en los carabineros que paseaban por el Palacio de Justicia. El hecho de que no hubiera demasiados me tranquilizó. Un poco.

—Son todos iguales los juzgados. El mismo jaleo, el mismo olor, las mismas caras. ¿Verdad, Guerrieri?

—No sé, jamás se me había ocurrido pensarlo.

Llegamos al sótano, nos tomamos el café abriéndonos paso entre el gentío de la hora punta. Macrì pagó y volvimos a salir. Seguidos por el que sabía cómo comportarse.

—Guerrieri, te lo quiero repetir. Creo que me equivoqué en nuestra conversación telefónica. Utilicé un tono que no se estila entre compañeros y, además, tú estás haciendo simplemente tu trabajo. Tal como yo he hecho el mío, por otra parte.

Dije que sí con la cabeza, preguntándome adónde quería ir a parar.

—Puesto que estás haciendo tu trabajo, yo no te quiero crear dificultades. Pero tú tampoco me las tienes que crear a mí.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es lo que me tienes que preguntar, ahora que empieza la audiencia?

No tendría que haberle contestado. Le tendría que haber dicho que pronto lo sabría. En cuanto empezara la declaración. En cambio, en un tono en el cual percibí con desagrado ciertos acentos de justificación, le dije que necesitaba algunas aclaraciones acerca del comienzo de su relación con Paolicelli.

Mientras le contestaba de aquella manera, me sentí un gilipollas.

Él adoptó una expresión inútilmente impulsiva dado el insignificante carácter de mi respuesta. Fingió pensar en lo que tenía que decir y después, sin interrumpir la marcha, me tomó del brazo.

—Escúchame, Guerrieri. Como es natural, yo sólo contestaré a las preguntas que no me obliguen a violar el secreto profesional. A algunas de ellas no podré responder y tú eso lo comprendes muy bien, ¿verdad? Pero la cuestión importante es otra. Hay gente que quiere cuidar de este Paolicelli. Ahora dejemos correr si es culpable o inocente. Está en la cárcel y se quedará allí durante algún tiempo, aunque tú te estés esforzando tanto por él. Y eso es bonito, te honra. Significa que eres un profesional serio.

Se detuvo un momento para mirarme a la cara. Para ver si era receptivo a sus palabras. No sé si mi cara le dio la impresión de que conseguía captar la idea, pero, en cualquier caso, él siguió adelante.

—Tiene una mujer (una mujer muy *guapa*, no sé si la conoces), una niña. En resumen, tiene problemas y necesita ayuda. Necesita dinero. De todos modos, ahora con el recurso, le harán un buen descuento, ya lo verás. Después la sentencia será definitiva y, en cuestión de pocos años, podrá empezar a disfrutar de los beneficios penitenciarios. Y en todo esto una ayuda (una *buena ayuda*) económica no estaría de más, ¿verdad?

Mi voz contestó por sí sola.

—No estaría de más, no.

Él sonrió y volvió ligeramente la cabeza hacia mí. Aquella respuesta le estaba transmitiendo la idea de que estábamos empezando a comprendernos. Finalmente. Yo era alguien que sabía estar en el mundo, alguien que sabía cómo comportarse.

—Eso es. Naturalmente, se trata de una cosa que tenemos que discutir tú y yo. Ahora la tenemos que discutir y definir. No pensarás que he venido con las manos vacías.

Mientras lo decía, se tocó la chaqueta a la altura del bolsillo interior.

—Y, naturalmente, no nos olvidamos de ti. De tu trabajo, del tiempo que has dedicado a esta historia. Y después tienes que tener en cuenta que esta gente (ésta de la que yo estoy hablando, la que quiere cuidar de nuestro cliente) necesita a menudo abogados. Abogados competentes como tú. Ciertos clientes pueden hacer la fortuna

de un profesional de valía. Obviamente, tú ya sabes de qué estoy hablando, ¿verdad?

Seguía diciendo: *¿verdad?* Había un punto interrogativo pero no era una pregunta. Una marea incontrolada de pensamientos me atravesó el cerebro. Todo más fácil. Dinero para él, dinero claramente para mí —¿cuánto dinero llevas en esta chaqueta? ¿Cuánto dinero puede hacer la fortuna de un profesional como yo?, me pregunté sin conseguir bloquear aquellas preguntas obscenas—, él todavía en el trullo unos cuantos años. O alguno más.

Yo fuera.

Natsu y la niña fuera, conmigo.

Alguien que sabe cómo comportarse. Esta frase se materializó en mi cabeza. Pero ahora no se refería al sicario de Macrì. Era la nueva definición de Guido Guerrieri, abogado competente. Dispuesto a vender a un cliente por dinero, amor y jirones de una vida que no había sido capaz de construirse.

Dispuesto a robarle la vida a otro.

Duró unos cuantos segundos, creo. O más.

Pocas veces —tal vez nunca— he experimentado tanto asco de mí mismo.

Macrì se dio cuenta de que algo me perturbaba. Allí estaba yo, con una cara muy rara, sin contestar a su pregunta.

—Me he explicado bien, ¿verdad?

Le dije que se había explicado bien, en efecto. Después busqué por un instante un comentario ingenioso, pero no lo encontré. Entonces me limité a decir que tomaríamos en consideración su generosa oferta en caso de que se confirmara verdaderamente la sentencia condenatoria.

Lo cual, si bien se miraba ahora, puede que fuera un comentario apropiado.

Él se detuvo para mirarme con expresión interrogativa. Me miraba y quería comprender. Si yo era tonto, si decía ingeniosas idioteces, si estaba loco.

No descifró nada en mi rostro y, cuando habló de nuevo, su tono era distinto.

—Es una frase muy ingeniosa. Pero quizás, ahora que la audiencia está a punto de empezar, será mejor que hablemos en serio. Llevo aquí...

—Tienes razón, la audiencia está a punto de empezar. Será mejor que entre en la sala.

Hice ademán de volverme, pero el otro me retuvo, apoyándome una poderosa mano en el brazo. Observé que *el que sabía cómo comportarse* daba unos pasos para acercarse a nosotros. Aparté el brazo y lo miré a los ojos.

—Ten cuidado, Guerrieri.

—¿Cuidado con qué?

—Éste es un juego en el que nos podemos hacer mucho daño.

Ahora estaba tranquilo. Yo le contesté en voz baja. Casi en susurros.

—Muy bien. Así me gusta más. Este papel se te da mucho mejor.

—Ten cuidado —repetió— que yo te parto por la mitad.

Esperaba desde hacía una vida que alguien —alguien como él— me dijera

aquellas palabras.

—Inténtalo —contesté.

Después di media vuelta y me encaminé hacia la sala.

Saludé mecánicamente al fiscal general sustituto que seguía siendo el calamar gigante y después, tras haberme puesto la toga y haberme sentado en mi sitio, mantuve los ojos obstinadamente clavados en el estrado del tribunal. Los mantuve clavados cuando los jueces aún no habían entrado y los mantuve clavados —en la madera del estrado, no en los jueces— incluso después de la entrada del tribunal y el comienzo de la audiencia. Sin darme la vuelta en ningún momento.

Me preguntaba qué nombre les hubiera podido dar a los distintos matices de la madera. Me preguntaba a qué se debían algunas manchas negras que se formaban en el entrecruzamiento de las vetas de la madera. No pensaba en nada más e imagino que debía de ser una forma de autodefensa mental. Vaciar la mente y mantenerla vacía para que no entrara el miedo.

Como en el boxeo. La única parte de mi vida de la cual conseguía extraer principios de sabiduría y cosas dotadas de sentido. Metáforas.

Me interrumpí sólo unos segundos, el tiempo de corresponder con la mano al saludo de Paolicelli cuando la escolta policial lo acompañó a la sala. Después volví a fijar mi atención en los dibujos de la madera en el estrado del tribunal.

Estaba tan concentrado en las vetas de la madera que no oí al presidente que se dirigía a mí. O, mejor dicho: oí su lejana voz; una cosa que no tenía nada que ver conmigo en el leve trance hipnótico en el que me había sumido.

—Abogado Guerrieri, ¿está con nosotros? —preguntó el presidente, levantando ligeramente el tono de voz.

Así, simplemente para aclarar de una manera educada que aquella era su sala y no un templo para meditaciones zen.

—Sí, señor presidente, le pido disculpas. Estaba reorganizando unas cuantas ideas y...

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Está preparado para empezar el interrogatorio del testigo cuya citación nos había solicitado?

—Sí, señor presidente.

—... porque, en buena lógica, primero lo tendría que interrogar el tribunal, siendo así que la declaración se ha dispuesto de conformidad con el artículo 603 coma tercero del código procesal penal, pero yo diría que podríamos evitar este paso formal y permitir que empiece usted, que es el que sabe en concreto lo que hay que preguntarle al testigo. Si las partes están de acuerdo, naturalmente.

Las partes estaban de acuerdo. En el sentido de que yo estaba de acuerdo y el ministerio público estaba en otro sitio. Desde hacía por lo menos diez años.

El presidente le dijo al ujier que llamara al testigo Corrado Macri.

Éste se presentó con el impermeable colgado del brazo, saludó cortésmente al

tribunal, se sentó y leyó con calma la fórmula de la promesa de decir la verdad. Transmitía una sensación de seguridad y dominio.

—Usted es abogado y, por consiguiente, no le tengo que explicar nada —le dijo el presidente—. La defensa del acusado ha pedido su interrogatorio acerca de algunas circunstancias específicas y ahora le formulará sus preguntas. Como es natural, si a propósito de algunas de estas preguntas usted considera la necesidad de invocar el secreto profesional, teniendo en cuenta el papel que usted ha desempeñado en las fases anteriores de este juicio, hágalo y valoraremos cada vez la situación. ¿Le parece bien?

—Sí, señor presidente, gracias.

Mirengi se dirigió a mí y dijo que podía proceder al interrogatorio. Macrì miraba fijamente hacia delante.

Yo lo miré a la cara unos segundos. Después me dije que tenía que empezar.

—Abogado Macrì, ¿usted ha sido el defensor del señor Paolicelli en la primera fase del proceso que ahora estamos celebrando ante el Tribunal Superior de Justicia?

Pregunta totalmente inútil puesto que el detalle constaba claramente en acta. Pero por algún sitio tenía que empezar. Él no hizo ningún comentario ni trató de dar respuestas sarcásticas.

—Sí —se limitó a contestar.

—¿Cuándo conoció al señor Paolicelli?

—La primera vez que fui a verlo a la cárcel.

—¿Recuerda cuándo fue esa primera vez?

—No recuerdo la fecha exacta, pero a él lo habían detenido dos días antes y tenía que responder al preceptivo interrogatorio. Es fácil remontarse a la fecha a partir de estos elementos. Admitiendo que el detalle tenga alguna importancia.

Apenas un matiz agresivo en la voz. Ignoré el intento de provocación. Macrì seguía mirando hacia delante.

—¿Fue el señor Paolicelli quien lo nombró?

—No, fue la esposa del señor Paolicelli.

—¿Usted conoce a la esposa del señor Paolicelli?

—La conocí personalmente tras haber sido nombrado en ocasión de mi segunda visita a Bari, cuando se celebró la vista en el Tribunal de la Libertad. Esta información también se puede obtener en las actas.

—¿Usted conoce el motivo por el cual la señora Paolicelli lo nombró precisamente a usted?

—Supongo que eso se lo tendría que preguntar a la señora.

—De momento, se lo pregunto a usted. ¿Conoce el motivo...?

—Puedo plantear la hipótesis de que algún conocido le facilitara mi nombre. Usted también es abogado y sabe muy bien cómo funcionan estas cosas.

—Déjeme ver si he comprendido bien. Usted es nombrado por una persona a la que no conoce, de una ciudad que dista cuatrocientos kilómetros de la suya... Por

cierto, usted ejerce en Roma, ¿verdad?

—Sí.

—¿Siempre ha ejercido en Roma?

Lo estaba mirando fijamente a la cara y, de esta manera, pude observar la ligera contracción de la mandíbula mientras yo formulaba mi pregunta. El hombre estaba seguro de que, en cuestión de nada, yo pasaría a preguntarle acerca de sus desventuras judiciales. No es tan fácil, amigo mío, te vas a quedar mucho más tiempo encima de esta parrilla, maldito hijo de la gran puta, y lo de hijodela gran puta me lo dije en voz alta en el cerebro.

—No.

—Muy bien, pues vamos a recapitular: usted es nombrado por una desconocida que vive en Bari, lejos de su lugar de trabajo, para una emergencia: su marido acaba de ser detenido por un delito gravísimo. Usted se traslada rápidamente a Bari, establece contacto con el detenido, plantea la defensa y, en el transcurso de la segunda visita, conoce también a la esposa. Y no experimenta la curiosidad de preguntar por qué lo han nombrado precisamente a usted y ni siquiera comenta el tema con la esposa o con el cliente. ¿Es así?

Fingió pensar y dejó pasar unos veinte segundos.

—Es posible que lo comentáramos. No lo recuerdo, pero es posible. Me debieron de decir que fue alguien que me conocía quien les mencionó mi nombre.

—Pero ¿usted había tenido anteriormente algún cliente de Bari?

—Probablemente sí, pero ahora no lo recuerdo.

—O sea ¿que usted tiene muchos clientes?

—Pues sí, muchos.

—Un bufete muy bien montado, vaya.

—No me puedo quejar.

—¿Cuántas personas trabajan en su bufete?

—Tengo un secretario, pero, por lo demás, siempre he preferido trabajar por mi cuenta.

Y, a lo mejor, el secretario es el gorila que te ha acompañado, ¿verdad?

—¿Cuál es la dirección de su bufete?

El presidente intervino. Como era de prever.

—Abogado Guerrieri, ¿qué tiene que ver la dirección del bufete del testigo con el objeto de la prueba?

Me pareció captar un ligerísimo movimiento en el rostro de Macrì, como un principio de perversa sonrisa.

—Señor presidente, me doy cuenta de que la pregunta puede suscitar una cierta perplejidad. En efecto, es un detalle que me servirá para aclarar otras cosas más inmediatamente relacionadas con el objeto de la prueba.

Mirenghi puso imperceptiblemente los ojos en blanco. Girardi parecía seguir la escena con atención. Russo —y esto era lo más curioso— aún no se había quedado

dormido.

—Siga adelante, abogado. Teniendo en cuenta que tenemos otros juicios para esta audiencia y que más tarde o más temprano quisiéramos volver a ver a nuestras familias.

—Gracias, señor presidente. —Me dirigí de nuevo a Macrì. El amago de sonrisa había desaparecido o quizá yo me lo había simplemente imaginado—. ¿Nos quiere facilitar la dirección de su bufete... y, ya que estamos, también el número del teléfono y el del fax?

Esta vez se volvió hacia mí antes de contestar. Su mirada estaba llena de auténtico odio reconcentrado. Atrévete, me dije mentalmente. Atrévete, hijoputa.

Facilitó la dirección del bufete. Y después, en un momento de titubeo que seguramente capté sólo yo, dijo que no tenía teléfono fijo porque prefería utilizar el móvil para todo.

—Disculpe, si no he entendido mal, ¿usted no tiene un teléfono fijo y, por consiguiente, tampoco un fax?

—Tal como ya le he dicho —ahora hablaba deletreando las palabras y el esfuerzo de controlar su irritación era más perceptible—, prefiero utilizar el móvil para todo. Tenemos unos ordenadores con tarjeta de conexión a internet y, para los faxes, cuando hace falta, utilizamos el ordenador y la impresora.

Tras haber terminado de hablar, se dirigió al presidente.

—Señor presidente, yo no sé adónde quiere ir a parar el abogado Guerrieri, y ni siquiera me interesa demasiado. Debo decir, sin embargo, que me choca este tono inútilmente agresivo e intimidatorio. No creo que sea el tono más adecuado para utilizar con un compañero...

—De acuerdo, abogado Macrì. Acerca de la interpretación del tono nos podríamos pasar muchas horas sin llegar a un resultado aceptable. Hasta ahora las preguntas han sido admisibles y, en opinión del tribunal, no lesivas para la dignidad del testigo, es decir, la suya. Si usted piensa otra cosa, podrá dirigirse al Consejo del Colegio de Abogados para solicitar su tutela. Ahora el abogado Guerrieri puede seguir adelante, teniendo siempre en cuenta mi anterior advertencia y nuestro deseo de que se llegue cuanto antes a una conclusión.

Mirengi se había puesto nervioso con Macrì. No era necesariamente una buena señal. Cuando se ponía nervioso, tendía a hacérselo pagar a quienquiera que tuviera a mano, independientemente de quién hubiera sido el primer causante del fenómeno. Pensé que tendría que abreviar.

—Usted nos ha dicho que no siempre había ejercido en Roma si no he entendido mal, ¿verdad?

Me di cuenta de que repetía «¿verdad?» al final de las preguntas, tal como había hecho él poco antes cuando hablábamos por los pasillos.

—Sé muy bien adónde quiere ir a parar.

—Me complace. En tal caso, quizá me podría ahorrar la molestia de las

preguntas. ¿Nos quiere decir dónde ejercía antes de establecerse en Roma y por qué motivo, en ocasión de qué acontecimiento se trasladó?

—Me trasladé desde Reggio Calabria por motivos muy personales, sentimentales para entendernos.

—Ah. ¿Había ocurrido algo antes de...?

Me interrumpió, hablando muy rápido.

—Tuve un proceso penal, del cual fui absuelto por no haber cometido los hechos. Pero eso no tiene nada que ver con mi traslado a Roma.

En aquel momento, me pareció observar con la visión periférica que hasta Porcelli había revivido y manifestaba un primordial interés por lo que estaba ocurriendo.

—¿Sufrió una restricción de la libertad personal?

—Sí.

—¿Arrestos domiciliarios, detenciones carcelarias, alguna otra cosa?

—Me detuvieron y después, tal como ya le he dicho (aunque me imagino que usted ya lo sabía muy bien), me absolvieron de todas las acusaciones. Por no haber cometido el hecho, repito.

—¿Nos puede decir cuáles fueron las acusaciones?

—Las acusaciones fueron de asociación mafiosa y asociación para el tráfico de estupefacientes. Y por esta falsa acusación y por toda esta historia recibí también del Estado una indemnización en concepto de daños por la injusta detención. Así su información será más completa.

Estaba a punto de preguntarle en qué elementos se habían basado para haberlo detenido y basándose en cuáles había sido absuelto posteriormente. Pero me di cuenta de que el presidente no me habría dejado llegar hasta ahí y de que corría el riesgo de echarlo todo a rodar. Ya era hora de llegar a una conclusión.

—¿Le dijo alguna vez al señor Paolicelli que usted *sabía* que era inocente?

—Es posible. Les decimos tantas cosas a los clientes, sobre todo a los que se quejan más que los otros y no soportan la cárcel. Paolicelli era así. Se quejaba constantemente, lo recuerdo muy bien.

—¿Nos quiere revelar el contenido de sus conversaciones con Paolicelli? En primer lugar, ¿cuántas veces se reunieron?

—No recuerdo cuántas veces nos reunimos, cinco, seis, siete. Pero ya desde ahora le digo que no tengo intención de responder, invocando el secreto profesional.

Mirengi se volvió hacia mí, lanzándome una mirada interrogativa.

—Señor presidente, yo creo que la norma acerca del secreto profesional del defensor está encaminada a proteger el libre ejercicio de la profesión y, más concretamente, a la protección del cliente. No se trata de un privilegio personal de los distintos abogados. Intentaré explicarme. La ley permite a los defensores negarse a declarar acerca de lo que puedan haber averiguado en contextos profesionales por una razón determinada. La norma pretende garantizar a los clientes de los abogados la

máxima libertad para confiarles cualquier cosa sin temor a que éstos puedan ser obligados posteriormente a declarar acerca del contenido de aquellas conversaciones. La razón de la facultad de abstenerse de responder por parte de los defensores está toda ahí, sintetizando al máximo. Un medio de protección del cliente, del carácter reservado de su relación con el defensor, y no un privilegio indiscriminado para los abogados.

Me estaban escuchando los tres. Russo me miraba y su rostro parecía, ¿cómo diría?, distinto.

—Si este planteamiento es correcto tal como yo creo, la facultad de abstenerse de declarar invocando el secreto profesional es aplicable cada vez que el cliente en defensa del cual la ley ha establecido la citada facultad, declara exonerar a su defensor (o a su exdefensor) del vínculo de la reserva. En este caso, el señor Paolicelli, a quien usted podrá en este mismo momento interpelar en demanda de confirmación, exonera al abogado Macrì del susodicho vínculo. Una vez efectuada esta comprobación, le ruego declarar nula la facultad de abstención y le ruego ordenar responder al testigo.

Macrì intentó decir algo.

—Señor presidente, quisiera hacer algunas observaciones a lo que ha dicho el abogado Guerrieri.

—Abogado Macrì, en esta sede usted es un testigo y no está facultado para intervenir acerca de las peticiones o las observaciones de las partes. Paolicelli, ¿confirma usted lo que ha dicho el abogado Guerrieri, es decir, que, por lo que a usted respecta, declara exonerar a su exdefensor del vínculo de la reserva acerca de las conversaciones que tuvieron lugar entre ustedes a propósito de los hechos objeto del juicio?

Paolicelli lo confirmó. El presidente le preguntó al fiscal general sustituto si tenía alguna observación. Éste dijo que se remitía al tribunal. El presidente le dijo a Macrì que pasara a la sala reservada a los testigos.

A continuación, los tres jueces se levantaron y se dirigieron a la sala de deliberaciones.

Yo también me levanté y, al volverme, me di cuenta de que en la sala, separados el uno de la otra por varios asientos, se encontraban Tancredi y Natsu.

Natsu se levantó y yo me acerqué y le estreché la mano para hacer un poco de teatro. Me sentía encima los ojos del mundo y de Paolicelli en particular. Le sostuve la mano durante un breve instante, evitando mirarla a los ojos.

Después le pedí disculpas, le dije que tenía que hablar con una persona y me reuní con Tancredi, observando que *el-que-se-sabía-comportar* había desaparecido. Lo cual me hizo experimentar simultáneamente una sensación de alivio y una especie distinta de inquietud.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté.

—He ido a la Fiscalía, he despachado mis asuntos antes de lo previsto y entonces, puesto que tú me has metido en esta historia, he venido a ver qué ocurría. ¿Qué hará el tribunal? ¿Le ordenará que responda?

—No lo sé. Y tampoco sé, a decir verdad, qué es lo que más nos conviene.

—¿Qué quieres decir?

—Si el tribunal le ordena responder y ése nos cuenta unas trolas en las que no haya demasiadas contradicciones, tendremos la palabra de Paolicelli contra la suya.

—¿Y si, en cambio, le dicen que puede invocar el secreto profesional?

—Siempre me quedará jugar con esta reticencia en el momento del alegato. Ya lo han visto ustedes, señores jueces, el testigo Macrì se ha negado a hablarnos de sus entrevistas con su excliente. Ha invocado el secreto. Formalmente, todo es correcto de acuerdo con su decreto. Pero nosotros nos tenemos que preguntar: ¿por qué? ¿Por qué, si el mismo cliente quería que revelara el contenido de aquellas entrevistas, él no ha querido hacerlo? Evidentemente porque había unas informaciones que *él* no tenía ningún interés en revelar.

Una vez finalizada la explicación técnica, pensé que haría bien en hablarle del sicario que Macrì había llevado consigo.

—En cualquier caso, el señor Macrì no ha venido solo.

Tancredi volvió ligeramente la cabeza para inspeccionar la sala. Pero el amigo de Macrì ya se había largado y, por consiguiente, yo le conté a Tancredi lo que había ocurrido antes del comienzo de la audiencia.

—Ahora mismo llamo a uno de los míos. Cuando termine la declaración, nos ponemos a seguir a tu simpático compañero y a su amigo. Si se van en coche, los mandamos detener en la autopista por la policía de tráfico. Nos encargaremos de que parezca un control rutinario para no levantar sospechas. Lo mismo haremos con la policía de fronteras si regresan a casa en avión. De esta manera, lo identificamos y comprobamos si este señor es sólo un chófer y mozo de equipajes o algo peor.

Bueno, ahora ya me encontraba un poco mejor. Un poco tranquilizado, diría. Tancredi siguió adelante.

—Y, de esta manera, si alguien te hace desaparecer, puedes estar tranquilo, la cosa no quedará impune. Esos dos serán los primeros a quienes vayamos a detener.

No sé por qué no conseguí captar el lado gracioso de la frase. Estaba buscando una respuesta eficaz cuando sonó el timbre y el tribunal entró de nuevo en la sala.

El presidente leyó el decreto con la cara de alguien que piensa que cierto asunto está tardando demasiado y querría que también los demás lo comprendieran.

—El Tribunal, tras haber tomado nota de la declaración del testigo en el sentido de querer invocar el secreto profesional en todas las preguntas a propósito de sus entrevistas con el acusado Paolicelli relacionadas con un mandato defensivo; tras haber tomado nota de la declaración de Paolicelli y de las observaciones de su actual defensor, el cual solicita que se ordene responder al testigo habiendo sido éste eximido de la obligación de reserva con respecto al cliente, la cual sólo justificaría la facultad de abstención de la que ahora se trata, establecida la imposibilidad de compartir el mencionado punto de vista, pues la facultad de plantear el secreto profesional se propone proteger tanto al cliente como al defensor y pretende garantizar en general el sereno y reservado desarrollo de la delicada tarea del abogado; establecido por tanto sobre estas bases que la declaración de Paolicelli no es suficiente para anular la citada facultad de abstención, la cual está prevista también para la protección del defensor; por tales motivos rechaza la petición del abogado Guerrieri, declara que el testigo Macrì está facultado para invocar el secreto profesional en todas las preguntas referentes a su relación con su excliente Paolicelli y dispone que el procedimiento siga adelante.

Después se dirigió a mí. Yo lo miraba y observaba simultáneamente la expresión de Macrì. Volvía a ser la misma de antes. Estaba satisfecho y pensaba que, en cuestión de pocos minutos, se podría ir a casa.

—Abogado Guerrieri, tome nota de las decisiones del tribunal y, si no tiene más preguntas, me refiero a preguntas que no guarden relación con el contenido de las entrevistas entre el testigo y el acusado, yo diría que podríamos...

—Tomo nota de la decisión, señor presidente. Tengo sólo unas cuantas preguntas. Como es natural, acerca de temas no cubiertos por el secreto profesional.

El otro me miró. Empezaba a perder la paciencia y no hizo nada por disimularlo.

—Formule estas preguntas, pero tenga en cuenta que la cuestión de su relevancia será abordada con el máximo rigor a partir de este momento.

—Gracias, señor presidente. Abogado Macrì, todavía unas preguntas, si no le molesta.

Lo miré, antes de seguir adelante. Su rostro decía varias cosas. Entre ellas: Guerrieri, eres un perdedor. Te ofrecí una ocasión de salir de esta situación con elegancia, pero, para tu desgracia, eres un gilipollas y por eso, dentro de unos minutos, yo me iré más contento que unas pascuas y, encima, con el dinero.

—La esposa del acusado, la señora Paolicelli, nos ha revelado que, cuando se decretó el desembargo de su automóvil, usted (me refiero a usted, abogado Macrì) se

encargó personalmente de irlo a retirar en el garaje donde se encontraba en depósito. ¿Nos puede confirmar esta circunstancia?

—Sí. La señora me pidió que le hiciera este favor y, teniendo en cuenta que estaba sola y en una situación difícil...

—En realidad, la señora ha dicho otra cosa. La señora ha dicho que fue usted quien se ofreció a ir a retirar el automóvil.

—Creo que la señora no lo recuerda bien. O que *alguien* le ha sugerido que lo recuerde de esta manera.

Noté que la sangre me subía a la cara. Tuve que hacer un esfuerzo para no morder el anzuelo de la provocación.

—Muy bien. Tomamos nota de que usted y la señora dicen cosas distintas. Ahora le quería preguntar si conoce a un señor llamado Luca Romanazzi.

Se dominó, pero no consiguió experimentar un ligero sobresalto. La pregunta acerca del coche se la esperaba. Ésta, no. Tuve la impresión de que estaba efectuando un rapidísimo y nervioso cálculo mental acerca de lo que más le convenía decir. Se debió de contestar —acertadamente— que si yo había sacado a colación a Romanazzi, debía de tener algún elemento para demostrar que ambos se conocían. Y, por consiguiente, negarlo habría sido una estupidez.

—Lo conozco, en efecto. Es cliente mío.

—¿Quiere decir que lo ha defendido en algún proceso penal?

—Creo que sí.

—¿Cree? ¿Y ante qué autoridad judicial?

—¿Qué quiere decir?

—¿Dónde se celebró el juicio? ¿En Reggio Calabria, Roma, Bari, Bolzano?

—Pues ahora mismo no lo recuerdo, ¿cómo puedo...? Y, además, ¿qué tiene que ver Romanazzi con todo esto?

Ahora el momento era muy delicado. Si el presidente intervenía y me pedía explicaciones, lo más probable es que todo se fuera al garete.

—O sea, que no recuerda qué autoridad judicial. ¿Está seguro de que lo defendió en algún proceso o cabe la posibilidad de que sólo le prestara servicios de asesoramiento?

—Es posible.

—Bien.

—Pero yo repito que quisiera saber qué tiene que ver Romanazzi con todo esto. Entre otras cosas, también en este caso me continúa haciendo preguntas acerca de la relación con un cliente, unas preguntas a las cuales no tengo intención de contestar.

Hice además de replicar, pero Mirengi se me adelantó. Instantes atrás había observado que Russo le murmuraba algo al oído.

—A decir verdad, abogado Macrì, no es lo mismo. En este caso se le pregunta si conoce a una determinada persona y en qué circunstancias la conoció. No se le pide que revele las circunstancias internas de una relación profesional. Aquí no se trata de

una cuestión de secreto profesional. Conteste a la pregunta, si es tan amable.

—Quizá no hubo ocasión de prestar una defensa procesal.

—Por consiguiente, fue un asesoramiento, ¿es así?

—Es así.

—¿Cuando usted trabajaba todavía en Reggio Emilia?

—No. Con toda seguridad después, en Roma.

—Bien. Supongo que se vieron ustedes en su bufete.

El otro hizo un movimiento con la cabeza. Podía significar que sí, pero yo quería que constara en acta. Y, en cualquier caso, en cuestión de pocos minutos, el estado de ánimo de Macrì había cambiado significativamente. El incordio no había terminado en absoluto, al contrario.

—¿Quiere decir que sí?

—Sí.

—¿Es correcto afirmar, sin embargo, que usted y el señor Romanazzi sólo se vieron en su bufete por motivos profesionales?

—¿Y cómo quiere que excluya un encuentro fuera de mi bufete, un encuentro casual...?

—Muy bien, tiene usted razón. Pero ¿es correcto decir que las relaciones entre usted y Romanazzi siempre fueron de carácter profesional?

Ahora su rostro decía otras cosas, aparte el odio, naturalmente. Y entre estas cosas había un principio de temor. No contestó a la pregunta, pero a mí me convino que no lo hiciera y seguí adelante.

—¿Nos puede decir si el señor Romanazzi tiene antecedentes penales?

—Yo creo que Romanazzi no tiene antecedentes penales.

—¿No sabe si ha tenido o tiene actualmente juicios pendientes por tráfico internacional de estupefacientes?

Me hubiera gustado poder leer su cerebro para ver qué estaba ocurriendo en su cabeza. Qué frenéticas acrobacias estaba haciendo para establecer cómo se tenía que comportar; para comprender qué podía negar y qué estaba obligado por el contrario a decir para no correr el riesgo de que lo desmintieran.

—Creo que tiene juicios por cuestiones relacionadas con la droga, pero ninguna condena.

Tenía el labio superior cubierto de gotitas de sudor. Lo estaba acosando.

—Ahora quisiera preguntarle si usted tiene conocimiento de que el señor Romanazzi se encontraba a bordo del mismo *ferry* en el que viajaba el acusado Paolicelli antes de ser detenido.

¿Y cómo coño podía saberlo?

—No sé absolutamente nada de eso.

—Tomo nota. ¿Tuvo ocasión de frecuentar el trato del señor Romanazzi al margen de la relación profesional? ¿Por razones, cómo diría, privadas?

—No.

Respiré hondo antes de conectar el siguiente golpe. Antes de golpear duro, uno inspira el aire y después lo expulsa cuando el puño alcanza el blanco.

—¿Ha hecho usted alguna vez viajes con el señor Romanazzi?

El golpe le llegó al plexo solar y le cortó la respiración.

—¿Viajes?

Un indicador absolutamente fiable de la dificultad en que se encuentra un testigo consiste en el hecho de que a una pregunta responda con otra pregunta. Quiere ganar tiempo.

—Viajes.

—No creo...

—¿Ha estado alguna vez en Bari con el señor Romanazzi?

—¿En Bari?

Otra contrapregunta para ganar tiempo. ¿No me querías partir por la mitad, grandísimo hijo de puta?

—¿Se ha alojado alguna vez en el hotel Lighthouse junto con su cliente Luca Romanazzi?

—He estado en Bari un par de veces, aparte la defensa de Paolicelli, y creo haber alquilado una habitación precisamente en ese hotel que usted dice. Pero no con Romanazzi.

Mientras terminaba de contestar, el impermeable le resbaló de la mano y cayó al suelo. Tuvo que agacharse a recogerlo y yo observé que sus movimientos eran mucho menos elásticos que antes.

—Usted sabe muy bien que nosotros podemos comprobar con facilidad a través de los registros del hotel si, cuando usted pernoctó en aquel hotel, estaba allí también su *cliente* el señor Romanazzi.

—Puede comprobar lo que quiera. Yo no sé si Romanazzi se hospedaba en aquel hotel cuando yo también estaba allí, pero no acudimos juntos.

No se lo creía ni él. Como aquellos boxeadores que levantan los brazos mecánicamente porque se lo dice el instinto. Pero ya no esquivan nada. Reciben golpes por todas partes y se preparan para acabar tumbados sobre la lona.

—¿Se sorprendería si se descubriera que no en una sino en dos ocasiones usted y el señor Romanazzi pernoctaron la misma noche en aquel mismo hotel, el Lighthouse?

—Señor presidente —su voz era más alta, pero no muy firme—, yo no sé de qué está hablando el abogado Guerrieri, pero sobre todo me gustaría saber dónde ha obtenido todas estas informaciones, si las ha obtenido de manera legítima y...

Lo interrumpí.

—Señor presidente, no hace falta que yo le diga al tribunal que existen las investigaciones encargadas por la defensa. Y ésta sí *es materia* protegida por el secreto profesional. En cualquier caso y para evitar equívocos, ahora el problema no es: *cómo ha obtenido el abogado Guerrieri ciertas informaciones. El problema es:*

¿estas informaciones son verdaderas o falsas?

Miré a la cara a Mirengi antes de seguir adelante.

—Siga, abogado Guerrieri.

—Gracias, señor presidente. Bien, pues vamos a resumir: usted niega haberse trasladado a Bari en compañía del señor Romanazzi y haberse alojado en ambas ocasiones en el hotel Lighthouse...

—... yo no sé si, por casualidad...

—... y no sabe si, por casualidad, en las dos ocasiones en que estuvo en Bari y pernoctó en el Lighthouse, en aquel hotel se alojaba también Romanazzi.

Le debió de sonar demasiado absurdo al oírlo formular con palabras. Por eso se abstuvo de decir nada y se limitó a abrir las manos.

—Y nos confirma que no sabe que el señor Romanazzi se encontraba a bordo del mismo *ferry* en el que viajó el acusado Paolicelli antes de ser detenido.

—De eso no sé nada.

—¿Y, por consiguiente, no sabe que Romanazzi, al regresar de Montenegro, mira tú por dónde, pernoctó una vez más en el hotel Lighthouse de Bari?

—No sé de qué está hablando.

Dejé en suspenso sus últimas palabras. Como si hubiera estado a punto de hacer otra pregunta. Lo dejé allí unos segundos, a la espera de otro golpe. Disfruté del momento yo solito. Porque sabía que la partida había terminado y los demás, todos los demás presentes en la sala, no.

Te parto por la mitad.

Inténtalo.

Me pregunté si Natsu se habría quedado en la sala y lo habría visto todo. Recordé físicamente su perfume y su piel, compacta y lisa. Como un vértigo.

—Gracias, señor presidente, no tengo más preguntas.

Mirengi preguntó al ministerio público si tenía alguna pregunta para el testigo. El otro dijo que no, gracias, no tenía.

—Ya se puede usted retirar, abogado Macrì.

Éste se levantó, dijo buenos días y se retiró sin mirarme. Sin mirar a nadie.

La sala estaba cargada de electricidad. Una energía que se percibe de vez en cuando, siempre que los procesos descarrilan de las vías de las soluciones preconstituidas y viajan hacia lugares imprevistos. Ocurre de vez en cuando, y entonces todo el mundo se da cuenta.

Hasta Russo se estaba dando cuenta y puede que también el ministerio público.

—¿Hay alguna otra petición antes de que declaremos cerrada la instrucción del debate?

Me levanté muy despacio.

—Sí, señor presidente. Para la conclusión del interrogatorio del testigo Macrì, tengo que solicitar la obtención de algunos documentos. Por razones que no creo necesario exponer, solicito la obtención de los listados con los antecedentes policiales

de Luca Romanazzi; una copia de la lista de pasajeros del *ferry* en el cual viajó Paolicelli; una copia de los registros del hotel Lighthouse correspondientes a los años 2002 y 2003.

El presidente intercambió unas palabras con los otros dos jueces. Hablaba en voz baja, pero yo conseguí oír que les estaba preguntando si tenían que retirarse a la sala de deliberaciones para adoptar una decisión acerca de la petición. No oí lo que dijeron los demás, pero no se retiraron a la sala de deliberaciones y él dictó un rápido auto mediante el cual aceptaba mis peticiones y aplazaba el juicio de allí a una semana, para el depósito de aquellas actas y para el debate.

La semana del aplazamiento pasó muy rápida, sin que yo me diera cuenta.

La víspera de la vista, mientras repasaba los documentos y trataba de redactar un esquema de lo que pensaba decir en el debate, un pensamiento ajeno e incongruente se materializó en mi cabeza.

Pensé que el resorte de mi tiempo ya había sido empujado hasta el límite de la resistencia y ahora ya estaba preparado para que finalmente lo soltaran. Y para lanzarme a mí cualquiera sabía adónde.

Me pregunté qué significaría aquella imagen que había surgido sin una razón y de una manera tan viva, repentina y enigmática en mi cabeza, y no conseguí hallar una respuesta.

Por la tarde, hacia las ocho, Natsu se presentó en el bufete. Sólo una escapada para saludarme y saber cómo iba la preparación para el día siguiente, dijo.

—Te veo cansado. Tienes la cara desmejorada.

—¿Quieres decir que estoy menos guapo que de costumbre?

Un mediocre intento de hacerme el gracioso. Ella contestó hablando en serio.

—Así estás todavía más guapo.

Estaba a punto de añadir algo más, pero después decidió que mejor no.

—¿Tienes que trabajar todavía mucho rato?

—Creo que sí. Estamos caminando sobre la cuerda floja y el problema es seleccionar entre las distintas cosas que se podrían decir, los razonamientos más apropiados. Los que podrían surtir efecto en los jueces. En un juicio como éste no está claro cuáles pueden ser estos razonamientos.

—¿Cuántas posibilidades hay de una absolución?

Vaya por Dios, justo la pregunta que faltaba, a pocas horas del maldito debate mientras mi cabeza estaba creando unas imágenes incomprensibles y ligeramente inquietantes.

Hay juicios en los que sabes con toda seguridad que el cliente será condenado y sólo trabajas para limitar los daños. Hay otros en los que sabes con toda seguridad que será absuelto, independientemente de tu trabajo e independientemente de la existencia misma de un abogado. En estos juicios trabajas tan sólo para hacerle creer al cliente que la absolución depende de una extraordinaria habilidad y para justificar los honorarios.

En todos los demás casos, es mejor, mucho mejor, no arriesgarse a hacer pronósticos.

—Es difícil contestar. Está claro que no salimos favoritos.

—¿Sesenta cuarenta? ¿Setenta treinta?

Digamos noventa diez. En la más optimista de las previsiones.

—Sí, yo diría que setenta treinta es una aproximación realista.

Puede que me creyera y puede que no. Por su rostro no era posible adivinarlo.

—¿Puedo fumar?

—Sí. Pero, cuando te vayas, dile a Maria Teresa que has sido tú. Por el olor, ¿sabes? Desde que dejé de fumar, me controla como un oficial del Ejército de Salvación.

Esbozó una sonrisa. Después encendió un cigarrillo y lo fumó hasta la mitad, antes de volver a hablar.

—Muchas veces me sorprende pensando en cómo habría podido ser lo nuestro. En otras circunstancias.

No dije nada, traté de mantener un rostro inexpresivo. No sé si lo conseguí, pero no cabe duda de que fue un esfuerzo inútil porque ella no me estaba mirando. Miraba desde algo de su interior y más allá de aquella estancia.

—Y pienso a menudo en aquella noche en que viniste a casa. Cuando Midori tenía pesadillas y tú le tomaste la mano. Es extraño, ¿sabes? Cuando pienso en ti me vuelve a la mente sobre todo aquella noche. Mucho más que las veces en que hemos estado juntos en tu casa.

Bueno, pues estupendo. Gracias por la aclaración. Mi orgullo masculino sale fortalecido.

No lo dije de esta manera.

Contesté que a mí me ocurría algo parecido y que, aparte aquella noche, pensaba muy a menudo en aquel domingo por la mañana en el parque. Ella asintió con la cabeza, como si yo le hubiera dicho algo que ya sabía. Una cosa a la que ninguno de los dos podía añadir nada más.

—Tengo que hacerte otra pregunta, Guido, y tú me tienes que decir la verdad.

Le dije que me la hiciera y entretanto me vino a la memoria, de manera totalmente independiente de mi voluntad, una cosa que había leído años atrás en un libro acerca de las paradojas.

La palabra que surge del anagrama del término italiano *la verità*, la verdad, es «relativa».

La verdad-relativa.

—¿Fabio es inocente? Con independencia del juicio, los documentos, tus investigaciones, la defensa. Quiero saber si tú estás convencido de su inocencia. Quiero saber si me ha dicho la verdad.

No, eso no me lo puedes preguntar. No puedo contestar a esta pregunta. No lo sé. Probablemente ha dicho la verdad, pero yo no puedo descartar con seguridad que estuviera de acuerdo con Romanazzi, con Macrì y quién sabe con qué otros traficantes. Ni siquiera puedo descartar que, es un decir, haya hecho cosas todavía peores en su lejano pasado de joven fascista.

Habría tenido que contestarle así y que no entraba dentro de mis obligaciones como abogado descubrir si un cliente decía la verdad. Pero había otras cosas que yo

había hecho y que tampoco entraban dentro de mis obligaciones como abogado.

—Te ha dicho la verdad.

En aquel preciso instante vi que nuestras trayectorias, que habían seguido un curso paralelo durante aquel breve período, se separaban en dos direcciones distintas hacia unos puntos cada vez más lejanos del espacio. Transcurrieron varios minutos sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. Puede que ella también hubiera tenido una percepción similar a la mía o puede que sólo pensara en la respuesta que yo le había dado.

—¿Pues entonces nos vemos mañana en la sala?

—Sí —contesté.

Mañana en la sala. Repetí en voz alta en cuanto me quedé solo.

Aquella mañana, el fiscal general sustituto volvía a ser Montaruli.

Dos vistas para el peor magistrado de la Fiscalía General y dos para el mejor, pensé sin hacer un esfuerzo especial de originalidad.

Me habría tenido que poner un poco nervioso. Si hubiera estado Porcelli o alguien como él, no habría tenido que preocuparme ni siquiera por la requisitoria del ministerio público. Algunos fiscales generales sustitutos, cuando el presidente les concede la palabra, se levantan diciendo: «confirmada la sentencia impugnada», y de esta manera creen haberse ganado el sueldo.

Algunos tienen incluso el valor de quejarse del exceso de trabajo.

Montaruli, a pesar del cansancio, la decepción y todo lo demás, no formaba parte de aquel club. Me hubiera tenido que molestar su presencia allí y, sin embargo, me gustaba.

—Ha hecho un trabajo excelente en este proceso —me dijo, acercándose a mí. Me levanté y él añadió—: Ayer estaba leyendo las actas y pensé en eso precisamente. Pediré la confirmación de la sentencia, pero quería decirle que lo he tenido que pensar mucho. Mucho más de lo que me suele ocurrir en casos parecidos.

Mientras los miembros del tribunal entraban en la sala, me dio la mano y no sé por qué motivo su apretón me transmitió una leve sensación de tristeza, una añoranza indescifrable. Después se volvió para regresar a su sitio y, de esta manera, no vio la ligerísima inclinación que hice con la cabeza mientras me rodeaba el puño cerrado con la otra mano. Un saludo y una señal de respeto que me había enseñado Margherita.

¿Dónde estaría ella en aquel momento?

Por unos instantes —a causa de aquella pregunta— las cosas a mi alrededor se desenfocaron y las voces me sonaron confusas. Cuando recuperé una percepción aceptable, Montaruli ya había empezado a hablar.

—... y apreciamos por tanto el esfuerzo de la defensa. Un esfuerzo no muy habitual en cuanto al tesón y la cualidad, justo es reconocerlo. A pesar de este esfuerzo tan poco habitual, el juicio no ha logrado obtener datos determinantes en favor del acusado.

»En presencia de un dato probatorio de extraordinaria importancia (el hallazgo de la droga en el vehículo privado del acusado), el esfuerzo de la defensa sólo ha conseguido señalar pretextos circunstanciales, insuficientes como tales para invalidar el cuadro probatorio que constituye la base de la sentencia condenatoria. Huelga decir, en efecto, que no basta con plantear genéricamente alternativas a la hipótesis acusatoria para que dicha hipótesis quede automáticamente invalidada.

»Si así fuera, no existirían las sentencias condenatorias. Siempre es posible

formular alternativas hipotéticas a las reconstrucciones contenidas en las sentencias condenatorias. Para que dichas alternativas puedan constituir un soporte válido para una petición de absolución y, con mayor razón, para una sentencia absolutoria, éstas tienen que ofrecer un grado mínimo de admisibilidad.

»El Tribunal Supremo ha aclarado repetidamente que la prueba indiciaria tiene que permitir la reconstrucción de los hechos y de las correspondientes responsabilidades en términos de certeza suficientes como para descartar las probabilidades de cualquier otra solución razonable. No debe descartar, por el contrario, ni siquiera las posibilidades más abstractas y remotas, fruto de conjeturas. De otro modo, bastaría con sugerirle al juez: *mira que las cosas podrían no haber ido tal como dice la acusación, porque todo es posible, y obtener sólo por eso la absolución del acusado.*

»Si así fuera, ya no se debería hablar de prueba indiciaria sino de demostración *per absurdum* conforme a unas normas que son propias exclusivamente de las ciencias exactas cuya observancia no puede ser exigida en el ejercicio de la actividad jurisdiccional.

»En los procesos se valora el grado de aceptabilidad de las hipótesis explicativas propuestas por las partes. La hipótesis más admisible, es decir, la que está en condiciones de englobar en un cuadro coherente y persuasivo *todos* los elementos surgidos de la investigación y del proceso, tiene que ser planteada como base de la decisión.

»En este caso, todos los nuevos hechos probatorios propuestos por la defensa no se exponen como elementos incompatibles con la hipótesis acusatoria. Muy al contrario, pueden ser fácilmente englobados en ella. Veamos muy rápidamente cómo.

Explicó muy rápidamente cómo. Diciendo cosas sensatas de manera convincente.

Me distraje unos minutos, tratando de imaginar qué requisitoria habría hecho otro ministerio público. Porcelli, por ejemplo. Cuando volví a prestar atención, concentrado en las palabras de Montaruli, éste estaba hablando de Macrì.

—No cabe duda de que el testigo-abogado Macrì no ha tenido un comportamiento transparente en el transcurso de su declaración y, en general, en el transcurso de todos los acontecimientos.

»Está claro que no ha dicho toda la verdad acerca de sus relaciones con Luca Romanazzi. Y naturalmente es posible que, de alguna manera, este Romanazzi esté implicado en el tráfico ilegal por el cual se está celebrando este juicio.

»Pero ninguno de los elementos que han surgido de la prueba complementaria propuesta por la defensa es incompatible con el planteamiento acusatorio. Demos por descontado que Romanazzi está implicado en la importación de la cocaína. Es decir, demos por descontado que es una simple aunque razonable conjetura. ¿Y bien? ¿Descarta ello acaso la responsabilidad de Paolicelli?

»El hecho de que Paolicelli fuera posteriormente defendido por el mismo abogado relacionado con Romanazzi, ¿no podría constituir por el contrario y si bien se mira un

ulterior indicio de la participación de Paolicelli en un grupo criminal articulado y bien organizado, capaz, como todas estas asociaciones, de facilitar también asistencia legal a los socios que se encuentran en apuros?

»Vamos a plantear otra hipótesis. Paolicelli y Romanazzi viajan juntos en el *ferry* porque son cómplices en la operación de transporte de la cocaína. En la aduana, Paolicelli es interceptado por la policía. Romanazzi lo quiere ayudar y lo hace de la única manera posible dada la evolución de los acontecimientos y dado que no puede asaltar el cuartel de la policía y liberar a su amigo. Consigue que intervenga el abogado en quien confía y que, teóricamente, se encarga de garantizar asistencia legal a los miembros de la asociación que han caído en las redes de la justicia.

Se detuvo un instante para recuperar el aliento. No creo que también lo hiciera para reordenar sus ideas, pues parecía tenerlas muy claras.

—Ahora quiero aclarar muy bien mi punto de vista. No estoy diciendo que eso fue lo que ocurrió porque carezco de elementos suficientes para afirmarlo categóricamente. Digo que eso fue lo que pudo ocurrir. Digo que ésta es una conjetura razonable que engloba perfectamente en la inicial hipótesis acusatoria los elementos indiciarios surgidos en el juicio de alzada celebrado a petición de la defensa. Es una conjetura por lo menos tan razonable como la que dentro de poco les propondrá sin duda la defensa en su alegato.

»Digo por lo menos tan razonable para ser prudente. Pero, en realidad, es una conjetura *mucho* más razonable que la hipótesis de un complot, de una maquinación en contra de Paolicelli.

»Tenemos por tanto, y con eso ya termino, dos hipótesis explicativas de los nuevos elementos surgidos en la instrucción complementaria desarrollada en presencia de este tribunal. Una, la que conduce a la confirmación de la sentencia condenatoria, plenamente compatible con el aplastante cuadro probatorio ya surgido en primera instancia.

»La otra, de cuyo fundamento la defensa tratará dentro de poco de convencerles, se basa en un castillo de conjeturas hipotéticas y fantasiosas. Lo que se les propondrá para solicitar la absolución del acusado no es una duda razonable, sino una duda, permítaseme la expresión, fantástica. Es decir, generada por la fantasía y no por el riguroso ejercicio del método probatorio.

»Estoy seguro de que el defensor será capaz de proponerles, de una manera sugestiva y seductora, esta reconstrucción fantástica. Pero ustedes deberán tener muy presente aquel riguroso método probatorio más allá del cual sólo existe el albedrío.

»Y, en nombre de este método, les pido la confirmación de la sentencia de primera instancia.

Cámara lenta.

Un fotograma a la vez.

El ministerio público concluye su requisitoria y se sienta. El presidente me dice que puedo proceder a mi discusión. Me levantó muy despacio tras haberme entretenido un poco. Me arreglo la toga sobre los hombros con el consabido gesto. Después me arreglo el nudo de la corbata. Tomo la hoja donde están mis notas. A continuación, lo pienso mejor y la dejo en el banco entre los demás papeles. Empujo la silla hacia atrás y rodeo el banco hasta dejarlo situado a mi espalda.

Los jueces se encuentran delante de mí y me miran.

Yo pienso en muchas cosas que no tienen nada que ver con el juicio. O puede que sí, pero de una manera difícil de explicar, incluso a mí mismo.

Pienso que cualquiera que sea la manera en que vayan las cosas, después del juicio me sentiré solo. Pienso que jamás volveré a ver a la niña.

Jamás como niña por lo menos.

Quizá me la encontraré casualmente por la calle dentro de muchos años. La reconoceré sin ninguna duda. Tendré el cabello blanco —un poco ya lo tengo ahora, por otra parte— y ella pasará por delante de mí sin fijarse tan siquiera. Pero, además, ¿por qué tendría que fijarse?

¿Dónde está Margherita ahora? ¿Qué hora es en Nueva York?

Cámara lenta.

El presidente carraspeó con un pequeño acceso de tos. Y, de repente, el tiempo volvió a ponerse en marcha con toda normalidad. Las personas y los objetos de aquella sala recuperaron una consistencia real.

Eché un vistazo al reloj y empecé a hablar.

—Gracias, señor presidente. El ministerio público tiene razón. Hay que decidir, aplicando, como siempre, un riguroso criterio de evaluación de las pruebas. Tiene razón cuando habla, en términos *teóricos*, de método. Trataremos ahora de comprobar en concreto, con respecto al caso específico que nos ocupa, si, desde unas premisas compartidas, ha llegado a unas conclusiones aceptables.

Me volví hacia el banco y recogí la hojita de mis notas.

—*El ministerio público, citando al Tribunal Supremo, nos ha dicho... me he anotado sus palabras...* El Tribunal Supremo ha aclarado repetidamente que la prueba indiciaria tiene que permitir la reconstrucción de los hechos y de las correspondientes responsabilidades en términos de certeza suficientes para descartar las probabilidades de cualquier otra solución razonable. No debe descartar, por el contrario, ni siquiera las posibilidades más abstractas y remotas, fruto de conjeturas. Si así fuera, ya no se debería hablar de prueba indiciaria sino de demostración *per*

absurdum conforme a unas normas que son propias exclusivamente de las ciencias exactas cuya observancia no puede ser exigida en el ejercicio de la actividad jurisdiccional.

»Exactamente.

»No es posible esencialmente, para descartar la solidez de una hipótesis de acusación, concebir alternativas de naturaleza fantástica o, en cualquier caso, fruto de la simple conjetura. El ministerio público, desarrollando este concepto, ha afirmado que, en presencia de una abstracta pluralidad de explicaciones, es necesario dar la preferencia a aquella que sea capaz de englobar todos los indicios de manera coherente. Es decir, descartando las reconstrucciones fantásticas o meramente conjeturales sobre la base (cuidado porque es aquí donde anida la debilidad de la argumentación de la acusación) de un criterio de admisibilidad elaborado en términos estadísticos, es decir, de probabilidad.

»La admisibilidad, en la acepción del ministerio público, significa compatibilidad con una especie de guión de la normalidad, elaborado sobre la base de lo que ocurre por regla general o, mejor dicho, *habitualmente*.

»Lo que ocurre habitualmente, en presencia de determinados hechos, se convierte por tanto en el criterio para establecer en un ulterior caso específico lo que puede haber ocurrido.

Me estaban escuchando los tres. E, increíblemente, el que más prestaba atención parecía ser Russo.

Pasé a recapitular, en presencia del tribunal, todo lo que había salido a la luz durante la instrucción. No tardé mucho. Eran pruebas obtenidas en su presencia, los jueces las conocían tanto como yo, y aquella recapitulación sólo me servía para introducir mi argumento principal.

—¿Qué hacemos a fin de cuentas en los procedimientos penales? Todos nosotros, quiero decir. ¿Policías, carabineros, fiscales, abogados, jueces? Todos contamos historias. Tomamos la materia prima constituida por los indicios, la mezclamos, le otorgamos estructura y sentido en unas historias que cuenten de manera plausible unos hechos del pasado. La historia es aceptable si explica todos los indicios, si no excluye ninguno y si está construida sobre la base de criterios de coherencia narrativa.

»Y la coherencia narrativa depende de la fiabilidad de las normas experimentales que utilizamos para remontarnos desde los indicios a las historias que cuentan unos hechos del pasado. Unas historias que, en cierto sentido (en sentido etimológico) nos tenemos que *inventar*.

»Veamos brevemente a continuación cuáles son las dos historias que se pueden contar sobre la base del material narrativo que ha aflorado a la superficie en el proceso.

»La historia contada en la sentencia de primera instancia es muy sencilla. Paolicelli obtiene una importante cantidad de droga en Montenegro; trata de

introducir dicha droga en el territorio nacional tras haberla ocultado en su automóvil. Es descubierto y detenido. Y, entre otras cosas, confiesa.

»Esta historia se construye sobre la base de un solo dato significativo: el descubrimiento de la droga en el puesto fronterizo. Para pasar del dato cierto (presencia de la droga en el vehículo de Paolicelli) a la secuencia incierta de unos datos del pasado que constituyen la historia contada en la sentencia de primera instancia, es necesario efectuar una operación lógica.

»¿Qué hago para decir que la historia acontecida en el pasado es la que he contado? Aplicando al dato cierto del hallazgo de la droga en el vehículo de Paolicelli, una norma empírica que podríamos sintetizar de la siguiente manera: si alguien lleva una cantidad de droga a bordo de su automóvil, esta droga es suya.

»Se trata de una norma empírica altamente fiable. Corresponde al sentido común. Normalmente, si yo llevo algo a bordo de mi automóvil (y, en particular, algo de gran valor), este algo me pertenece. Es una norma empírica. Pero no es una ley científica, y *admite alternativas*.

»La acusación pública añade después, y con toda razón, que los nuevos elementos surgidos en el debate del recurso, no son incompatibles con esta historia.

Dirigí una mirada al ministerio público antes de seguir adelante.

—Veamos ahora qué otra historia es posible contar sobre la base de los elementos que tenemos a nuestra disposición.

»Una familia se va a pasar una semana de vacaciones a Montenegro. De noche su automóvil se queda en el aparcamiento del hotel y (por si fuera necesario apartarlo) se le dejan las llaves al conserje. La víspera de su partida, alguien se apodera de las llaves.

»Alguien que sabe con toda certeza que Paolicelli y su familia regresarán al día siguiente a Italia con aquel automóvil.

»Este alguien desmonta con sus cómplices la carrocería del automóvil de Paolicelli —(de la esposa de Paolicelli para ser más exactos) y lo llena de droga. Después lo vuelve a dejar todo en su sitio, coche y llaves. Es un buen sistema para llevar a cabo una operación muy lucrativa, reduciendo al mínimo los riesgos. Una operación que implica a un grupo organizado especializado en estos tráfico, con reparto de papeles y tareas. Y no cabe duda de que entre estas tareas se incluye la de comprobar que el transporte no sufra ningún contratiempo, seguir al correo inconsciente y encargarse de la recuperación de la droga en cuanto llegue a Italia. Una recuperación que probablemente tendrá lugar mediante el robo directo del mencionado automóvil.

»En el puesto fronterizo de Bari, se produce un imprevisto. La Guardia di Finanza localiza la droga, detiene a Paolicelli, el cual, dicho sea de paso, presta una declaración en ausencia total de garantías y, por consiguiente, absolutamente inutilizable, con el claro y exclusivo propósito de evitar por lo menos la detención de su mujer.

»Inmediatamente después de la detención, alguien, en circunstancias cuando menos extrañas, sugiere a la esposa de Paolicelli el nombramiento de un abogado de Roma. Este abogado ha sido protagonista de una desagradable historia procesal en cuyo transcurso ha sido detenido, acusado y posteriormente absuelto de un delito de asociación dirigida al tráfico de estupefacientes. Este mismo abogado mantiene unas relaciones privadas poco claras con un señor que (en palabras del propio Macrì) está implicado en procedimientos judiciales por tráfico de estupefacientes. Este señor, por una curiosísima coincidencia, viajaba en el mismo *ferry* que Paolicelli.

»Cabría ciertamente la posibilidad, tal como plantea la hipótesis del ministerio público, de que este señor y Paolicelli fueran cómplices en dicho tráfico ilegal.

»Si bien tenemos que decir que existe por lo menos un poderoso elemento que contradice esta hipótesis. El expediente contiene los listados telefónicos del teléfono móvil del acusado y también los del móvil de su esposa, correspondientes a la semana anterior a la detención. Dichos listados se obtuvieron precisamente para tratar de identificar a los posibles cómplices, pero el correspondiente examen no permitió averiguar nada de interés a este respecto. Hay muy pocas llamadas correspondientes a aquella semana, sobre todo entre los teléfonos de ambos cónyuges, y ninguna a números montenegrinos. Y ninguna tampoco a usuarios relacionados con Romanazzi, pues, de haberlas identificado y siendo Romanazzi un individuo fichado por cuestiones relacionadas con la droga, la Guardia di Finanza no habría dejado de señalarlo. En cambio, en la nota de transmisión a la Fiscalía de aquellos listados figura escrito simplemente que el correspondiente examen no ha permitido descubrir nada significativo.

»Es posible por tanto explicar la presencia de Romanazzi a bordo de aquel *ferry* con la necesidad de vigilar de cerca y sin riesgos el transporte de la droga por parte del ignorante Paolicelli para pasar después a las fases de la recuperación.

»Y también sería posible que hubiera sido el propio Romanazzi, sirviéndose de alguna especie de mensajero, el que hubiera sugerido a la esposa de Paolicelli el nombramiento de Macrì.

»¿Por qué habría tenido que hacerlo? Por ejemplo, para seguir y controlar de cerca mediante una persona de su máxima confianza el desarrollo de todo el proceso. Para evitar que Paolicelli prestara a los investigadores unas declaraciones peligrosas para la organización, a propósito, por ejemplo, del hotel de Montenegro, de la persona a la que había encomendado las llaves del automóvil, etc. Y, en efecto, Macrì aconseja a Paolicelli servirse de la facultad de no responder y, de esta manera, todo el proceso se desarrolla en primera instancia sin ninguna declaración por parte del acusado, a excepción de la seudoconfesión efectuada inmediatamente después de la detención.

»No olvidemos que Macrì se encarga de conseguir el desembargo del vehículo, propiedad de la esposa de Paolicelli. Y, sobre todo, se encarga de ir a retirar personalmente el automóvil en el depósito donde éste se encontraba bajo custodia

judicial.

»¿Qué abogado hace algo semejante? ¿Y por qué lo hace? Normalmente, tal como todos sabemos, el abogado obtiene la resolución de desembargo y después el cliente se encarga de ir a retirar físicamente el automóvil.

»Macrì se comporta de una manera inusual, por cuyo motivo tenemos por lo menos que plantear la hipótesis de una explicación razonable. ¿No es posible que en el automóvil hubiera algo que los investigadores no habían encontrado y que los responsables de la expedición estaban *extremadamente* interesados en recuperar? Más droga, tal vez. O, por ejemplo, un GPS instalado en el vehículo simultáneamente a la colocación de la droga. Estoy convencido de que ustedes saben muy bien lo que es un GPS.

Como es natural, estaba convencido de que *no* lo sabían.

—Un GPS es un navegador vía satélite. Se utiliza para los dispositivos antirrobo de los automóviles y lo utilizan las fuerzas del orden para controlar los automóviles de individuos sometidos a investigación. Con un GPS es posible, desde una posición remota, localizar un vehículo con una aproximación de pocos kilómetros. Y la operación se lleva a cabo utilizando líneas telefónicas móviles. Si se retira el aparato instalado en el vehículo es posible remontarse a los usuarios de móviles utilizados para la localización. ¿Hace falta añadir más? ¿No tiene verdaderamente ningún sentido plantear la hipótesis según la cual la banda de traficantes que colocó la droga en el automóvil de Paolicelli se encargara, para mayor seguridad, de instalar también un navegador GPS, que la policía no encontró? ¿No tiene ningún sentido plantear la hipótesis de que Macrì se encargó de ir a retirar *personalmente* el automóvil para recoger una eventual y ulterior cantidad de droga o aquel aparato comprometedor? ¿Aquel aparato que, si los investigadores hubieran encontrado, les hubiera permitido remontarse a las líneas telefónicas de los traficantes? ¿Y cómo explicar de otra manera el comportamiento de un abogado que se encarga de obtener no sólo la resolución de desembargo (cosa totalmente normal) sino también de recoger materialmente el vehículo, cosa, en cambio, totalmente anormal?

Fue al llegar a este punto cuando tuve que reprimir el impulso de volverme para ver quién estaba presente en la sala. Para comprobar si había algún rostro desconocido y sospechoso. Alguien enviado por Macrì para controlar lo que yo decía. Para comprobar lo estúpido que era y lo mucho que me gustaba el riesgo. A los que escuchaban les debió de parecer seguramente una pausa técnica, de esas que sirven para mantener viva la atención.

No me volví, obviamente. Pero, cuando retomé el discurso, me quedó una desagradable música de fondo, una sensación de malestar. Un temor rastrero.

—¿Es una historia fantástica? Tal vez, en el sentido de que es el resultado de una secuencia de hipótesis razonables. ¿Es una historia absurda? De ninguna manera. Y, sobre todo, es una historia que (por lo menos en cuanto al transporte de droga con las modalidades que estamos planteando) ya se ha contado en el pasado, en otras

investigaciones. En otros casos, nuestros investigadores y los de otros países han descubierto operaciones análogas de transporte ilegal de estupefacientes con estas mismas modalidades.

»Pero se me podría responder: esto lo dices tú, Guerrieri.

»Es cierto, lo digo yo, pero no cabe duda de que allí donde alberguen ustedes alguna duda acerca de la existencia de semejante *modus operandi*, siempre llegarán a tiempo, incluso después de haber entrado en la sala de deliberaciones, para decretar una ulterior ampliación de la instrucción, asumiendo (es un decir) la declaración del jefe de la sección de narcóticos de la brigada móvil de Bari o de cualquier otro funcionario de la policía judicial adscrito a unidades operativas antidroga, el cual les podrá confirmar haber llevado a cabo investigaciones acerca de prácticas criminales semejantes.

Fue entonces cuando consulté el reloj y me di cuenta de que llevaba una hora hablando. Demasiado.

A juzgar por sus rostros, parecía que todavía me estaban escuchando, pero seguro que ya no me quedaba mucho tiempo de atención. Tenía que intentar terminar. Regresé rápidamente a los temas generales, al método; a mi interpretación, a la del ministerio público.

—Siempre que sea posible construir una *pluralidad de historias* capaces de englobar todos los indicios en un cuadro de coherencia narrativa, habrá que rendirse ante el hecho de que la prueba es dudosa, de que no existe seguridad procesal y de que hay que dictar una sentencia de absolución.

»Huelga decir que en este campo no se trata de una competición entre niveles de probabilidad de las historias. Para expresarlo en otros términos: al ministerio público no le basta con proponer una historia *más probable* para ganar el proceso.

»El ministerio público para ganar el proceso, es decir, para obtener la condena, tiene que proponer la *única* historia aceptable. O sea, la única explicación aceptable de los hechos que se juzgan. A la defensa le basta con proponer una explicación posible.

»Lo repito: no se trata de un enfrentamiento entre niveles de probabilidad. Sé muy bien que la historia del ministerio público es más plausible que la mía. Sé bien que la regla empírica que constituye la base de la historia del ministerio público es más fuerte que la mía. Pero esta regla empírica no es la vida. Es, como todas las reglas empíricas, *una manera de interpretar los hechos de la vida* en un intento de darles un sentido. Pero la vida, también y sobre todo aquellos pedazos de vida que acaban en los juicios, es más complicada que nuestros intentos de reducirla a reglas clasificables y a historias ordenadas y coherentes.

»Un filósofo ha dicho que los hechos, las acciones en sí mismas, no tienen ningún sentido. Sólo puede tener sentido el texto de la narración de los acontecimientos y de las acciones realizadas en el mundo.

»Nosotros, y no sólo en los juicios, construimos historias para conferir sentido a

unos hechos que en sí mismos no tienen ninguno. Para tratar de poner orden en el caos.

»Las historias, si bien se mira, son lo único que tenemos.

Me detuve, traspasado por un pensamiento repentino. ¿A quién le estaba diciendo aquellas cosas? ¿A quién le estaba hablando realmente?

¿De veras les estaba hablando a los jueces que tenía delante de mí? ¿O a Natsu, que se encontraba a mi espalda aunque yo no pudiera verla? ¿O a Paolicelli que, cualquiera que fuera el final, jamás conocería el sentido de aquella historia? ¿O me estaba hablando a mí mismo y todo lo demás —*todo*— era sólo un maldito pretexto?

Por unos pocos instantes me pareció comprender y se me escapó una sonrisa, leve y melancólica. Sólo por unos pocos instantes. Después, aquel sentido, si es que de veras había encontrado alguno, desapareció.

Me dije que tenía que seguir hablando y tenía que terminar. Pero ya no sabía qué decir. Es más, no, no me apetecía decir nada. Sólo me quería ir, y basta.

De esta manera, mi silencio se prolongó, demasiado. Vi un matiz interrogativo, un principio de impaciencia en las expresiones de los jueces.

Tenía que terminar.

—La vida no funciona a través de la elección de la historia más probable, más verosímil y más ordenada. La vida no está ordenada y no responde a nuestras reglas empíricas. En la vida hay golpes de suerte y desgracias. Se gana en la lotería o se contraen enfermedades rarísimas y fatales.

»O te detienen por delitos no cometidos.

Lancé un profundo suspiro mientras experimentaba la sensación de que todo el cansancio del mundo me había caído encima.

—El ministerio público y yo les hemos dicho muchas cosas. Unas cosas que seguramente sirven para discutir las causas y para redactar las sentencias. Sirven para justificar nuestros argumentos y nuestras decisiones, para otorgarnos la ilusión de que son argumentos y decisiones racionales. Algunas veces lo son y otras no, pero no es esto lo que verdaderamente importa. Lo más importante es que, en el momento de decidir, ustedes están (*nosotros estamos*) solos ante la pregunta: ¿estoy seguro de que este hombre es culpable?

»Estamos solos ante la pregunta: ¿qué es lo que es justo hacer? No en abstracto, en el respeto del método y de la teoría, sino en concreto, en *este* caso, por la vida de este hombre.

Había pronunciado las últimas palabras casi en voz baja. Y después había permanecido de pie, en silencio. Persiguiendo un pensamiento, creo. Quizás estaba buscando una frase para terminar. O quizá buscaba el sentido de lo que había dicho, dejando que las palabras siguieran su camino por su cuenta.

—¿Ha terminado, abogado Guerrieri?

El tono del presidente era cortés, casi precavido. Como si se hubiera dado cuenta de algo y no quisiera parecer inoportuno o poco delicado.

—Gracias, señor presidente. Sí, he terminado.

Entonces él se dirigió a Paolicelli, que permanecía con las manos agarradas a los barrotes y la cabeza apoyada contra ellos.

Le preguntó si tenía alguna declaración que hacer antes de que el tribunal se retirara a la sala de deliberaciones para el veredicto. Él se volvió hacia mí y después de nuevo hacia los jueces. Parecía que estuviera a punto de decir algo. Pero al final, meneó la cabeza y dijo que no, gracias señor presidente, no tenía nada más que decir.

Fue en aquel momento, mientras los jueces recogían sus papeles para retirarse a la sala de deliberaciones, cuando experimenté la sensación de estar en vilo entre el sueño y la realidad.

¿Los acontecimientos de los últimos cuatro meses habían ocurrido realmente? ¿Natsu y yo habíamos hecho realmente el amor dos veces en mi casa? ¿Había paseado por el parque de Largo Due Giugno con Natsu y la pequeña Midori, interpretando ilegalmente durante unos cuantos minutos el papel de padre, o simplemente lo había imaginado? Y más todavía: ¿el acusado Fabio Paolicelli era realmente el Fabio Raybán que había obsesionado mi adolescencia? ¿Y de veras me seguía importando descubrir la verdad acerca de los acontecimientos de aquel remoto pasado, admitiendo que hubiera habido alguna vez una verdad por descubrir? ¿Sobre qué base podemos decir con certeza que una imagen de nuestra cabeza es el resultado de una percepción o de un acto de imaginación? ¿Qué distingue *realmente* ciertos sueños de ciertos recuerdos?

Duró unos cuantos segundos. Cuando los jueces desaparecieron en la sala de deliberaciones, mis pensamientos regresaron a la normalidad.

Lo que sea que signifique la palabra.

Aquel día había varios juicios con detenidos en varias salas y pocos agentes de la policía penitenciaria. Y, de esta manera, el jefe de la escolta había solicitado autorización al presidente para utilizar a los hombres en otras salas de la audiencia. Cuando llegara el momento del veredicto, el secretario llamaría al jefe de la escolta y Paolicelli sería conducido a la sala para la lectura de la sentencia.

En la sala sólo quedamos Natsu y yo. Nos sentamos detrás del banco del ministerio público.

—¿Cómo está la niña?

Se encogió de hombros con una forzada sonrisa en los labios.

—Bien. Bastante bien. Esta noche ha sufrido pesadillas, pero le han durado poco. Hace algún tiempo que son más cortas, menos violentas.

Nos miramos unos cuantos segundos y después ella me acarició una mano. Más tiempo del que la prudencia hubiera aconsejado.

—Lo has hecho muy bien. El discurso no era fácil, pero lo he comprendido todo. Eres muy hábil —vaciló unos instantes—. No creía que fueras tan luchador.

Me tocó a mí esbozar una sonrisa forzada.

—Y ahora, ¿qué ocurrirá?

—Imposible hacer una previsión. O, por lo menos, yo no soy capaz de hacerla. Puede ocurrir de todo.

Asintió con la cabeza. En realidad, no esperaba otra respuesta.

—¿Podemos salir de aquí a tomar un café o alguna otra cosa?

—Pues claro, pasará un buen rato antes de que salgan con la sentencia.

Estaba a punto de añadir que si salían enseguida no sería una buena señal. Significaría que habían confirmado la condena sin tomar siquiera en consideración las cosas que yo había intentado decir. Me abstuve de hacerlo. Era una información inútil a aquellas alturas.

Abandonamos la sala, nos tomamos un café, dimos un paseo. Volvimos a entrar. Hablamos poquísimos. Lo estrictamente indispensable para insertar alguna coordenada en el silencio. No sé qué debía de sentir ella. No me lo dijo y yo no conseguí adivinarlo. O quizá no quise. Experimentaba una ternura triste y como suspendida de un hilo. Una resignación impalpable. Un murmullo remoto.

A las cinco, el palacio se quedó vacío. Puertas que se cerraban, voces, pasos apresurados.

Y después el silencio, extraño e inconfundible, de los despachos desiertos.

Fue poco antes de las seis cuando vimos entrar de nuevo en la sala a los hombres de la escolta con Paolicelli. Pasaron muy cerca de nosotros. Él me miró, buscando un mensaje en mis ojos. No encontró nada. Pocas veces en mi vida de abogado he estado

tan inseguro del resultado de un juicio, tan incapaz de hacer previsiones.

Llegué a mi sitio cuando los agentes de la policía penitenciaria hacían entrar a Paolicelli en la jaula, el fiscal general sustituto volvía a entrar en la sala y Natsu regresaba a la zona desierta destinada al público.

Después salieron los jueces sin que sonara siquiera el timbre.

Mirengi leyó rápidamente la sentencia. Antes incluso de que yo consiguiera arreglarme la toga sobre los hombros. La leyó con el rostro muy tenso y yo estuve seguro de que no habían tomado una decisión por unanimidad. Tuve la certeza de que el presidente había luchado por la confirmación de la sentencia de condena, pero los demás habían votado a favor de la absolución y lo habían dejado en minoría.

En la revisión de la sentencia recurrida, el Tribunal absuelve a Fabio Paolicelli de la acusación formulada contra él por no ser los hechos constitutivos de delito.

En nuestra jerga, la expresión «hechos no constitutivos de delito» puede significar muchas cosas, incluso bastante distintas entre sí. En aquel caso significaba que Paolicelli había transportado efectiva y materialmente la droga —los hechos existían sin ninguna duda—, pero sin saberlo. Falta del componente psicológico del delito. Ausencia de dolo.

Los hechos no son constitutivos de delito.

Absolución.

Excarcelación inmediata del acusado en caso de no estar detenido por otro motivo.

Mirengi recuperó momentáneamente el aliento y después reanudó la lectura. Había otra cosa.

—Dispone la transmisión de la sentencia y de las actas del debate a la dirección territorial antimafia para el establecimiento de las correspondientes competencias.

Significaba que la cosa no terminaba allí. Significaba que la dirección antimafia se tendría que encargar de mi compañero Macrì y de su amigo Romanazzi.

Significaba problemas para mí tal vez. Pero no me apetecía en absoluto pensar en ello.

El presidente dijo que se levantaba la audiencia y se volvió para retirarse. Girardi también se volvió.

Russo, en cambio, se entretuvo un instante. Me miró y yo lo miré a él. Sus ojos eran vivos, intensos. Mantenía los hombros erguidos y parecía diez años más joven, como yo jamás lo había visto. Hizo una inclinación con la cabeza, apenas perceptible.

Después él también se volvió y siguió a los demás a la sala de deliberaciones.

Hicieron salir a Paolicelli de la jaula sin colocarle las esposas porque ahora ya era un hombre libre aunque quedaran todavía algunos trámites que despachar en la cárcel. Se me acercó rodeado por los agentes y me abrazó.

Correspondí de una manera muy digna al abrazo dándole unas palmadas en la espalda y confiando en que todo terminara cuanto antes. Después de mí, abrazó a su mujer, la besó en la boca y le dijo que se verían aquella tarde en casa.

Ella le dijo que iría a recogerlo, pero él contestó que no, que no quería.

No quería que ni siquiera una sola vez más ella fuera a *aquel sitio*. Regresaría a casa a pie, por su cuenta.

Quería prepararse para volver a ver a la niña —a su niña— y un paseo a pie sería lo ideal.

Y, además, estaban en primavera. Era bonito regresar libre en primavera, añadió.

Le temblaba el labio inferior y los ojos le brillaban, pero no lloró. Por lo menos, mientras permaneció en aquella sala.

El jefe de la escolta le dijo amablemente que se tenían que ir.

Un agente de cierta edad con un rostro de duro de película, unos ojos intensamente azules y una cicatriz que le atravesaba el labio desde la nariz hasta la barbilla, se me acercó. Su voz estaba enronquecida por los cigarrillos y por los muchos años entre ladrones, violadores, traficantes y asesinos. Él también estaba detenido y con el fin de la pena fijado para el día de su jubilación.

—Enhorabuena, abogado. Le he escuchado y lo he comprendido todo. A ése —señaló a Paolicelli que ya se estaba alejando con los otros agentes— lo ha salvado.

Después se fue rápidamente para alcanzar a sus compañeros. Y, de este modo, Natsu y yo nos volvimos a quedar solos. Por última vez.

—¿Y ahora?

—Adiós —le dije.

Me salió bien, creo. Adiós es una palabra difícil de decir. Siempre se corre el riesgo de resultar patético, pero en aquel momento la dije de manera adecuada.

Ella me miró un buen rato. Si desenfocaba un poco su imagen y, en lugar de sus ojos ponía dos grandes círculos de color azul, podía ver a la niña Midori, tal como sería en cuestión de veinte años.

En 2025. Evité hacer el cálculo de cuántos años tendría yo en 2025.

—No creo que encuentre a otro como tú.

—Bueno, espero más bien que no —contesté.

Pretendía que fuera un comentario gracioso, pero ella no se rió.

En cambio, miró a su alrededor y, cuando estuvo segura de que la sala estaba verdaderamente desierta, me dio un beso. Un beso auténtico, quiero decir.

—Adiós —dijo ella también, antes de desaparecer por los pasillos desiertos.
Le concedí cinco minutos de ventaja y después yo también me fui.

Tenía todas las ventanas de mi casa abiertas y desde la calle me llegaban unos ruidos extrañamente amortiguados. Parecían los sonidos de muchos años atrás, de cuando era un niño y en las tardes de mayo íbamos a jugar a la pelota al parque.

Puse un cedé y sólo después de varias canciones y muchos minutos me di cuenta de que era el mismo que había puesto la primera noche en mi casa, con Natsu.

These days miracles don't come falling from the sky.

Mientras escuchaba la música, me preparé un *whisky* con hielo y me lo bebí masticando palomitas de maíz y pistachos. Después me di una larga ducha con agua fría y no me sequé. Di vueltas por la casa, disfrutando del perfume de la espuma de baño sobre la piel, de la música, del ligero mareo del *whisky* y los escalofríos causados por la brisa que entraba por las ventanas abiertas.

Una vez seco, me vestí, me puse incluso un inútil perfume y salí.

El aire de la calle era templado y, antes de irme a cenar, se me ocurrió dar un paseo hasta la *piazza* Garibaldi donde estaba la casa en la que vivía de niño con mis padres.

Cuando llegué, me invadió la alegría impalpable y conmovedora que sólo saben ofrecer ciertos vértigos del tiempo. Los jardines de la *piazza* Garibaldi a última hora de aquella tarde de mayo eran los mismos de hace muchos años y entre los chiquillos que jugaban al fútbol estaban nuestros fantasmas de cuando éramos unos niños con pantalón corto, tirantes y el balón supersantos comprado en la tienda con el dinero reunido en una colecta.

Me senté en un banco a mirar a los perros, los niños y los viejecitos hasta que se hizo de noche y casi todos se fueron. Entonces yo también me fui a buscar un sitio donde comer. Me estaba dirigiendo hacia el mar cuando sonó el móvil. Número privado, decía la pantalla.

—¿Diga?

—Lo has conseguido. Esta vez te aseguro que no habría apostado ni un céntimo.

Necesité un par de segundos para contestar porque no había reconocido a Tancredi.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Pero, bueno, hermano, ¿has comprendido quién soy? Soy la Policía, yo sé todo lo que ocurre en la ciudad. A veces lo sé incluso antes de que ocurra.

Mientras Tancredi hablaba, pensé que, en el fondo, no me apetecía demasiado ir a dar una vuelta, cenar y tal vez emborracharme solo.

—¿Aún estás en el despacho?

—Pues sí. Pero me parece que ahora mismo cierro la tienda y me voy.

—¿Te apetece venir a cenar? Esta vez invito yo de verdad.

Dijo que le apetecía y nos citamos de allí a media hora en la *piazza* del Ferrarese, al principio de la Muralla.

Llegamos al mismo tiempo desde distintas direcciones, los dos puntuales.

—O sea, que tú tenías razón. Ahora, encima, te tendría que felicitar.

—Sabías muy bien que tenía razón, de lo contrario, no me habrías ayudado. Y, si no me hubieras ayudado, yo no habría llegado a ninguna parte.

Iba a decir algo, pero después probablemente debió de pensar que le faltaba la frase adecuada y entonces se encogió de hombros. Nos pusimos en marcha.

—El tribunal también ha dispuesto la transmisión de las actas a la dirección territorial antimafia. Para Macrì y Romanazzi, evidentemente. Mañana pido la tenencia de armas.

—No la vas a necesitar.

—Pues claro que la voy a necesitar. Si se la quieren hacer pagar a alguien, yo soy el primero de la lista.

—Te he dicho que no la vas a necesitar. Dentro de muy poco, Romanazzi, Macrì, su chófer y sus amigos tendrán otras cosas de que preocuparse.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que, dentro de unas cuantas semanas se irán de vacaciones a expensas del Estado. Unas vacaciones muy largas, creo.

—Los vais a detener.

Bravo, Guerrieri, me dije mientras pronunciaba aquellas palabras. Una deducción verdaderamente brillante.

—La investigación no es de Bari y, por consiguiente, no los vamos a detener nosotros. Lo harán otros. Gente más mala que nosotros. Y yo diría que, por hoy, como violación del secreto oficial, puede ser suficiente. Podemos cambiar de tema e irnos a cenar.

Fuimos a un restaurante del puerto. El propietario era un cliente mío, Tommaso, llamado Tommy. Uno a quien unos cuantos años atrás yo le había resuelto un problema muy serio. Le dije a Tommy que queríamos sentarnos fuera y que no nos apetecía pedir nada. Él se encargaría de todo, contestó según el guión.

Nos sirvió mariscos crudos, pescado a la parrilla y dulces de crema hechos por su madre que llevaba cuarenta años trabajando en la cocina. Nos bebimos dos jarras de vino blanco. Al final, uno de los camareros nos sirvió una botella de licor de limón helado, Carmelo se encendió su cigarro y yo pensé, qué caray, un maldito cigarrillo bien me lo podría fumar. Llamé a Tommaso y le pedí que me buscara un marlboro. Regresó al cabo de un minuto con un paquete nuevo y un encendedor. Depositó ambas cosas sobre la mesa e hizo ademán de retirarse.

—No, Tommy, no lo quiero todo —dije, desechando el paquete.

Insistió, dijo que me podían entrar ganas de fumarme otro después. Yo pensé que *seguro* que me entrarían ganas de fumarme otro después. Y después otro y otro más. Por eso era mejor que no conservara el paquete.

—Gracias, Tommy. Con uno es suficiente.

Me encendí el cigarrillo, me lo fumé en silencio y después le pregunté a Tancredi si le apetecía oír una historia. No hizo preguntas. Se escanció un poco más de licor y, con un gesto de la mano, me invitó a empezar. Así fue cómo se lo conté todo, desde aquella tarde de septiembre hasta el último acto de pocas horas atrás.

Cuando terminé mi relato, los camareros ya estaban colocando las sillas al revés sobre las mesas y en el local sólo quedábamos nosotros. A la mañana siguiente los dos teníamos que trabajar, pero, aun así, decidimos irnos a dar una vuelta por el paseo marítimo desierto.

—¿Carmelo? —dije al cabo de unos diez minutos de paseo en silencio.

—¿Sí?

—¿Recuerdas Casablanca?

—¿La película, quieres decir?

—Sí.

—Pues claro que la recuerdo.

—¿Y recuerdas la frase final?

—No. Recuerdo muy bien la escena, pero no la frase.

—Louis, creo que éste será el comienzo de una gran amistad. *Eso es lo que dice.*

Él se detuvo y se quedó unos segundos absorto, como si tratara de captar exactamente el significado de lo que yo le había dicho, para poder contestar de manera adecuada. Pero, al final, se limitó a asentir con la cabeza sin mirarme.

Yo también asentí con la cabeza y después ambos nos encaminamos haciendo eses el uno al lado del otro, sin decir nada más, hacia los confines de la ciudad.

Allí donde terminan las casas, los restaurantes, los letreros, y sólo quedan las luces cordiales y enigmáticas de las farolas de hierro colado.

Notas

[1] Las principales competencias de la Guardia di Finanza italiana son combatir el contrabando, el tráfico internacional de drogas, la criminalidad financiera y el reciclaje del dinero negro. *(N. de la T.)*. <<

[2] Por su semejanza fonética con el término malsonante italiano *cazzo*, *polla*. (N. de la T.). <<

[3] Nombre de la mafia calabresa. (*N. de la T.*) <<